

José Gregorio Hernández

ELEMENTOS DE FILOSOFÍA

Colección Bicentenario Carabobo

200 BATALLA DE CARABOBO

José Gregorio Hernández Declarado beato por el papa Francisco el 30 de abril de 2021, ya era desde hacía décadas el santo del pueblo venezolano, que lo bautizó como el Médico de los Pobres. Bachiller en Filosofía y en Medicina y Doctor en Ciencias Médicas por la UCV, se le reconoce como el padre de la medicina moderna y experimental en Venezuela. Fue docente e investigador e hizo valiosos aportes tanto en los estudios médicos como en la salud pública. Entre otros trabajos científicos, publicó *Elementos de bacteriología* y *Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla*. También publicó cuentos y ensayos literarios. Nació en Isnotú, Trujillo, en 1864 y murió en Caracas en 1919.

« Retrato de José Gregorio Hernández hecho en Nueva York. Octubre de 1917.



15

Elementos de filosofía

José Gregorio Hernández

En homenaje al pueblo venezolano

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **Libertador Simón Bolívar**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e "independencia o nada". Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **Colección Bicentenario Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **Comisión Presidencial Bicentenaria de la Batalla y la Victoria de Carabobo** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Elementos de filosofía

José Gregorio Hernández



Índice

Libro Segundo

Las ciencias metafísicas

Libro Tercero
La historia de la filosofía

Anteprólogo

El año 1912 las prensas de la Empresa El Cojo (la misma de la famosa revista) lanzan al público, nítida y sobriamente impreso, un volumen de 220 páginas, en 4.º, que lleva el sencillo título de *Elementos de Filosofía*. Su autor se firma simplemente José G. Hernández.

La aparición de esta obra fue, a no dudarlo, una sorpresa para los lectores amantes de las disciplinas filosóficas. Porque hasta ese momento el nombre del doctor José G. Hernández figuraba en el plano más alto del ejercicio de la medicina, de la enseñanza universitaria y de las investigaciones científicas. Eran ya numerosos y bien acreditados los trabajos científicos, originales, que venía publicando, además de las lecciones de cátedra impresas en un volumen titulado *Elementos de Bacteriología*, primero en su especie en Venezuela.

Todo el mundo sabía cuán amplia era en diversos campos del saber, la cultura del doctor Hernández. Pero nadie hubiera pensado que, ocupándose tan intensamente como lo hacía del ejercicio de la docencia y de las investigaciones de laboratorio de su profesión médica, pudiera hallar tiempo y reposo intelectual para entregarse a la composición de un tratado de filosofía.

Reflejo exacto de esta afirmación aparece precisamente en el comentario que el doctor Arturo Ayala, presidente de la Academia de Medicina, escribió en la *Gaceta Médica* del 15 de marzo de 1912, a raíz de la publicación de

aquellos *Elementos de Filosofía*. "Preciso es convenir —dice— que nuestro benemérito colega, el doctor José Gregorio Hernández, posee entre otras múltiples cualidades el raro don de sorprendernos. Cuando lo suponíamos con la vista fija en el lente del microscopio, para arrancarle los signos característicos de nuestras entidades patológicas, lo vemos ascender con majestuoso vuelo a las serenas regiones de la Filosofía; y en sintético lenguaje, con independencia del criterio que le honra revela al hombre de ciencia, aborda los más abstrusos problemas filosóficos".

Cuando así mostró su grata extrañeza el presidente de la Academia de Medicina, fácilmente podremos suponer que otro tanto y más debió de ocurrirle al público en general, y aun a buena parte de los amigos y colegas del sabio profesor de bacteriología y de fisiología.

Pero hay un hecho igualmente muy sorprendente que creemos no ha sido aún debidamente ponderado por los biógrafos del doctor Hernández. Es el caso que, publicado su libro de Filosofía, a comienzos de 1912, apenas transcurrieron unos cuantos meses, la edición quedó agotada y fue preciso lanzar una segunda edición, que aparece el mismo año 1912. Esta nueva edición, en todo semejante a la primera, trae, sin embargo, la indicación de estar "corregida y aumentada".

Queremos por un momento destacar este hecho que juzgamos de no pequeña importancia. Quizá sea ésta, aun hoy, la única vez que en Venezuela se han tenido que hacer en un mismo año dos ediciones de un libro de filosofía. Este caso, tan especial en nuestros anales bibliográficos, ocurrido en la pequeña Caracas de hace casi cincuenta años, parece indicarnos claramente que la obra tuvo una gran acogida apenas se puso en circulación.

Sin duda que el nombre del autor, tan acreditado como excelente profesor universitario, era ya garantía inicial a favor de su libro. Pues aunque éste no era de la ciencia de su especialidad profesional, bien se comprendía que tampoco habría sido escrito por quien —de no poseer suficiente formación filosófica— fuera a arriesgar en tal empresa su sólida y bien ganada reputación científica.

Algo mucho más real y valioso que el mero nombre del autor debía de contener aquel volumen de *Elementos de Filosofía* para que el lapso de pocos meses corriese de mano en mano, se agotase la edición y fuera necesario preparar y publicar una segunda edición.

Hemos tenido la buena suerte de poseer ejemplares —hoy rarísimos— de una y otra edición. Revisando y cotejando el texto de ambas, pronto se advierte que Hernández ejercía sobre su libro una cuidadosa paternidad. Pues no contento con haberle dado la existencia, siguió sus pasos, observándolo con el más vivo interés de su mayor perfeccionamiento. Releyendo sus propias páginas y advirtiendo, sin duda, el efecto de la lectura por otras personas, fue anotando pasajes que requerían algún retoque para una mayor precisión de tal o cual concepto o alguna amplitud en la exposición, o finalmente la incorporación de algunas divisiones y observaciones que hiciesen más didáctico algún planteamiento. Podríamos, a este propósito, citar entre otros ejemplos todo el final del Capítulo I, Parte II, Libro I, donde luego de haber expuesto la teoría y objetividad de la percepción externa, añadió en la nueva edición—una sucinta enumeración de otras diversas teorías que se han ideado para explicar la percepción por asimilación o por intuicionismo. De parecida manera, en el Libro III, que contiene una breve historia de la filosofía, añade seis páginas de “Preliminares” e introduce una más exacta división en el tema de los dos primeros capítulos.

Otros varios pasajes breves, que sería prolijo citar, nos comprueban, con curiosa evidencia, el fino cuidado con que el autor revisaba cada frase y cada definición, a fin de alcanzar la máxima claridad y justeza, sin salirse del plan eminentemente conciso y didáctico que se impuso como norma en la primera edición.

Empero, al hacer el cotejo de esos retoques se comprueba asimismo que nada sustancial hubo de ser cambiado ni modificado. Clara señal de que el autor se halla en posesión de un credo filosófico firme y bien asimilado; ésta es su filosofía, la que él ha vivido —como expresamente lo declara—, y por

eso no tiene titubeos, ni adopta peligrosos eclecticismos que puedan indicar que su inteligencia y su voluntad carecen de una regla segura para su vida de ser pensante.

Con respecto a esta última idea, creemos de importancia llamar la atención sobre la manera tan explícita como Hernández quiso dejar constancia, a través de su ejemplo personal, de un principio —quizá algo olvidado en nuestros días en el estudio y enseñanza de la filosofía—, a saber: que la Filosofía no es una ciencia meramente especulativa, para simple erudición del entendimiento, sino, ante todo y sobre todo, troquel de principios donde se forma rectamente la personalidad del hombre para el ejercicio provechoso y digno de su vida natural. En el breve, pero bellísimo prólogo de su libro, después de inculcar y ponderar la necesidad de esta filosofía personal, que en el orden natural es "el más preciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer", nos hace esta paladina e íntima declaración: "Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella, he vivido y seguiré viviendo apaciblemente". Si al leer estas frases alguien pensara que ellas encierran una actitud estoica, comodona y egoísta ante la vida, le bastará con recordar la vida del doctor Hernández —tan intensa en el trabajo científico y tan desbordada en su caridad con el prójimo—para convencerse de cuál era el sentido equilibradamente humano y formativo que él supo encontrar en la sana filosofía.

De ahí que afirme que publica su obra "por gratitud".

Y esto nos lleva como de la mano a señalar algo que habla muy elogiosamente de un aspecto muy importante de la actitud humanística, cultural y social del doctor Hernández, puesto que escribe y publica su libro a impulsos de un sincero, comunicativo y cuasi apostólico celo por el bien de sus hermanos. Parecería como si el ansia sacerdotal que tan fuertemente latió un tiempo en su alma —y que Dios en su inescrutable Providencia aceptó solamente como buenos deseos— hubiera sido luego canalizada, con todas

sus reservas de sabiduría y bondad, hacia el ejercicio de un modo propio y provechosísimo de apostolado entre sus compatriotas, en el plano de la vida intelectual, como ayuda conveniente y segura para la obra sobrenatural que los ministros de Dios habían de realizar entre los hombres de recta intención y buena voluntad.

Hombre de amplia cultura bien orientada, con vocación clara de educador que siente la responsabilidad de tener que cooperar a la buena formación de los hombres de su patria; sabe por propia experiencia que, antes que al científico y que al investigador o al profesional, es necesario formar al hombre, y que cada hombre será lo que sea su filosofía. Por eso afirma llanamente que el hombre de espíritu cultivado ha de poseer lo que él llama una "filosofía obligatoria"; personal y propia, que "ha de ser durante su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como ser pensador".

Pero Hernández, guiado por esta intención y finalidad pedagógicas, no se limita a señalar esa necesidad de una filosofía obligatoria a todo hombre de espíritu cultivado, para que le sirva de base firme a su personalidad pensante, sino que pasa inmediatamente a señalar que es necesario asimismo poseer esa formación filosófica como condición previa al estudio de cualquier materia científica; de manera de ir amoldando todo conocimiento científico a aquella estructura filosófica, sin la cual no deberá admitirse ninguno de aquellos conocimientos sino condicionalmente.

Bien nos hace ver esta última recomendación que Hernández, preocupado como quien más por el progreso científico de nuestra patria, quiere dar una como necesaria voz de alerta contra toda erudición científica que no fuera precedida de una sólida formación filosófica. Temía, sin duda, que el afán de cientificismo meramente experimental nos trajese una floración de eruditos a la violeta, pero sin la solidez y verdadera categoría que acreditan al hombre de ciencia.

Parece indudable —por una alusión expresa en el Prólogo— que nuestro autor se moviera a escribir esta Filosofía como respuesta tácita, pero efectiva,

frente a la alucinante filosofía positivista que con tan marcado influjo se venía impartiendo a nuestra juventud desde fines del siglo anterior. Muy persuadido estaba Hernández de la inconsistencia científica de aquella escuela, y en esto el tiempo no iba a tardar mucho en darle la razón,

No fue su intento escribir nada nuevo en filosofía. La finalidad de su libro fue claramente formativa, didáctica y estimulante. Quiso nada más reunir, como en un apretado y bien organizado epítome, cuanto la sana filosofía de los siglos ha enseñado siempre —y en el cristianismo con sus grandes maestros ha prohijado y difundido— como principios y verdades fundamentales de toda humana sabiduría.

La obra no pretende hacer alarde de erudición, ni menos ofrecerse como un tratado para maestros. Pero en cambio sorprende ante todo por dos cualidades que nos revelan a distancia al gran catedrático de bien ganada reputación en las aulas universitarias. La primera es la concisión insuperable con que ha logrado encerrar en algo más de doscientas páginas de texto de fácil lectura, divididas en tres libros, todos los grandes tratados de las ciencias psicológicas (libro I) y de las metafísicas (libro II), más una historia de la filosofía (Libro III). La lectura de cualquier capítulo de esos trabajos deja ver claramente lo completo y bien asimilado de los conocimientos del autor; el cual, con criterio seguro y dominio del pensamiento, los resume en párrafos de inimitable concisión y madurez. La frase es firme; dice lo que quiere sin titubeos, y nunca su contenido ofrece dudas al lector.

Y con esto tocamos ya la otra cualidad característica e igualmente admirable: la claridad de expresión tanto en la idea como en el estilo. Cuando un autor logra expresar sus ideas con meridiana claridad —sobre todo en materia filosófica—, nos da la señal más cierta de que domina aquella materia. Y dada la cultura literaria que Hernández ha demostrado en otros escritos, también al escribir sobre filosofía su estilo es propio, terso y expresivo, dentro de una encantadora sencillez de formas y de vocabulario. Y por esta cualidad —tan poco frecuente en libros de filosofía—, diremos que este libro nos recuerda,

en alguna manera, las páginas del eximio Balmes, uno de cuyos dones más personales consistió precisamente en saber exponer las verdades más elevadas o difíciles con un estilo de candorosa sencillez, que logra captar pronto el interés del menos preparado de sus lectores.

Algo más de veinte años antes que Hernández, el entonces presbítero doctor Juan B. de Castro (luego arzobispo de Caracas) había publicado unas *Lecciones de Filosofía*, que aun cuando bajo tan modesto título, hacían honor a su talento y dotes de maestro. En lo esencial de la materia y del criterio científico de la exposición, puede decirse que la obra de Hernández va por un camino paralelo a la del padre Castro. Pero en la división y ordenamiento de los diversos tratados, y sobre todo en la forma y estilo de la composición, el sabio médico difiere totalmente de su respetado antecesor. No hay que olvidar que el padre Castro era por naturaleza orador de pensamiento robusto y frase amplia, y que el púlpito y la tribuna eran la mejor cátedra para su enseñanza. Y aunque su libro de filosofía tiene un carácter principalmente didáctico, no por eso su estilo deja de mostrarse —sobre todo en ciertos pasajes— con la ampulosidad verbal y el entusiasmo propios del orador. Por lo contrario, Hernández es el expositor sereno, extremadamente cuidadoso de ahorrar palabras que sean absolutamente necesarias, y que busca, ante todo, la máxima precisión y justeza en cada enunciado y en cada conclusión. Así se retrató, sin pensarlo, como el catedrático de ciencias de quien tantas veces hemos oído contar con qué pedagógica sencillez y casi economía de palabras desarrollaba sus lecciones y las fijaba en la mente de sus alumnos.

Pero hay, además, otro aspecto de gran importancia, que en manera alguna queremos dejar sin comentarios, nos referimos al tono tan moderado y de altura eminentemente científica con que Hernández no sólo expone su doctrina, sino expone también y critica o refuta los sistemas, teorías o tesis contrarias. Jamás escribe una frase destemplada, o despectiva, ni acaso polémica. Con sobriedad y nitidez de pensamiento, y entereza de expresión, deja bien sentada su propia doctrina, y de igual manera señala en qué está el error que

hace inadmisible la doctrina de tal o cual autor o escuela. Pero nada está dicho ni con acritud ni con aspereza, sino con aquella serenidad y comprensión propias de quien posee la verdad.

Y como muy agradable complemento de estas notas que tanto relieve humanístico y científico dan a los *Elementos de Filosofía*, recordemos finalmente el emocionado gesto de simpatía con que Hernández, habiendo observado que el alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía, publica la suya "pensando —nos dice— que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que ella sea de utilidad a mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia".

Con lo dicho hasta aquí, creemos que no está fuera de camino afirmar que esta obra fue de verdadera actualidad y utilidad en la hora de su aparición. El hecho, al principio recordado, de las dos rápidas ediciones en el lapso de pocos meses, parece corroborar nuestro aserto. Y el prestigio personal y científico del autor debió, asimismo, atraerle numerosos lectores. Aquella era una obra viva, que esparcía luz y se abría espacio en el medio cultural venezolano. Hasta dónde llegó su influjo, es cosa que no podríamos ahora precisar. Pero ese influjo debió de hacerse sentir bien. Y tal vez uno de sus más inmediatos y reales efectos debió ser el mostrar razonada y prácticamente, con el ejemplo personal del propio autor, a aquel endeble cuanto satisfecho positivismo rampante en nuestras aulas universitarias, que se podía ser hombre de ciencia y estar al día con los más sabios progresos de la investigación material, sin necesidad alguna de acogerse bajo las tiendas de Comte, ni menos aún tener que renunciar al tutelazgo de la plurisecular y gloriosa filosofía cristiana.

Y —¡Oh secreto de las obras bien escritas!— hoy, a casi medio siglo de la fecha de su publicación inicial, hemos de confesar con la más imparcial honradez intelectual, que esta filosofía del doctor Hernández en nada ha envejecido en cuanto es sustancial como guía para una buena formación intelectual. Forzosamente ha de carecer hoy de aquellos datos teóricos e históricos concernientes a las escuelas y doctrinas, que como inquieta floración han pululado

durante breves lapsos en la primera mitad del presente siglo. Pero salvo en este aspecto complementario, hoy como ayer, esta obra conserva toda su capacidad formadora y, por ende, también toda su actualidad científica. No será por su brevedad libro para ampliar consultas; ni tal vez —no vemos por qué no— se lo quiera aceptar como libro de texto, aun cuando sus bien pensadas páginas podrían servir mejor de libro de texto que no pocos de los que lamentablemente se ofrecen hoy como tales. Pero con todo esto, creemos sinceramente que si muchos de nuestros jóvenes y aun personas mayores leyeran y asimilaran las enseñanzas fundamentales que aquí les dicta el doctor Hernández, obtendrían para sus inteligencias y voluntades mejor provecho formativo y más segura práctica orientación para una vida buena y útil, que con la lectura mal digerida de tantos ensayos de esas modernas y exóticas seudofilosofías, de fuego fatuo y de insegura y carnavalesca transitoriedad.

No nos cabe la menor duda de que, entre todas sus obras, debió ser ésta la que Hernández escribió con más cariño, con más dedicación y con la mira más alta del beneficio intelectual de sus compatriotas; y, por ello, debió ser, asimismo, la que más satisfacciones hubo de reportarle.

Por eso, esta nueva edición de los *Elementos de Filosofía* no debe recibirse como un dato más de mera curiosidad bibliográfica, ni tan sólo como un homenaje más de recuerdo a la sabia y venerable figura de su autor, sino, ante todo y sobre todo, como la enseñanza viviente del sabio maestro, que en esta hora tan urgida de luz y de orientación abre las puertas de su clase, y con un gesto apacible y bondadoso se apresta a ayudar a todos a pensar, sentir y amar.

Pedro P. Barnola, S. J.
Caracas, 27 de febrero de 1959

Prólogo

Ningún hombre puede vivir sin tener una filosofía. La filosofía es indispensable para el hombre, bien se trate de la vida sensitiva, de la vida moral y en particular de la vida intelectual.

En el niño observamos que tan luego como empieza a dar indicaciones del desarrollo intelectual, empieza a ser filósofo; le preocupa la causalidad, la modalidad, la finalidad de todo cuanto ve.

El rústico va lenta, laboriosamente consiguiendo en el transcurso de su vida algunos poquísimos principios filosóficos que le van a servir para irse formando el pequeño caudal de ideas que han de ser el alimento de su inculta inteligencia.

El hombre de espíritu cultivado, en el principio de sus estudios clásicos, aprende la filosofía que podemos llamar obligatoria. Los conocimientos que él adquiere entonces le sirven como de sustancia de reserva para irse formando su filosofía personal, la suya propia, la que ha de ser durante su vida la norma de su inteligencia, aquella de la cual ha de servirse para poder existir como ser pensador. En él, como en el hombre inculto, la elaboración de su filosofía ha de hacerse lentamente, casi siempre laboriosamente, dolorosamente la mayor parte de las veces.

La filosofía elaborada de esta manera viene a ser el más apreciado de todos los bienes que el hombre alcanza a poseer; se establece tal identidad, una adhesión

tan firme entre ella y la inteligencia que la ha formado, que llega a parecer imposible toda separación, y solamente alguno de los cataclismos intelectuales o morales que a las veces acontecen en la vida es capaz de efectuarla.

La operación preliminar del que estudia cualquier materia científica es la de amoldar los conocimientos que va adquiriendo a la filosofía que se ha formado de antemano; y si ésta no ha sido todavía definitivamente constituida, los conocimientos científicos no se admiten sino bajo condición.

El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente, y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente.

Dotado como los demás de mi nación, de ese mismo amor, publico hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido; pensando que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia.

También la publico por gratitud.

Esta filosofía me ha hecho posible la vida. Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia, han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente.

Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto a pesar de todo, antes que a la filosofía, la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido, y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir. Le responderé que todo es uno.

J.G.H

Caracas, enero 14 de 1912.

Preliminares

I

La Filosofía es el estudio racional del alma, del mundo, de Dios y de sus relaciones.

Se llama Ciencia el conjunto metódico de las causas y razones relativas a un objeto determinado.

Las Ciencias se dividen en Ciencias Matemáticas, Ciencias Físicas, Ciencias Naturales y Ciencias Morales.

Las Ciencias Matemáticas estudian la cantidad; son la Aritmética, el Álgebra, la Geometría, la Trigonometría, el Cálculo, la Mecánica y la Astronomía.

Las Ciencias Físicas son las que estudian los cuerpos inanimados, y comprenden la Geología, la Física, la Química, la Mineralogía y la Geografía Física.

Las Ciencias Naturales estudian los seres vivos vegetales o animales: el conjunto de ellas se denomina Biología.

La Biología se divide en Morfología o Anatomía, Fisiología y Embriología. La Patología puede considerarse como un ramo de la Fisiología: es la Fisiología del enfermo.

Las Ciencias Morales estudian el hombre considerado como el ser superior que es, en sí mismo y en sus relaciones con los demás seres. Son la Filología, las Ciencias Políticas y Sociales, la Historia, las Ciencias Psicológicas, que comprenden la Psicología Experimental, la Lógica, la Estética y la Moral; y

las Ciencias Metafísicas que comprenden la Ontología, la Teología Racional o Teodicea, la Psicología Racional y la Cosmología Racional.

El objeto de una Ciencia es la materia de que trata dicha Ciencia; por ejemplo, el objeto de las Matemáticas es la cantidad o el número; el de la Biología son los seres vivos en todas sus fases.

La Filosofía estudia el alma, el mundo y Dios que son las materias de que tratan las Ciencias Psicológicas y las Ciencias Metafísicas, ramos ambos de las Ciencias Morales; de donde podemos inferir, que la Filosofía no es una Ciencia en el concepto moderno de dicho término, sino una agrupación de Ciencias.

Pero antiguamente se le creía una Ciencia y se la definía: la Ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas.

II

Se llaman Ciencias Psicológicas las que estudian los fenómenos o las operaciones interiores del hombre.

El hombre tiene conocimiento de los fenómenos que se verifican en su espíritu, y que por eso se llaman fenómenos psicológicos. El conocimiento de los fenómenos psicológicos se llama conciencia. La Psicología experimental es la Ciencia que estudia los estados de conciencia.

Al más ligero examen, observa el hombre en su espíritu varias operaciones que suceden alternativamente; de donde deduce que hay en él varias facultades: la facultad de conocer o pensar que llama Inteligencia; la facultad de inventar, que denomina Imaginación; la facultad de querer que nombra Voluntad.

Se llama Lógica la Ciencia que estudia las leyes del pensamiento.

El objeto principal de la imaginación es la creación de la Belleza. La Ciencia que guía la Imaginación en la producción de la Belleza es la Estética.

La voluntad aspira al Bien. La Moral es la Ciencia del Bien.

III

Se llaman Ciencias Metafísicas las Ciencias que estudian las razones superiores de los seres.

La Ontología estudia los principios de existencia que son las propiedades generales del ser y los del conocimiento.

La Teología Racional es el estudio de Dios en cuanto puede ser conocido por la razón.

La Psicología Racional considera la esencia o naturaleza propia del alma.

La Cosmología Racional trata de la existencia del mundo, de la materia y de la vida.

La Filosofía comprende, pues, las Ciencias siguientes: la Psicología Experimental, la Lógica, la Estética, la Moral, la Ontología, la Teodicea, la Psicología Racional y la Cosmología Racional.

Libro primero

Ciencias psicológicas

Tratado primero
Psicología experimental

Preliminares
Los fenómenos psicológicos

La Psicología Experimental analiza los fenómenos psicológicos, que son los actos del alma. Estos fenómenos son conocidos por la conciencia, por lo cual se define la Psicología Experimental: la Ciencia que estudia los estados de conciencia.

El alma humana es esencialmente activa. En ella se observan tres distintas clases de operaciones o actividades: las actividades sensitivas, las actividades intelectuales y las actividades voluntarias.

Se llama facultad el poder de efectuar alguna operación. Hay, pues, en el alma tres facultades o potencias, que son: la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad.

La facultad es distinta de la función. Se llaman funciones los actos que se verifican en los cuerpos vivos. Las funciones se refieren al cuerpo, y son sus actividades propias; pero en ellas toma parte el alma en virtud de la unión que hay entre ambos; aunque el papel principal, el que puede observarse directamente, lo desempeña el cuerpo.

En virtud de esa misma unión, el cuerpo presta su contribución a las operaciones psíquicas, de suerte que el cuerpo y el alma, aun considerados en sus operaciones propias, forman un ser único, que es el hombre.

La Ciencia que estudia las funciones de los cuerpos vivos se llama la Fisiología.

Las funciones se distinguen de las facultades, en primer lugar, porque todos los actos fisiológicos tienen una localización precisa en el cuerpo y pueden reducirse a actos físico-químicos: la circulación se verifica en el corazón y los vasos y es el movimiento de la sangre en ellos; la respiración externa se produce en el pulmón y en la piel, y consiste en una absorción de oxígeno y una eliminación de anhídrido carbónico.

Los actos psíquicos no pueden situarse en parte alguna del cuerpo, ni son producidos por fuerzas físico-químicas.

En segundo lugar, las funciones se aprecian por los sentidos, mientras que los actos de las potencias del alma son conocidos únicamente por la conciencia.

La Psicología Experimental estudia las operaciones de las facultades del alma, es decir, que estudia la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, en sus actos.

Se llama sensibilidad la facultad de experimentar emociones e inclinaciones.

La inteligencia es la facultad de conocer. La producción del conocimiento se hace por varias operaciones sucesivas, de las cuales unas son sensitivas y otras propiamente intelectuales.

Las operaciones sensitivas sirven para adquirir la materia del conocimiento y para conservarla; en ella toman parte los sentidos, los cuales nos suministran la materia para la elaboración del conocimiento del mundo exterior, y la memoria y la imaginación, que sirve para la conservación y combinación de estos materiales.

Las operaciones intelectuales son las que elaboran el conocimiento, y son tres: la concepción o formación de los conceptos o las ideas, el juicio y el raciocinio.

La actividad superior del alma es la voluntad. Se llama voluntad la facultad de querer o de decidirse. Los actos voluntarios repetidos engendran el hábito, que es la propensión a repetir algunos hechos prácticos, los cuales se verifican con una facilidad cada vez mayor.

Los actos psicológicos tienen lugar originalmente en el interior del hombre, pero pueden luego exteriorizarse. El único modo de ser conocidos en su origen es por medio de la conciencia.

Toda Ciencia para constituirse como tal y adelantar, necesita tener un método.

El método de la Psicología Experimental, como lo indica su calificativo, es el método experimental fundado en el criterio de conciencia; y la buena solución de los problemas psicológicos depende del empleo conveniente de su método.

Parte I
La sensibilidad

Capítulo primero
Las emociones

La sensibilidad es la facultad de experimentar emociones e inclinaciones.

La sensibilidad es una potencia cuyos actos son interiores o subjetivos, es radicalmente afectiva, casi puramente pasiva y distinta del conocimiento. Su acto es doble; ella puede ser el asiento de emociones e inclinaciones.

Se llaman emociones las impresiones interiores gratas o desagradables.

Las inclinaciones son las tendencias fundamentales a producir ciertos actos.

Las emociones se dividen en sensaciones y sentimientos. La sensación es la emoción producida por una impresión fisiológica. El sentimiento es una emoción producida por un fenómeno psicológico.

El dolor de una quemadura es una sensación. El dolor por el recuerdo de la muerte de una persona querida es un sentimiento.

La sensación es una impresión afectiva y el sentimiento es una impresión representativa.

Sensaciones. Las sensaciones son siempre fenómenos interiores, subjetivos, pero pueden dividirse por su causa, en internas y externas. Las sensaciones internas son aquellas cuya causa se halla en nuestro cuerpo; son las que provienen de nuestros órganos, como dolor de cabeza, picazón en la mano, frío en los pies.

Las sensaciones externas son las que provienen de los objetos del mundo exterior, por los sentidos: sensación de color, de sonido.

La sensación se verifica de la manera siguiente: una causa física determinada obra sobre los sentidos o sobre los órganos; en seguida la impresión de los sentidos o la orgánica llega, conducida por los nervios, a los centros nerviosos superiores, que están en la corteza de los hemisferios cerebrales; después sobreviene el conocimiento de dicha impresión, que es la sensación.

Si la impresión nerviosa sólo llega a los centros nerviosos inferiores: la médula, el bulbo, la protuberancia, no hay la sensación, es decir, que entonces la impresión no es consciente sino inconsciente.

Las sensaciones exteriores vienen por los sentidos, que son cinco: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Cada sentido tiene su excitante propio, llamado el sensible propio, y la sensación correspondiente sólo es producida por él.

La vista se efectúa por el aparato ocular, que consta del ojo y sus anexos y de los centros nerviosos propios; su excitante es la luz, y las sensaciones correspondientes son tres: la de luz, la de color y la de superficie.

El oído tiene por órgano el aparato auditivo con sus centros nerviosos. Su excitante son las vibraciones sonoras de los cuerpos, es decir, aquellas que constan de 16 a 38.000 oscilaciones dobles por segundo. Las sensaciones auditivas son dos: la de sonido con sus tres caracteres de altura, intensidad y timbre y la de ritmo.

El órgano del olfato es la mucosa nasal en la región olfativa, con sus centros nerviosos. Su excitante son las partículas desprendidas de los cuerpos olorosos; la sensación es la de olor, con sus caracteres de olores aromáticos, fragantes, ambrosíacos, aliáceos y fétidos.

Las mucosas lingual y palatina con los nervios y centros gustativos son el aparato de la gustación. Su excitante son los cuerpos sápidos, los cuales producen la sensación de gusto o de sabor; los sabores son cuatro: dulce, amargo, salado y ácido.

El tacto se ejerce por toda la piel del cuerpo, principalmente por la mano. Se produce por la aplicación inmediata de los cuerpos sobre la piel. Las sensaciones táctiles son las de volumen, de consistencia, de temperatura y de peso.

Las sensaciones, tanto internas como externas, pueden ser agradables o penosas; es decir, que producen placer o dolor.

El placer es un estado psicológico que proviene del ejercicio regular en cantidad y calidad de la actividad sensible. El dolor es igualmente un estado psicológico que proviene de la falta del ejercicio de la actividad sensible, o de un ejercicio excesivo o anormal de ella.

Tanto el placer como el dolor son indefinibles por ser fenómenos simples, que no es posible conocer sino por la experiencia. Ambos estados son efectivos y reales, puesto que provienen de la actividad del alma satisfecha o contrariada, y es por esta misma razón que el placer es primitivo y anterior al dolor.

El placer y el dolor pueden ser positivos y negativos: son positivos: el placer de un ejercicio moderado, el del apetito satisfecho, el dolor de una herida, la molestia de un ruido fuerte; son negativos: el reposo después del ejercicio moderado, el bienestar después de una enfermedad penosa, la molestia de la inacción.

Por el hábito disminuye el placer y el dolor que acompañan a la sensación, de suerte que al fin, la mayor parte de las sensaciones se vuelven indiferentes.

En toda sensación hay dos elementos: uno afectivo y otro significativo. El elemento afectivo es el placer o el dolor. El significativo es aquel carácter que sirve para distinguir una sensación de otra. Si comemos un pedazo de azúcar, experimentamos la sensación de sabor, con el elemento afectivo de agradable y el significativo de dulce.

Los dos elementos varían en las distintas sensaciones. Según la ley de Hamilton, el elemento afectivo y el significativo varían en razón inversa. El hábito vuelve muchas sensaciones indiferentes, es decir, que las priva del elemento afectivo.

La sensación moderada excita la actividad del alma, y la sensación fuerte o violenta deprime dicha actividad.

Una excitación muy débil puede ser inconsciente; la excitación moderada produce una sensación también moderada, y conforme crece la excitación, la sensación va haciéndose mayor.

La ley de Fechner establece que la sensación crece como el logaritmo de la excitación, o lo que es lo mismo, que si la excitación crece en progresión geométrica, la sensación lo hace en progresión aritmética. Una sala alumbrada con dos focos de luz, da una determinada sensación luminosa; si se quiere tener una sensación doble, es decir, que la sala parezca doblemente iluminada, es necesario poner en ella ocho focos.

Por su elemento significativo, las sensaciones sirven para el conocimiento y vienen a ser como la materia prima de la elaboración intelectual.

Sentimientos. Los sentimientos son emociones producidas por un fenómeno psicológico, esto es, por una idea, por una volición o por un simple recuerdo. La idea de separarme de mi país me produce un sentimiento de tristeza; la resolución de cumplir mi deber, me da un vivo sentimiento de gozo; el recuerdo de la pasión de Jesucristo inunda mi alma de un profundo sentimiento religioso.

Los sentimientos son fenómenos interiores, subjetivos, que no pueden localizarse en ninguna parte del cuerpo, que necesitan del conocimiento para producirse y que pueden ser influidos por la voluntad.

Los sentimientos están acompañados de placeres y dolores que son intelectuales y morales. Los placeres y dolores intelectuales provienen de la satisfacción o contrariedad de la aspiración a lo verdadero. Los placeres y dolores morales son causados por el cumplimiento o la violación del deber.

Se dividen los sentimientos en sentimientos personales como la esperanza, la desesperación, el consuelo; sentimientos altruistas como el amor, la benevolencia, la caridad; y sentimientos superiores como los sentimientos estéticos, los sentimientos religiosos.

Unos sentimientos son estimulantes de la actividad del alma, como la alegría, la esperanza; mientras que otros son deprimentes de dicha actividad, como la tristeza, el temor, la misantropía.

Capítulo II
Las inclinaciones

La inclinación es el movimiento espontáneo de la actividad hacia un fin determinado.

La inclinación es la parte menos pasiva, casi activa de la sensibilidad. Toda inclinación va acompañada del deseo o de la aversión. El deseo es una aspiración hacia un placer ausente; la aversión es la repulsión de un dolor o del objeto que lo causa. La inclinación se manifiesta a la conciencia por el deseo o la aversión, que al propio tiempo son su estímulo principal.

Se dividen las inclinaciones en inclinaciones físicas y morales. Las inclinaciones físicas son los apetitos, que sirven para el mantenimiento de la vida fisiológica: son periódicas, es decir, que satisfechas, renacen al cabo de un tiempo determinado y casi siempre igual.

Algunas inclinaciones físicas sirven para la conservación del individuo, como el hambre, la sed, el sueño; otras son la para la conservación de la especie. Se hacen perceptibles a la conciencia por las sensaciones que despiertan, como la sensación de hambre, de sed, de cansancio. Son comunes al hombre y a los animales.

Las inclinaciones morales son movimientos del alma hacia el bien. Ellas producen el perfecto desarrollo del ser moral del hombre. Se hacen perceptibles a la conciencia por los sentimientos que despiertan contrariadas o satisfechas. No son periódicas y tienen un crecimiento ilimitado.

Las inclinaciones morales se dividen, como los sentimientos, en inclinaciones personales, altruistas y superiores o ideales.

Las inclinaciones personales tienen por objeto el bien individual, y se fundan en el amor que el hombre tiene por sí mismo.

Son la inclinación a la conservación de la vida, la cual está tan arraigada en el corazón, que parece un instinto, y así se llama el instinto de conservación;

la inclinación a la felicidad, que es también casi un instinto, pues el hombre quiere a todo trance ser feliz; la inclinación a la independencia, al saber, al poder, a la buena fama, a la gloria.

Las inclinaciones altruistas o sociales, cuyo objeto es el bien de los demás hombres, tienen por fundamento la sociabilidad y la simpatía.

La sociabilidad es la inclinación a buscar la compañía de los demás; existe como un instinto en muchos animales y es esencial al hombre. La simpatía es la inclinación a participar de los sentimientos de los demás.

Las inclinaciones altruistas se dividen en inclinaciones electivas, como son el amor, la amistad; domésticas, como el amor paternal, maternal, filial, conyugal, fraternal; corporativas como el patriotismo, y filantrópicas como la piedad, la benevolencia.

Las inclinaciones opuestas a las altruistas son las más malevolentes, como el odio, la envidia, la antipatía, la misantropía.

Las inclinaciones superiores o ideales son las aspiraciones del alma hacia lo perfecto. Son el amor de lo verdadero, de lo bello, del bien, el sentimiento religioso; ellas son las que levantan la dignidad humana y ennoblecen al hombre, de quien son la propiedad exclusiva. Están fundadas en la sensibilidad, pero son dirigidas por la razón.

Las inclinaciones son innatas, instintivas, inconscientes por sí mismas y espontáneas. Sus actos repetidos también establecen el hábito.

Pasiones. Se llama pasión una inclinación viva, impetuosa y dominante, se diferencia de la pura inclinación, en que la pasión es adquirida y tiene una duración limitada en lo general, aunque puede hacerse durable por el hábito.

Para desarrollarse una pasión, es necesario casi siempre la existencia de una predisposición natural, la cual depende de la herencia y del temperamento y es aumentada por la influencia del medio físico y moral; en este terreno preparado, la pasión nace y se desarrolla, y si la voluntad no interviene desde el principio para dominarla, se establece definitivamente.

Los resultados o efectos de las pasiones pueden ser buenos, pues ellas suelen estimar la inteligencia y la voluntad; el hombre movido por la pasión es capaz de emprender y llevar a cabo las grandes obras.

En otros casos son perjudiciales, porque llegan a dominar la voluntad y a menoscabar la libertad humana, oscurecen la razón y amenguan el ser moral del hombre.

Se dividen, pues, las pasiones por sus efectos en dos clases: las malas y las buenas; y para desarraigar las primeras y fomentar las segundas, se libra en el corazón del hombre un largo y recio combate espiritual que en definitiva viene a tener como resultado la formación del carácter.

La responsabilidad de los actos cometidos durante el ímpetu de la pasión subsiste; jurídicamente la pasión es una circunstancia atenuante, en aquellos casos en que por su violencia ha impedido prever las consecuencias desastrosas producidas por los actos cometidos bajo su influjo.

Las pasiones se dividen, como los sentimientos, en personales, como el orgullo, la cólera; sociales, como el desprendimiento, la generosidad; e ideales, como la pasión por el estudio, por el arte, por la gloria.

El instinto. Se llama instinto una tendencia innata a efectuar ciertos actos por medios no premeditados.

En el hombre, al nacer, se observan actos instintivos que permanecen durante algún tiempo, como son el modo de tomar el alimento de su madre, los movimientos de los brazos y de las piernas para desarrollar sus músculos. La duración de estos actos instintivos humanos es efímera; desaparecen en cuanto comienza el niño a hacer uso de su voluntad; así se observa, que si al niño no se le da el pecho en los primeros días de nacido, a los ocho o nueve ya no sabe tomarlo, porque para entonces comienzan a intervenir la voluntad y la inteligencia, y aunque es muy limitado e imperfecto ejercicio, basta él para que desaparezca el instinto, y el niño tenga que aprender a verificar sus actos.

No sucede así en los animales; durante su vida entera todos sus actos son instintivos. El instinto les sugiere el fin y los medios de que han de valerse para alcanzarlo.

La marcha, el vuelo, la natación, la construcción de sus nidos o de sus cuevas, la manera de procurarse el alimento, el modo de capturar la presa, los cuidados de la madre para con sus hijos, todo es instintivo; el instinto los conduce y los protege.

El estimulante del instinto es la sensación; el animal experimenta primeramente una sensación, la cual lo determina a obrar forzosamente y él lo hace efectuando a perfección, desde el primer momento, todas las operaciones instintivas correspondientes. Cualquier animal que sienta hambre, como su instinto le señala a capturar su presa, una vez que la tiene en su poder, satisface con ella su apetito irremisiblemente.

No obra así el hombre, que es un ser libre. Teniendo la sensación, la necesidad urgente de comer, y colocado en la posibilidad de hacerlo, puede por su libre albedrío no prestar obediencia a su apetito y rechazar el alimento.

El animal conoce las diversas operaciones de su obra instintiva, y aun puede variarlas en ciertos límites, para adaptarlas a las circunstancias y al medio en que se encuentra; pero es cierto, lo confirma la experiencia, que ignora el objeto, el fin de sus actos.

El instinto es innato y ciego; es uniforme en los individuos de una misma clase; alcanza desde el primer momento su perfección, y es fijo. El animal sufre el impulso de su instinto sin dirigirlo, y no ejecuta sino las obras especiales de su clase, en las cuales es maestro consumado. Los cambios que se han observado en las operaciones instintivas, son una adaptación a las circunstancias del medio, mas no pueden considerarse como un progreso del instinto.

El instinto es en el animal una propiedad primitiva de la vida, pues como los actos instintivos son indispensables para la existencia del animal, en ningún momento puede éste conservarla sin ellos. Una araña no puede alimentarse sino con las moscas que aprese en la tela que fabrica; si se le impide el fabricarla se muere de hambre.

El instinto primario tiene, en consecuencia, que existir desde que existe el animal en su total desarrollo; pero podemos suponer que se ha ido desarro-

llando y transmitiendo por herencia durante los largos siglos de la evolución de la clase, conforme observamos que se desarrollan ciertos instintos secundarios en los animales domésticos, como el trote del caballo; lo cual depende de que en el instinto hay siempre algo de indeterminado que le permite adaptarse al medio en que el animal se encuentra.

Parte II
La inteligencia
Sección primera
Funciones de adquisición

Capítulo primero
La conciencia. La percepción externa

La inteligencia es la facultad de conocer. Su operación es el conocimiento de todo cuanto existe real o posible. El conocimiento es representativo de las cosas, es decir que es objetivo.

El conocimiento no se verifica inmediatamente, sino que hay una evolución en el modo de producirse, mediante tres operaciones sucesivas, que son: la adquisición, la conservación y la elaboración. Las dos primeras son operaciones sensitivas, las cuales sirven para procurar los materiales con que ha de efectuarse la tercera operación, la elaboración del conocimiento, que es la verdadera operación intelectual.

Las operaciones sensitivas se efectúan por medio de tres potencias que son: los sentidos externos, la memoria y la imaginación. La facultad indispensable para apreciar los fenómenos psicológicos debidos a la actividad de estas potencias, es la conciencia.

Se llama conciencia la facultad de conocer los fenómenos psicológicos. Estos fenómenos pueden ser dependientes de la sensibilidad, de la inteligencia o de la voluntad; la conciencia que nos revela los fenómenos sensibles o los fenómenos intelectuales se llama conciencia psicológica o simplemente

conciencia; y como la voluntad puede decidirse por el bien o por el mal, llamamos conciencia moral aquella que nos enseña a conocer los actos malos o buenos.

La conciencia es de dos maneras: la conciencia espontánea y la refleja. La conciencia espontánea es el conocimiento inmediato de nuestros fenómenos psicológicos. Siento que tengo un dolor; conozco que me ha sobrevenido un recuerdo; sé que voy a tomar una determinación.

Esta conciencia es primitiva y da un conocimiento experimental; la tienen el niño y el animal.

La conciencia refleja es la facultad de analizar los fenómenos psicológicos. Para efectuar este análisis son necesarias la atención, la memoria y la razón; y el acto por el cual hacemos este análisis se llama reflexión, la cual da el conocimiento racional, propio del hombre.

El conocimiento suministrado por la conciencia es intuitivo e inmediato; porque es el conocimiento que tiene el alma de sus propios estados; de donde se deduce que es un conocimiento infalible: sé que tengo la idea de sustancia; conozco que sé hablar el castellano.

Es además un conocimiento personal e impenetrable, porque tenemos conciencia de lo que sucede o se verifica en nuestra alma, y de ninguna manera de lo que tiene lugar en el alma de los demás; así como tampoco tenemos conciencia de nuestro cuerpo, ni del mundo exterior, ni de Dios; porque el objeto de nuestra conciencia son nuestros propios actos psicológicos.

La conciencia tiene varios grados, es decir, que se puede tener un conocimiento más o menos claro de los fenómenos psicológicos. Si el conocimiento, por falta de atención, o porque el fenómeno psíquico es muy leve, se presenta sumamente oscuro y sordo, entonces no hay conciencia; a los más habrá subconciencia. Estos fenómenos de subconciencia pueden ser considerados como la causa de ciertas sensaciones no muy definidas de bienestar o de malestar, que se experimentan con frecuencia.

Por la conciencia tenemos la idea de sustancia, y la percepción inmediata del yo, es decir, de nuestra personalidad. Conocemos nuestros estados psicológicos que son múltiples y transitorios; y sabiendo que somos el sujeto permanente de estos estados, adquirimos la idea del ser del alma, o lo que es igual, la conocemos como una sustancia, esto es, como el sujeto permanente de aquellos estados transitorios, que al propio tiempo es libre en sus determinaciones.

La idea del yo, es la idea completa de la personalidad; para adquirirla de una manera clara, primeramente la conciencia nos revela que somos un ser único en medio de la multitud de fenómenos que se verifican en nosotros; después nos enseña que este ser o sujeto único y siempre el mismo, es activo y libre; finalmente, la inteligencia nos suministra la idea de nuestra cuerpo y la idea de nuestro pasado con todas sus obras.

La conciencia refleja nos suministra, además de la idea de sustancia y de la de personalidad, las ideas de ser, de identidad, de unidad, de causa y de duración.

Todas las operaciones de la conciencia constituyen la percepción interna.

Percepción externa. Se llama percepción externa o simplemente percepción, la facultad de conocer el mundo exterior por medio de los sentidos. También se llama percepción el acto de dicha facultad.

La percepción se verifica de la manera siguiente: los órganos de los sentidos son excitados por los agentes físicos correspondientes a cada uno de ellos, es decir, por su sensible propio; luego la impresión de los sentidos es conducida al cerebro por los nervios, y en seguida se verifica la sensación; la conciencia, sirviéndose de la atención, analiza dicha sensación, la cual una vez conocida, la inteligencia exterioriza y localiza en el objeto que produjo la sensación; efectuando al propio tiempo varios juicios, en los cuales se afirma la existencia del objeto y de las cualidades.

El conocimiento suministrado por cada sentido, es, como se ve, dependiente de las sensaciones que dicho sentido procura. Por la vista conocemos la luz, los colores y la superficie; por el oído tenemos la percepción de los sonidos y

del ritmo; por el olfato conocemos los olores; por el gusto, los sabores; y por el tacto, el volumen o las tres dimensiones de los cuerpos, la temperatura, la consistencia o dureza, la aspereza, el espacio y el movimiento. Estas son las percepciones primitivas o naturales.

Pero los sentidos pueden darnos un mayor número de percepciones que las naturales, educándose y auxiliándose los unos con los otros, aunque en este caso estamos expuestos a obtener percepciones erróneas. La vista puede darnos la percepción de las tres dimensiones o de la forma de los cuerpos, de las distancias y del movimiento: el oído nos puede dar a conocer la naturaleza del cuerpo sonoro, la distancia y el lugar en que se encuentra; por el olfato, lo mismo que por el gusto, distinguimos frecuentemente un cuerpo de otro. Estas son las percepciones adquiridas, las cuales piden la educación conveniente de los sentidos.

Por la percepción externa no tenemos un conocimiento perfecto del mundo exterior, es decir, que no conocemos la sustancia de los cuerpos de una manera perfecta, sino sus accidentes, esto es, las sensaciones que dichos cuerpos nos producen. Pero como la sensación es un fenómeno subjetivo o que está en nosotros, en nuestro interior, es necesario que la razón, por medio de los principios de causalidad y sustancia, infiera de la sensación la existencia de los cuerpos que la producen y los accidentes o caracteres secundarios de estos cuerpos.

La percepción externa es, por consiguiente, mediata, relativa a nuestros sentidos y en parte ilusoria, porque nos imaginamos ver los objetos, tocarlos, sentirlos, en una palabra, y en realidad lo que sentimos son los estados psicológicos producidos por dichos cuerpos. Es más bien una concepción lo que tenemos del mundo que una verdadera percepción, aunque alguna de las nociones suministradas por los sentidos tengan una realidad objetiva, como sucede con la extensión; y el conocimiento obtenido es un conocimiento concreto y particular o singular.

Pero aunque limitado e imperfecto este conocimiento del mundo, es, sin embargo, suficiente para que el conflicto que se establece entre los cuerpos

exteriores y el hombre pueda él derivar de aquéllos toda suerte de bienes, conquistándolo con su inteligencia y haciéndolos concurrir a la satisfacción de sus necesidades.

Además de la explicación que hemos dado para interpretar la objetividad de la percepción, se han inventado en el transcurso de los siglos otras doctrinas con el mismo objeto. Una de ellas supone que el espíritu percibe directamente los objetos: es la percepción inmediata o intuicionismo. Otras suponen que los objetos se perciben por medio de agentes intermediarios, los cuales son imágenes o ideas representativas, y entonces se tienen las teorías de representacionismo; o por medio de sensaciones y entonces se tienen las teorías del interpretacionismo.

La interpretación inmediata o intuicionismo tiene dos variedades:

La teoría de la asimilación y la teoría de la percepción intuitiva.

La asimilación de Aristóteles, Santo Tomás y los escolásticos, supone que los objetos imprimen en los sentidos una representación de ellos mismos; entonces el sentido elabora una representación adecuada para percibir dichos objetos, y así los percibe inmediatamente.

La percepción intuitiva de Hamilton explica la percepción por un conocimiento inmediato de los objetos exteriores que se tiene junto con la sensación producida por ellos.

La percepción mediata por medio de imágenes o ideas representativas, o sea, el representacionismo, presenta varios sistemas:

La emanación de Demócrito supone que los cuerpos emiten sin cesar partículas, imágenes o fantasmas, las cuales conmueven los sentidos y esta conmoción se trasmite al alma y le procura las sensaciones y las percepciones.

La teoría de las impresiones sensoriales de Maine de Biran supone que el espíritu percibe las modificaciones de los sentidos y estas modificaciones le presentan los objetos exteriores.

La teoría de las ideas representativas de Locke explica la percepción admitiendo que los cuerpos del mundo impresionan los sentidos y producen una

representación de ellos que el alma transforma en ideas, de suerte que no conocemos dichos cuerpos por sí mismos sino por esas ideas.

La teoría de las ideas producidas por Dios, de Berkeley, imagina que el conocimiento que tenemos del mundo es producido en nuestra alma por Dios mismo.

La teoría de las ideas divinas de Malebranche explica la percepción suponiendo que el hombre ve las ideas que Dios tiene del mundo exterior en las marcas que le ha impreso en el cerebro.

La percepción mediata por medio de sensaciones, o sea el interpretacionismo, presenta las teorías siguientes:

La sugestión mediata de Reid, según la cual la percepción externa consta de varias fases: la sensación primero, después la idea o concepto, y finalmente, la creencia irresistible en la existencia del mundo.

La alucinación verdadera de Stuart Mill admite que los cuerpos producen la sensación, la cual se exterioriza y objetiva en virtud del encadenamiento producido por la asociación entre la sensación y el objeto.

La inferencia de Descartes supone que los objetos nos producen sensaciones las cuales la inteligencia por los principios de causalidad y sustancia los interpreta, los conoce y los refiere a los objetos causantes de la sensación.

Capítulo II
La memoria. La imaginación

Se llama Memoria la facultad de conservar de reproducir y de reconocer los fenómenos psicológicos pasados.

Todos los fenómenos psicológicos, ya pertenezcan a la sensibilidad, a la inteligencia o a la voluntad, son objeto de la memoria, siempre que sean pasados. Los fenómenos psicológicos presentes no son objeto de la memoria, sino de la conciencia.

Los demás fenómenos, como son los del mundo exterior, las personas, las cosas, no son objeto de la memoria sino en cuanto nos han impresionado y nos han producido un estado de conciencia determinado; de suerte que no nos acordamos de tal persona o de tal cosa, sino de haber visto u oído tal persona o tal cosa.

Las operaciones de la memoria son tres: la conservación, el recuerdo y el reconocimiento, las cuales funcionan juntas en la producción de la memoria.

La conservación de los fenómenos psíquicos en la memoria se hace en virtud de un hábito fisiológico y de uno psicológico. Todo fenómeno psíquico deja en los centros nerviosos alguna impresión o modificación más o menos durable; la repetición del mismo fenómeno, produce el hábito de esas modificaciones o impresiones, el cual se establece al fin como un hábito fisiológico definitivo, necesitando para ello de un organismo sano y de un sistema nervioso normal.

El hábito psicológico proviene de la disposición que existe en el alma a reproducir sus actos; unidos los dos hábitos se verifica la conservación en la memoria de cualquier fenómeno psicológico.

La reviviscencia de dichos fenómenos se produce de tres maneras: espontáneamente, por asociación de ideas o voluntariamente. La reviviscencia espontánea se verifica con frecuencia y muchas veces contra nuestro querer; depende de la impresión fuerte que nos ha producido el hecho que se recuerda.

La asociación de las ideas efectúa también la reviviscencia de ellas, de suerte que reapareciendo una, al punto viene la otra. Finalmente puede la voluntad producir el recuerdo sirviéndose de la asociación, porque obrando por sí sola parece que más bien produce la inhibición del recuerdo, es decir, que lo hace imposible.

El reconocimiento de los fenómenos psicológicos es la operación final y esencial en el acto de la memoria. Es la interpretación del estado de conciencia actual; se verifica asociando el estado de conciencia presente a la noción del pasado, es decir, juzgando que este estado de conciencia presente o actual ha sido experimentado por nosotros en un tiempo pasado.

El reconocimiento tiene por fundamento, según eso, dos nociones, que son: la de identidad personal y la de tiempo.

En el caso de que no pueda verificarse alguna de estas operaciones de la memoria, se produce el olvido de lo pasado.

La memoria puede ser de fenómenos sensibles o concretos: es la memoria sensible, la cual necesita de la acción cerebral, y es múltiple: memoria visual, auditiva, etc.; esta memoria la tienen también los niños y los animales; o puede tener por objeto las abstracciones, las ideas: es la memoria intelectual privativa del hombre. Ambas memorias pueden considerarse como una sola facultad aplicada a distintos fenómenos psicológicos.

La memoria es indispensable para el conocimiento, el cual se elabora sobre los datos que ella suministra a la inteligencia; además, una vez adquirido el conocimiento, ella lo fija y viene de esta manera a ser indispensable también para la adquisición de la ciencia; sirve para conservar el concepto de la identidad personal, y en general, todos los actos de la vida sin ella serían casi imposibles.

Asociación de las ideas. Se llama asociación de las ideas la inclinación de la inteligencia a pasar espontáneamente de una idea a otra. Esta inclinación es una propiedad fundamental del espíritu, común a todos los hechos psicológicos, de suerte que una idea puede despertar un deseo o un acto voluntario asociado a ella.

Para la existencia de la asociación es condición indispensable la contigüidad o simultaneidad de los actos psicológicos; es necesario que las ideas hayan sido pensadas juntamente, o que se hayan reunido en el espacio o en el tiempo, o que tengan relación de causalidad, de finalidad o de semejanza.

Hay dos clases de asociación de ideas: la esencial o lógica, llamada también ligazón de las ideas; y la accidental o empírica, que puede llamarse conjunción de las ideas.

La ligazón de ideas es la asociación producida por una relación fundada en la esencia de las cosas o por una relación de causalidad, de finalidad o de sustancialidad: la idea del género despierta la de la especie; la de una causa cualquiera, sugiere la del efecto consiguiente; la del principio hace renacer la de la consecuencia; la de una sustancia conocida produce la del modo con ella ligado

La conjunción de ideas es la asociación producida por una relación contingente o experimental o por contigüidad en el espacio o en el tiempo, por semejanza o contraste, o por la significación: al ver un lugar determinado sobreviene el recuerdo de una persona que en él estuvo; un retrato sugiere el recuerdo del original; el frío hace pensar en el calor; la palabra, signo de la idea, la sugiere.

La asociación será tanto más estrecha y viva, cuanto mayor número de veces los actos psicológicos se hayan verificado juntos.

Es un auxiliar indispensable casi de la memoria y desempeña un papel principal en el conocimiento, porque la inteligencia obra mejor sobre los materiales reunidos por la asociación, en virtud de su actividad sintética.

Imaginación. Se llama imaginación la facultad de reproducir las imágenes o conceptos sensibles de lo percibido anteriormente y de crear imágenes o ideas nuevas por medio de las antiguas.

Hay, pues, dos modos de la imaginación: la imaginación reproductora y la creadora.

La imaginación reproductora verifica la reproducción concreta del objeto de una manera viva y distinta, sin localizarlo en el pasado como lo hace la memoria; antes por el contrario considerándolo como presente. Esta reproducción interior del objeto se llama imagen. Hemos visto el cuadro de *La multiplicación de los panes*; la memoria nos suministra el recuerdo del día y la hora en que lo vimos; por la imaginación reproducimos en nuestro interior de una manera concreta el cuadro con sus personajes, el paisaje y en general todos sus detalles, de suerte que lo tenemos presente en nuestro interior, absolutamente como si lo estuviéramos viendo. Vemos, pues, como son dos facultades distintas la memoria y la imaginación reproductora.

La imaginación creadora es la facultad que produce imágenes o ideas nuevas modificando y combinando las antiguas.

Es la propia y exclusiva facultad creadora. Su operación la verifica tomando de la naturaleza los elementos con los cuales ha de reproducir la nueva obra científica o artística, e idealizándolos, es decir, dotándolos de una perfección superior a la de la realidad, y en fin realizando en la obra definitiva, en cuanto es posible, el ideal propuesto.

Para este trabajo de la imaginación es indispensable un auxiliar; este auxiliar es la inspiración, a la cual le toca la concepción de la obra y la invención de la idea que ha de dirigir todo el trabajo creador; la inspiración es el resultado de una exquisita sensibilidad unida a la más elevada inteligencia.

La imaginación, como se ve, es una facultad completa. Es la facultad que produce los grandes descubrimientos científicos o artísticos. Es igualmente necesaria para todo invento y progreso. Su acción benéfica se extiende a toda la duración de la vida individual y de la vida social, porque mantiene la esperanza de una vida ideal, para lo porvenir, mejor que la vida real presente; esta esperanza, esta ilusión que poetiza la vida, la vemos despertarse en el niño que desea llegar a hombre para realizar ciertos proyectos no bien

definidos que le han de hacer dichoso; observamos que adquiere su desarrollo en el hombre, el cual desea el pronto transcurso del tiempo para alcanzar cierta situación en el porvenir, situación mil veces mejor que la que posee en la actualidad; y que existe todavía en el anciano, al cual le sirve como de un velo que le disimula la terrible proximidad de la tumba.

Sección segunda
Funciones de elaboración del conocimiento

Capítulo primero
La atención. La comparación. La concepción. Abstracción. Generalización

La inteligencia es la facultad de conocer. Para efectuar el conocimiento la inteligencia tiene antes que construirlo con los materiales suministrados por los sentidos y conservados por la memoria. Estos materiales, como ya hemos visto, constituyen un conocimiento concreto, particular o singular; la función intelectual sustituye a este conocimiento particular, un conocimiento general y abstracto, el cual es más simple y claro.

El objeto del conocimiento intelectual, es decir lo que la inteligencia puede conocer es pues, todo lo que existe o puede concebirse; en primer lugar la inteligencia conoce las cosas sensibles y concretas del mundo, esto es, los seres materiales, directamente, pero de una manera abstracta y universal, o lo que es equivalente, conoce las razones esenciales de los seres concretos y materiales; los demás conocimientos, o sea lo que se refiere a lo suprasensible o inmaterial, puede adquirirlos solamente por reflexión.

La operación intelectual consta de tres actos; la concepción, el juicio y el raciocinio, los cuales van acompañados de dos actos preliminares, a saber: la atención y la comparación.

La atención. Se llama atención la fijación de la mente sobre un solo objeto. La atención es el auxiliar indispensable de todos los actos intelectuales.

Puede ser espontánea y voluntaria. La atención espontánea es la provocada forzosamente por un fenómeno que inspira un vivo interés. La atención

voluntaria es la resolución de considerar un objeto. La atención necesita entonces de un esfuerzo de la voluntad durante toda su operación.

Se llama reflexión la misma fijación de la mente sobre los fenómenos psicológicos. La meditación es una reflexión sostenida y la contemplación es la reflexión acompañada de admiración.

La atención es una operación esencialmente analítica, porque por medio de ella se aísla un objeto o una cualidad objetiva para considerarla separada de los demás objetos, o de las otras cualidades.

La comparación. La comparación es aquella operación por la cual se buscan las relaciones entre dos objetos o ideas. Los objetos de la comparación se llaman términos.

La comparación se hace considerando uno de los términos, y analizándolos cuidadosamente; en seguida se efectúa el correspondiente análisis del otro término; después se marcan las semejanzas y las diferencias que existen entre ambos, estableciendo por último las relaciones que tienen dichos términos.

Por la comparación se obtienen las ideas relativas, las genéricas, las subordinadas, las coordinadas, las contrarias y por consiguiente es de gran importancia en todas las Ciencias.

La concepción. La concepción es la elaboración de los conceptos. Los conceptos se llaman también ideas. La idea es la representación de la naturaleza de los seres.

La inteligencia construye las ideas mediante dos operaciones sucesivas: la abstracción y la generalización.

La abstracción es la separación mental de una parte de un objeto, que en la realidad es inseparable de él. La sustancia de un cuerpo es realmente inseparable de sus cualidades, pero esta separación puede hacerse mentalmente por la abstracción, y se pueden considerar aisladas las unas de la otra.

Veo una superficie blanca; después separo en mi inteligencia la superficie del color, y formo con esta división, imposible en la realidad, dos

ideas abstractas: la de extensión y la de blancura. La vista nos suministró la materia primera del conocimiento, y la concepción nos produjo las dos ideas.

Se ve, pues, que hay en la abstracción dos momentos; en el primero se aísla la sustancia o alguna de las cualidades del cuerpo; en el segundo se la considera como si existiera independientemente y se le da un ser determinado, una naturaleza propia, que es la idea.

Entonces el conocimiento se hace por la idea abstracta, clara y distintamente; un ser concreto es demasiado complejo para ser conocido en su totalidad, sin la abstracción; con ella el conocimiento se simplifica y se precisa.

La generalización. Se llama generalización aquella operación intelectual que reúne en una sola noción las cualidades comunes a varios seres.

Se efectúa la generalización considerando primeramente varios objetos y estudiando su sustancia y sus cualidades por la abstracción; después de formadas las ideas abstractas correspondientes, por la comparación se eligen los caracteres comunes y se eliminan los diferentes; por último se funden aquéllos, en una noción única, que constituye la idea general.

Consideramos un hombre, un caballo, un perro, un mosquito, un árbol; vemos que están formados de una sustancia material, la cual presenta varias actividades que son características de la vida; eliminamos las diferencias de forma y los detalles diferentes de estas actividades; y fundimos estas nociones semejantes en la idea general de ser viviente.

La generalización no es otra cosa sino un juicio, en el cual se afirma que los caracteres comunes son esenciales a un grupo de seres, y que pueden aplicarse sin temor de errar a todos los seres semejantes.

Para fijar las ideas adquiridas por la abstracción y por la generalización, se les da un nombre, el cual es un nombre abstracto o un nombre común.

Las ideas generales tienen dos propiedades, que son: la comprensión y la extensión. La comprensión es el conjunto de los elementos que constituyen la idea. La extensión es el número de individuos o de especies que la idea abarca.

La comprensión de la idea de ser viviente, son los elementos de sustancia, materia y vida. La extensión son las especies vegetales y animales.

Se observa que ambas propiedades existen en la idea en su razón inversa; si la comprensión es grande la extensión es pequeña, y al contrario. La idea de ser tiene la comprensión mínima posible, porque sólo tiene un elemento, y tiene por extensión todo lo que existe o es posible. Las ideas individuales tienen la comprensión ilimitada y no tienen propiamente extensión.

Hay tres clases de ideas generales: las de sustancia: idea de planta, de animal, de cuerpo, de espíritu; las de modos: ideas de color, de virtud; y las de relaciones: ideas de coexistencia, de tamaño, de causalidad.

Capítulo II
El juicio. El raciocinio

La segunda operación intelectual es el juicio. Se llama juicio la afirmación de las relaciones de los seres.

El juicio es espontáneo o intuitivo y reflejo; el juicio espontáneo es la afirmación de una relación existente en los objetos. El juicio reflejo es la afirmación de una relación existente entre dos ideas.

El juicio espontáneo tiene por objeto inmediato las cosas mismas o las ideas concretas de ellas: El sol brilla. El Ávila está nublado. Estoy enfermo.

En el juicio reflejo hay una comparación entre dos ideas y por él se afirma la conveniencia o la repugnancia que existe entre ellas. El venezolano es independiente. Las valencianas son piadosas.

El juicio es el acto esencial de la inteligencia; conocer es afirmar las relaciones que existen en los seres.

La inteligencia efectúa el juicio intuitivo por el análisis de la cosa que va a juzgar; este análisis le revela la propiedad existente en la cosa o en su idea concreta; entonces afirma esta propiedad existente en la cosa o en su idea concreta; entonces afirma esta propiedad o relación. Considero detenidamente a Caracas y sus alrededores y afirmo: Caracas puede llegar a ser una gran ciudad.

El juicio reflejo se produce analizando las propiedades de una idea general que es una idea de ser o de sustancia y viene a ser el sujeto del juicio; en seguida se analiza la otra idea, que casi siempre es una idea de modo o de calidad y viene a constituir después el predicado del juicio; finalmente se afirman las relaciones de conveniencia o de repugnancia entre ambas.

Analizo cuidadosamente las propiedades de la idea de hombre; luego considero las propiedades de la idea de mortal; y por fin encuentro que hay conveniencia entre ambas y afirmo esta conveniencia: el hombre es mortal.

El juicio es por naturaleza afirmativo aunque el enunciado tenga una forma negativa; porque la afirmación implica la creencia en la realidad objetiva de la relación que se observa entre el sujeto y predicado.

De este carácter podemos inferir que el juicio y la creencia son un mismo fenómeno psicológico; creer es afirmar la realidad objetiva de las relaciones de los seres. En la creencia hay varios grados que constituyen la certeza, la opinión y la duda.

Certeza es la afirmación absoluta de las relaciones de los seres. Opinión es la afirmación de la probabilidad de dichas relaciones. Duda es la carencia de toda afirmación relativa a las mismas relaciones.

El raciocinio. La tercera operación intelectual es el raciocinio. Se llama raciocinio aquel acto por el cual se infiere un juicio de uno o más juicios. La inteligencia en este caso, valiéndose de una verdad conocida, descubre nuevas verdades.

El conocimiento obtenido por medio del raciocinio es un conocimiento mediato.

Se divide el raciocinio en raciocinio inductivo o inducción y raciocinio deductivo o deducción.

La inteligencia efectúa el raciocinio inductivo, partiendo de una verdad particular conocida a descubrir una verdad general; es decir, que observa un fenómeno en varias y distintas circunstancias; luego descubre por la comparación las relaciones de coexistencia o sucesión entre los modos de producirse el fenómeno en los distintos casos; considera estas relaciones como el signo de un lazo esencial inherente a todos esos casos conocidos, y en seguida concluye que en todos los casos posibles semejantes se verificará el mismo fenómeno, es decir, que generaliza las relaciones legítimamente a causa de su carácter esencial.

Observamos que abandonado a sí mismo un libro cae al suelo, igual cosa notamos en una piedra, en una naranja, en un cuchillo; inferimos que el fenómeno es inherente a la carencia de sostén y enunciamos esta verdad general:

los cuerpos privados de sostén caen a la superficie de la tierra. Esta inferencia constituye una ley.

Por la inducción pueden establecerse dos clases de leyes: las leyes de coexistencia, y las leyes de sucesión.

Las leyes de coexistencia son las que enuncian relaciones simultáneas y constantes, como ésta: los reptiles son vertebrados.

Las leyes de sucesión son las que establecen relaciones constantes y sucesivas, como: el calor dilata los cuerpos.

El raciocinio deductivo descubre una verdad particular o menos general, partiendo de una verdad general conocida.

En este raciocinio la inteligencia trabaja sobre tres juicios y tres ideas. Los dos primeros juicios sirven para comparar dos de las ideas, con la tercera, y para afirmar que hay conveniencia entre éstas y aquéllas. En el tercer juicio se afirma la perfecta conveniencia entre aquellas dos ideas primeras.

Todo metal es mineral. El oro es metal. Luego el oro es mineral.

En estos dos primeros juicios: todo metal es mineral, el oro es metal, comparamos las dos primeras ideas de oro y de mineral con la tercera idea, que es la de metal, y afirmamos su conveniencia emitiendo este juicio: el oro es metal. En el tercer juicio afirmamos la conveniencia entre las dos primeras ideas de oro y mineral, deduciendo que: el oro es mineral.

La inteligencia en toda su plenitud está constituida por la Razón. Se llama Razón la facultad de comprender. Comprender es conocer la naturaleza de las cosas y su esencia; es la parte más elevada del conocimiento.

La razón efectúa su operación por medio de los principios directores del conocimiento, y de las nociones primeras.

Los principios directores, primero principios o verdades primeras, son los juicios sobre las relaciones necesarias, evidentes por sí mismas y universales de los seres.

Las nociones primeras o categorías son las ideas que entran en los principios directores.

Los primeros principios son:

El principio de identidad: los que es, es; lo que no es, no es.

El principio de razón: lo que es, tiene razón de ser.

Del principio de identidad se derivan:

El principio de contradicción: es imposible ser y no ser al mismo tiempo.

El principio de alternativa, o de la exclusión de medio: una cosa es, o no es.

Del principio de razón se derivan:

El principio de causalidad: todo lo que comienza a ser tiene causa.

El principio de sustancia: todo fenómeno implica una sustancia.

El principio de uniformidad de la naturaleza: la naturaleza obedece a leyes estables y generales.

El principio de finalidad: todo se verifica con un fin.

Las nociones primeras son las ideas de ser, de identidad, de razón, de causa, de sustancia, de ley, de fin, de tiempo, de espacio y la idea de lo absoluto, es decir, de lo necesario, de lo infinito, de lo perfecto.

Estas nociones las adquiere el hombre por el concurso de la experiencia y de la razón, es decir, de una manera empírico-racional. La experiencia suministra los datos concretos, singulares y contingentes de ellas; la inteligencia, por la abstracción, transforma dichos datos en ideas puras y por la generalización, les da el carácter de nociones universales; y finalmente la razón les da el sello definitivo de verdades absolutas, y formando con ellas juicios, establece los primeros principios.

Se llama empirismo la teoría que explica el problema de la razón, o sea, el origen de los primeros principios y de las verdades primeras por la sola experiencia.

Se llama racionalismo la teoría que explica dicho problema suponiendo que en el entendimiento existen los principios y las ideas independientes de la experiencia.

Parte III
La voluntad

Se llama voluntad la facultad de querer, o sea el poder de determinarse o de obrar con conocimiento.

La voluntad es la forma superior de la actividad, así como el instinto es la forma ínfima de ella. La voluntad es dirigida en sus actos por la reflexión, o sea por la conciencia y por la inteligencia.

Los actos voluntarios pueden ser libres o no serlo; la voluntad quiere necesariamente la felicidad, y quiere también necesariamente todos aquellos actos en que no tiene la idea de lo contrario; en estos casos los actos son inteligentes y voluntarios, pero no libres.

Los actos voluntarios libres son aquellos que se ejecutan con conocimiento de la causa y eligiendo entre varios actos posibles y aun contrarios.

El acto voluntario libre se produce de la manera siguiente: en primer lugar se presentan a la mente las ideas de uno o más actos posibles, los cuales son apetecibles a la voluntad; en seguida la inteligencia los analiza y los compara; emite sobre cada uno de ellos un juicio y los presenta a la voluntad, la cual hace su elección libremente; después de decidida la voluntad, se produce casi siempre la ejecución del acto, esto es, la realización exterior del acto interior voluntario.

De este análisis deducimos que lo que constituye la esencia del acto voluntario libre, no es el conocimiento del acto, ni el juicio que sobre él emite la

inteligencia, sino la determinación de la voluntad. La realización exterior nada añade al acto libre, y aun a veces las circunstancias exteriores, independientes de la voluntad, pueden impedirla, sin menoscabo del acto libre que es esencialmente interior.

Los actos voluntarios libres necesitan, pues, de dos fundamentos, que son el conocimiento y la libertad.

Esa libertad, llamada también libertad de albedrío o libertad moral, es el poder de elegir entre muchos actos posibles, sin coacción interior ni exterior.

La existencia de la libertad se demuestra mediante el método psicológico, el cual es el método experimental fundado en el criterio de conciencia. Cualquier argumento en pro o en contra de la libertad de albedrío, que no haya sido obtenido por el método psicológico, puede conducirnos al error.

Al contrario, por dicho método se puede hacer evidente la libertad humana, por innumerables experiencias; con ellas adquirimos la convicción intima de su existencia.

Podemos colocar delante de nosotros una manzana, un melón y una naranja; consideramos y juzgamos más agradable el melón; nuestra voluntad se decide por él, en ese instante la conciencia nos manifiesta que lo hacemos libremente, tan libremente, que si antes de realizar el acto, empezamos de nuevo la experiencia y encontramos que todavía esta segunda vez nos parece más agradable el melón, podemos, sin embargo, decidirnos por la naranja o por la manzana.

La experiencia puede hacerse con un resultado más evidente: supongamos que tengo hambre y me procuro un pedazo de pan; lo considero y lo encuentro de buena calidad y apetitoso; juzgo que podré satisfacer mi apetito, y experimentaré agrado comiéndolo; pero me abstengo con el fin de convencerme de la existencia de mi libertad; la conciencia me atestigua que soy libre, porque aun estando excitado por mis apetitos y sensaciones, resisto a ellos, o puedo convenir en seguirlos libremente.

Podemos verificar otra experiencia; un día cualquiera hago la resolución de no salir, porque quiero consagrarme al estudio de una obra importante; en la tarde, un amigo me insta a que vaya a dar un paseo, ponderando la belleza del día y el placer de que disfrutaremos; entonces considero el acto anterior de mi voluntad, comparo las razones que tenía al tomarlo, con las de mi amigo; veo que aquéllas son más poderosas, y me decido a pesar de eso a salir, para convencerme de la existencia de mi libertad, que me permite independizarme de los motivos, o seguir el más débil, aparentemente.

Es verdad que en los actos ordinarios de la vida, la voluntad se inclina al motivo que parece más poderoso; pero siempre la conciencia atestigua que tendría el poder de resistir a él y seguir libremente otro cualquiera.

El método experimental, pues, apoyado en el criterio de conciencia, nos demuestra siempre y en todos los casos la existencia de la libertad.

La voluntad libre es el fundamento de la personalidad. Se llama persona un individuo racional y libre. El elemento que sirve para distinguir una persona de otra, es la conciencia refleja, de suyo incomunicable. Son, pues, tres los elementos constitutivos de la personalidad, a saber: la individualidad o subsistencia, la conciencia refleja propia del ser racional y la libertad. Los seres que carezcan de estos tres elementos no son personas sino cosas como los animales, las plantas y los minerales.

La voluntad tiene tres factores en su operación: la deliberación, la resolución y la ejecución, los cuales deben existir en su integridad, para que el acto voluntario resulte perfecto. En las personas enfermas se nota dificultad para deliberar, no tienen resolución completa, y muchas veces, sobre todo en las tocadas por la neurosis, hay suma dificultad para resistir a una idea impulsiva.

Se llama carácter aquella cualidad distintiva de la persona, cuya voluntad sigue firmemente ciertos principios prácticos, que la razón le dicta. Hay dos elementos en el carácter, que son: convicciones fuertes y voluntad firme.

El determinismo es la doctrina filosófica que niega la libertad humana, y afirma que en todos los casos, la voluntad necesariamente sigue el motivo más poderoso.

Las razones en que se funda esta doctrina no son deducidas del método psicológico; ya hemos visto que este método demuestra claramente la existencia de la libertad.

Se funda en la estadística: ciertos actos que tanto sus autores como las otras personas reputan actos libres, tales como los casamientos, los homicidios, los robos, se reproducen con tal regularidad, que pueden preverse para un determinado país, y para un año venidero; luego son fatales.

La conclusión es evidentemente falsa, porque lo que la estadística enseña es el número de casos y los meses en que se verificaron; de ninguna manera nos puede dar a conocer el estado psicológico de los individuos que ejecutaron dichos actos. Todos o casi todos escogen la noche para dormir, mas no podemos deducir de ello que todos lo hacen fatalmente, puesto que a todo el mundo le consta que se puede cambiar el orden y dormir a cualquiera otra hora.

Es verdad que los homicidios presentan cierta periodicidad, mas ella proviene de que las necesidades que impelen a los autores de semejantes actos, aumentan considerablemente en los meses en que los comenten; pero sus autores saben muy bien que así como los hicieron, así pudieron no haberlos hecho, en una palabra, saben que obraron libremente.

Los deterministas también apoyan su teoría en ciertos casos patológicos. Es sabido que a los histéricos puede sugerírseles toda clase de actos, los cuales ellos ejecutan puntualmente, y con la creencia de que obran por impulso propio y libre. Luego obran por determinación necesaria siempre, y como ellos los demás hombres también carecen de libertad.

Tampoco es concluyente la consecuencia, porque sabemos que los fenómenos de conciencia son impenetrables para los demás, y es posible que los histéricos en muchos casos obran libremente, accediendo a los impulsos de la sugestión o no, según su libre querer. La sugestión, en este caso, no es sino

un estimulante de la voluntad, y se ha visto muchas veces a los histéricos resistir a esos impulsos enérgicamente, así como otras veces ceden a ellos con gusto. Es cierto que a veces la neurosis llega a producir una perturbación tan grande en el estado mental, que los actos todos de la voluntad se vuelven impulsivos. Pero apartando esos casos raros, en general puede decirse que conservan su libertad y con mayor razón tienen la posesión de ella los que están completamente sanos.

La razón psicológica es que los deterministas fundan su teoría, es en la afirmación de que toda volición sigue fatalmente el impulso del motivo más fuerte.

Los motivos que influyen para la determinación de la voluntad, son una condición indispensable para que la voluntad pueda elegir entre ellos, pero no pueden considerarse como causa determinante del acto libre. Tampoco puede decirse que unos sean más poderosos que otros, porque como casi siempre son heterogéneos, no puede establecerse entre ellos un término de comparación.

En realidad, ningún motivo es por sí mismo más poderoso que otro, pues lo que lo hace aparecer como tal es precisamente la determinación de la voluntad que al decidirse por él lo entresaca y lo hace sobresalir y manifestarse como si fuera más poderoso que los demás.

El carácter influye considerablemente en la determinación de la voluntad, de tal manera que conociendo el carácter puede predecirse la decisión voluntaria; y sin embargo, con frecuencia se observan determinaciones en contradicción con el carácter y sabemos, porque lo enseñan la experimentación psicológica y la observación corriente, que no siempre seguimos los impulsos del deseo o los atractivos del placer, sino que muchas veces hacemos fuerza contra ellos, y nos determinamos en un sentido contrario a nuestras tendencias habituales; y al obrar , conocemos que tenemos la facultad de hacer lo contrario.

Se ha llamado libertad de indiferencia o libertad de equilibrio el poder de determinarse sin motivo o con motivos opuestos iguales. Puede asegurarse que los actos voluntarios hechos sin motivo, es decir, sin una razón conocida

y aceptada, no son actos libres, lo cual no quiere decir que carezcan de causa, pero esa causa reside fuera de la voluntad.

Es cierto, pues, que la conciencia es un testigo perfecto de la existencia de la libertad humana; y de esto podemos inferir nuevamente de cuánta importancia es en la solución de los problemas psicológicos, el empleo del método propio de la Psicología para obtener la verdad.

Parte IV
Psicología aplicada

La Psicología aplicada trata de dar solución a los problemas concernientes a los signos y al lenguaje; así como estudia también las relaciones de la parte física del hombre con la moral, y establece la comparación entre el animal y el hombre.

El lenguaje es un conjunto de signos que emplean los hombres para comunicarse sus ideas.

Se llama signo cualquier fenómeno sensible revelador de fenómenos que los sentidos no perciben. Un grito es el signo de dolor. La balanza es signo de la justicia.

Los signos pueden ser naturales o convencionales; se llama signo natural la señal de una relación fundada en la esencia de las cosas, como lo es el humo del fuego; los signos convencionales son aquellos en que la relación depende de la aceptación de los hombres, como el pabellón, que es el emblema de un país; la palabra, signo de la idea.

Los signos del lenguaje son convencionales. Se divide el lenguaje según los signos empleados, en lenguaje escrito, lenguaje oral y lenguaje de acción o mímica.

El lenguaje oral está formado de palabras y sirve para la expresión del pensamiento. Ha tomado diferentes formas, las cuales constituyen las lenguas.

El lenguaje escrito es el que emplea un conjunto de figuras para representar a la vista las ideas. Hay dos maneras del lenguaje escrito: el ideográfico y el fonético; la escritura ideográfica es figurativa cuando dibuja los objetos, y simbólica si emplea emblemas, como la escritura china, la de los egipcios; la escritura fonética es aquella en que los caracteres representan sonidos, la cual se divide en silábica si los signos representan una sílaba como el asirio, y alfabética si los signos representan vocales y consonantes como en la escritura fenicia adoptada por los latinos.

Los jeroglíficos son una mezcla de las distintas escrituras, figurativa, simbólica, y fonética, y la escritura cuneiforme es una escritura alfabética empleada por los asirios y otros pueblos de la antigüedad, en que los caracteres tienen forma de cuña, como lo indica su nombre.

El lenguaje contribuye a la perfección del pensamiento, aunque se puede pensar sin necesidad de él, empleando algunas imágenes de los cuerpos del mundo, sobre las cuales viene a efectuarse el trabajo intelectual. Por esta razón, y porque el hombre tiene los órganos de la palabra, puede suponerse que en su origen bien hubiera podido inventar el lenguaje, empezando por servirse de un lenguaje natural compuesto de interjecciones, después formando onomatopeyas y por último sirviéndose de la reflexión, para formarse una lengua rudimentaria, suficiente para sus necesidades del momento. Pero como desde que apareció el primer hombre en la tierra tenía el uso del lenguaje, considerado desde el punto de vista histórico, es más probable que el lenguaje le hubiera sido revelado por Dios en el momento de su creación.

Las lenguas conocidas actualmente, se dividen, desde el punto de vista psicológico, en sintéticas y analíticas; las sintéticas son las que con una sola palabra expresan varias ideas, con sólo cambiar las desinencias de ella, como lo hace el griego; las analíticas son las que tienen una palabra para cada idea, como el español.

Desde el punto de vista morfológico, o sea por su forma estructural, las lenguas se dividen en aislantes, aglutinantes y flexionales. Las aislantes o

monosilábicas son aquellas en que las palabras son monosílabos que pueden yuxtaponerse: como el chino, el birmán, el siamés. Las aglutinantes tienen una raíz invariable a la cual se adaptan las partículas; tales son el turco, el japonés, el húngaro, los dialectos americanos. Las flexionales son aquellas en que las modificaciones de la raíz se verifican por desinencias: como las lenguas semíticas y aryanas. Es posible que todas deriven de una sola lengua primitiva.

Las relaciones entre la parte física y la moral del hombre son evidentes. La parte física es el conjunto de los fenómenos fisiológicos, y la parte moral comprende todos los fenómenos psicológicos.

La percepción externa se verifica por los sentidos; la imaginación y la memoria están dependientes de las influencias nerviosas; las emociones, las pasiones influyen considerablemente sobre las funciones orgánicas.

El sueño consiste en una interrupción más o menos completa de los actos psicológicos y de los fisiológicos de la vida de relación. Hay disminución primero y después cesación de las funciones de los sentidos y de los movimientos voluntarios.

Los actos de la inteligencia están igualmente interrumpidos, y sólo la imaginación puede continuar obrando y a veces su actividad llega a estar aumentada durante el sueño; de ella derivan los ensueños, y su acción puede ir hasta la provocación de los movimientos de locomoción y de la palabra, lo cual constituye el sonambulismo.

El hipnotismo es un sonambulismo provocado por ciertos procedimientos. Para realizarlo parece necesario que el sujeto tenga, a lo menos, una excitabilidad nerviosa excesiva, o según otros creen, que en realidad padezca de histerismo.

En este estado de hipnosis, el enfermo es muy apropiado para recibir las sugestiones, es decir, que está sumamente inclinado a obedecer los mandatos de su hipnotizador, de suerte que la idea que éste le sugiera, tiende a realizarla al estar despierto.

Algunos han querido hallar en esta realización de lo sugerido, una objeción contra la libertad, como ya hemos visto; pero la sugestión sólo hace que la imaginación conserve fuertemente la idea surgida, y el enfermo, al despertarse, llegando el momento conveniente la recuerda, y la realiza si le place, aunque en lo general la realiza, por la inclinación que tiene de obedecer a su hipnotizador.

En algunos casos, en que la enfermedad está muy avanzada, pueden ciertamente los actos de los histéricos provenientes de la sugestión hacerse actos impulsivos, como son los actos de los que padecen enajenación mental.

El histerismo bien calificado presenta entre sus síntomas las grandes crisis, durante las cuales se rompe más o menos la armonía de los fenómenos psicomotores y psicosensitivos, produciéndose convulsiones epileptiformes, grandes movimientos contorsivos llamados clownismo y, en fin, actitudes extáticas.

Se ha tratado muchas veces de establecer identidad entre estos estados histéricos y los fenómenos de la oración sobrenatural. En particular el éxtasis de los santos se ha considerado como de naturaleza histérica; todos los autores místicos, y principalmente Santa Teresa, han sido definitivamente colocados entre los histéricos, por los que admiten esa identidad.

Pero todo aquel que quiera estudiar serenamente y de una manera científica el histerismo, y que estudie además del mismo modo la psicología de los santos, encontrará de seguro tal desemejanza entre ellos, que forzosamente tendrá que establecer una conclusión contraria a dicha identidad, la cual sólo puede admitirse por los que no tienen conocimiento alguno del histerismo o de los éxtasis de los santos.

En efecto, los histéricos son enfermos que presentan, además de los síntomas propios de su enfermedad, ciertos estigmas en su ser moral y físico que son característicos del fondo o terreno indispensable para el desarrollo de la neurosis. Son irritables, veleidosos, apasionados; gustan de ser un espectáculo para los circunstantes, porque su afán constante es llamar la atención. Son pusilánimes, carecen por completo de energía física y moral; a veces son astutos, inclinados a mentir y tercos.

Sus facultades cognitivas son muy limitadas; son incapaces de ningún esfuerzo sostenido de la voluntad, e incapaces también de reflexión y presentan las señales de una agobiadora inferioridad intelectual, sobre todo aquellos que han llegado a los estados extáticos, los cuales, al establecerse definitivamente, acaban con la inteligencia del enfermo, que cae por fin en el idiotismo.

Es cierto que los que están sólo ligeramente tocados por la neurosis pueden ser personas discretas e inteligentes; pero los que llegan a la grande histeria y a su último estado del éxtasis, sufren una degeneración intelectual casi completa.

Los síntomas del éxtasis histérico son bien conocidos. Los enfermos se encuentran inmóviles en un estado aparente de sueño, en posiciones más o menos forzadas; después entran en convulsiones de la totalidad del cuerpo, a las cuales sigue un estado tetánico interrumpido por alucinaciones variadas.

Pasadas las crisis extáticas, el enfermo se encuentra en un estado de profunda degradación mental, del cual sale lentamente y entonces recobra aquel humor excéntrico y frívolo que ya hemos señalado.

Es una enfermedad de las personas jóvenes o a lo menos empieza a presentar las primeras manifestaciones en la juventud.

Contemplemos ahora el grandioso espectáculo de la vida de los santos; y escojamos a Santa Teresa de Jesús como el caso más conveniente para este fin, porque es ella la que con más frecuencia ha sido calificada como enferma de histerismo.

La Santa pasó su primera juventud entregada a las prácticas usuales de la regla del Carmelo, sencillamente, sin que nada se notara en ella de extraordinario.

De carácter apacible y firme, tan firme que pudo vivir veinte años, de los dieciocho a los cuarenta, en la perfecta ejecución de los preceptos de su regla; amante de la vida oculta y silenciosa de la celda, en ella practicó en grado heroico todas las virtudes: la paciencia, la obediencia, la modestia, la virginidad, la mortificación, el horror de la mentira, la santa pobreza; y todo ello sin ostentación, recatadamente y en la soledad.

A los cuarenta años fue agraciada con la oración sobrenatural, y entonces tuvo los éxtasis. Durante ellos nada de aparatoso; ni convulsiones, ni posiciones teatrales, ni estados tetánicos, ni alucinaciones.

Los que tuvieron ocasión de verla en esos momentos, se sentían sobrecogidos de respeto y de admiración, al ver la serenidad y el embellecimiento de todas sus facciones, y el recogimiento y la modestia de toda su persona.

Al salir de sus éxtasis, la santa tomaba la pluma; y la que antes era tan ajena a toda literatura, ahora producía sus incomparables escritos, con los cuales se reveló al mundo maestra sin igual en Teología Mística, historiadora eminente, eximia poetisa; con una filosofía tan elevada y original como su teología, modelo en el arte del bien decir, llena de donaire y elegancia y con una gracia tan fina y espiritual, que, desde hace cuatrocientos años, forma las delicias de los que la leen; por estas tan excelsas dotes la Santa Iglesia Católica la ha aclamado Doctora Mística.

Los mismos fenómenos psicológicos que bien podemos llamar antagónicos del histerismo, se encuentran en los otros santos místicos: en Santa Catalina de Siena, en San Juan de la Cruz, en San Henrique Suso, en Santa Gertrudis, en la Madre María de Agreda. Todos ellos son autores clásicos en sus respectivas lenguas, eminentes en todos los asuntos de que tratan, y han realizado grandes obras en bien de la humanidad, de las cuales muchas subsisten.

No existe, pues, ninguna identidad, ni siquiera la más leve entre los llamados éxtasis histéricos y los verdaderos éxtasis de los santos, que consisten en un arrobamiento de las facultades intelectuales, producido por la contemplación sobrenatural; el confundirlos es indicar de una manera cierta que no se conoce suficientemente alguno de los dos estados.

II

La psicología comparada estudia las diferencias que hay entre los fenómenos psicológicos del hombre y aquellos que pueden observarse en los animales.

En el animal hay las operaciones de la vida vegetativa y de la sensitiva, semejantes a las que se verifican en el hombre. Tiene sentidos que le producen sensaciones y además podemos decir que experimenta placer y dolor. Se observan en él algunos sentimientos muy simples o elementales como son la alegría, el temor, el odio, el amor.

La percepción externa en él es igual a la del hombre y aun mayor en ciertos casos. Tiene memoria sensible y posee el conocimiento de lo particular. En él se manifiesta claramente el automatismo por las leyes fatales de la asociación, por lo cual su facultad dominante es el instinto.

Carece de todas las operaciones propiamente intelectuales como son la reflexión, la comparación, la abstracción, la generalización, el juicio y el raciocinio; por consiguiente, carece de lenguaje verdadero, ignora los primeros principios y las nociones primeras, y todo lo que es puramente racional. Carece también de libertad, y por ello no es responsable de sus actos, que son impulsivos. Hay, pues, una diferencia esencial, de naturaleza, entre el animal y el hombre.

Para explicar la existencia de las facultades que el animal posee, estamos obligados a suponer que hay en él un alma sensitiva; esto es, un alma que informa el cuerpo, dependiente de él, dotada de unidad, y que puede llamarse inmaterial o incorpórea. Nace con el animal por generación y perece con él, no pudiendo ser inmortal, porque como sus operaciones son únicamente sensitivas, y necesitando, por lo tanto, para efectuarlas, del concurso del cuerpo, al separarse de él, no pudiendo obrar, no puede subsistir.

Tratado segundo
Lógica

Parte I
Lógica formal

Capítulo primero
Las ideas. La definición. La división

La lógica es la ciencia que estudia las leyes del pensamiento. Es la ciencia de las operaciones y de las reglas necesarias para alcanzar la verdad científica.

Los antiguos las definían: La ciencia de la demostración.

La lógica se divide en lógica general o formal, lógica aplicada o metodología y lógica crítica o criteriología.

La lógica formal estudia las condiciones necesarias para la validez del pensamiento.

La psicología experimental estudia la manera de verificarse el pensamiento, y enseña que la inteligencia presenta tres operaciones fundamentales: la concepción, el juicio y el raciocinio.

Por la operación llamada concepción, la inteligencia elabora los conceptos, que son las ideas. Por el juicio afirma las relaciones que hay entre los seres. Por el raciocinio, la inteligencia, de uno o más juicios, deriva otro juicio que es la consecuencia.

La expresión verbal acompaña generalmente estas operaciones del pensamiento: el término o vocablo sirve para expresar la idea; por la proposición se enuncia el juicio; y el raciocinio se manifiesta por la argumentación.

De aquí se deduce que hay en la lógica formal tres teorías, que son: la de las ideas y de los términos; la de los juicios y proposiciones; la de los raciocinios y argumentos.

Se llama idea la representación de la naturaleza de los seres. La idea, obra de la inteligencia, es distinta de la imagen, obra de la memoria o de la imaginación. Se llama imagen la representación de una cosa concreta o sensible, es decir, que ha sido apreciada por los sentidos.

El término es la expresión verbal de una idea. Toda idea presenta dos propiedades, que son: la comprensión y la extensión.

La comprensión es el conjunto de los elementos o de las cualidades que constituyen la idea. La extensión es el conjunto de especies o individuos que la idea encierra. En la idea de hombre la comprensión son las cualidades de animal racional; la extensión es el conjunto de hombres americanos, europeos, asiáticos y africanos que existen.

Como la idea, el término tiene también dos propiedades: la connotación y la denotación. La connotación es la significación de los atributos o las cualidades que el término abarca. La denotación es la determinación de los individuos u objetos que contiene. El término bueno connota la cualidad, el atributo de bondad, y denota todos los seres buenos que existen.

Las ideas y los términos que la expresan, se dividen en verdaderas y falsas; adecuadas e inadecuadas; claras y oscuras; distintas y confusas, concretas y

abstractas; singulares, particulares, generales colectivas y universales; simples y complejas; subordinadas, coordinadas y disparatadas.

Idea verdadera es la que representa un objeto real o posible: como la idea de cuerpo; falsa es aquella a la cual no corresponde ningún objeto: triángulo cuadrilátero.

Idea adecuada es la que representa todos los elementos del objeto: idea de esfera; inadecuada la que representa algunos elementos del objeto: idea de materia.

Idea clara es la que permite reconocer el objeto: idea de hombre; oscura la que no permite el reconocimiento del objeto: idea de espíritu.

Idea distinta es la que muestra todos los caracteres propios del objeto: idea de cantidad; la idea confusa es la que sólo da algunos caracteres, como la idea de la vida.

Idea concreta es la que representa un objeto determinado: idea de aquel libro; idea abstracta es la que designa una cualidad separada del objeto o el objeto separado de sus cualidades: idea de árbol.

Idea singular es la que representa un solo objeto: idea de la Ilíada; idea particular la que indica varios objetos: idea de algunos poemas; idea general es la que representa una clase de objetos: como la idea de flor; idea colectiva es la que indica un conjunto de seres: como la idea del ejército; universal es la que conviene a todos los seres: como la idea de unidad, la de género, la de especie.

Idea simple es la que tiene un solo elemento, como la idea de ser, la idea de sustancia. Idea compleja es la que tiene varios elementos, como la idea de animal.

Ideas subordinadas son las que están contenidas en otras, como la idea de mamífero; ideas coordinadas son las especies de un mismo género, como las ideas de longitud, latitud y espesor; ideas disparatadas son las que no presentan relación directa, como las ideas de bondad y de línea; la de blancura y la de punto.

La idea compleja no debe tener en su composición ningún elemento que excluya los restantes de ella; se llama idea contradictoria aquella idea compleja que tiene un elemento que excluye los demás, como lo sería la idea de círculo cuadrado, la de materia eterna.

Las cualidades de las ideas se conocen por medio del análisis, y para efectuar el análisis de ellas hay dos medios, que son: la definición y la división.

Definición. Se llama definición la operación que sirve para circunscribir la comprensión de una idea. También se llama definición el enunciado de esa demarcación.

La definición puede ser nominal o real, geométrica o empírica.

La definición nominal es la que determina la significación de una palabra: desgracia es un acontecimiento adverso; figura es la forma exterior de un cuerpo. Toda palabra tiene una significación usual o gramatical, y además puede tener un sentido figurado, arbitrario, restringido o técnico; por ejemplo, la palabra letra tiene la significación usual de un carácter del alfabeto, y el sentido técnico de documento mercantil: una letra de cambio.

La buena definición nominal debe ser clara, corta, positiva y no tautológica, esto es, que la palabra definida no debe entrar en la definición.

La definición real es la explicación de la naturaleza de los seres. Puede ser de dos maneras: lógica o descriptiva. Se llama definición lógica el análisis de la comprensión de una idea. La definición lógica es la verdadera definición, y es la que se intenta hacer siempre que se trata de definir un objeto o una idea.

La definición lógica debe ser universal y propia, es decir, que convenga al solo objeto definido; debe hacerse por el género próximo y la última diferencia; y debe ser recíproca, esto es, que debe poderse reemplazar el sujeto por el atributo y viceversa.

La definición lógica de hombre es la siguiente: El hombre es un animal racional; esta definición es universal porque comprende a todos los hombres, de todas las épocas y de todos los países; es propia porque da los caracteres esenciales del hombre y, por consiguiente, sólo a él le conviene entre todos los seres del universo; está hecho por el género próximo de hombre, que es el género animal, y lleva añadida la diferencia específica, la que lo distingue de los otros animales, la cual es el racional; y es recíproca porque puede decirse con toda precisión: el animal racional es hombre.

La definición lógica tiene, pues, por objeto, explicar la esencia de los seres, esto es, el elemento invariable de ellos. Se llama esencia de un ser aquello por lo cual el ser es lo que es, sin lo cual dejaría de ser. El accidente es una cualidad que no está unida necesariamente a la esencia del ser, por lo cual, lo que es accidental, no forma parte de la definición de lógica

De lo dicho se deduce que no pueden definirse con definición lógica las ideas simples ni las individuales. Las primeras no pueden, por ser simples, dividirse en género y especie; las segundas no tienen última diferencia.

Se llama definición descriptiva la enumeración de los caracteres fundamentales y accidentales que permiten distinguir un objeto. Es la que se hace siempre que no se conocen los caracteres esenciales de lo que va a definirse.

Para realizarla se eligen aquellos caracteres típicos o especiales del objeto, sirviendo principalmente las causas o el origen de él, su razón de ser, sus partes constitutivas, como elementos que deben entrar en la composición de ella.

Esta definición tiene un gran uso en las ciencias físicas y naturales, por ejemplo: el calor es la causa de la fusión de los cuerpos sólidos, de la ebullición de los líquidos, de la dilatación de todas las sustancias y de la incandescencia de los metales y de otros cuerpos. Un cronómetro es un instrumento de precisión que sirve para medir el tiempo.

Se llama definición geométrica la que expresa la ley de la formación del objeto: la esfera es el sólido engendrado por la revolución de un semicírculo sobre su diámetro.

Las definiciones geométricas son constructivas, es decir, que se hacen por la generación del objeto; y son definitivas e imperceptibles. Son constructivas porque tienen que manifestar la posibilidad de lo definido, puesto que las matemáticas puras, que son las ciencias en que se emplean, son ciencias abstractas; y son definitivas porque enuncian la esencia de lo definido, y son los principios de la demostración científica.

Se llama definición empírica la que enuncia por orden los caracteres fundamentales del objeto, prescindiendo de los accidentales. Se califican de empíri-

cas porque necesitan de la observación de las cualidades de los seres, las cuales sólo pueden conocerse por la experiencia. Se usan estas definiciones empíricas en las ciencias naturales, principalmente en la Botánica y en Zoología, en donde sirven para la clasificación. Por ejemplo: Las aves son vertebrados ovíparos, de circulación doble. En esta definición se atiende a los tres caracteres fundamentales de las aves, de ser vertebrados, ovíparos, con circulación doble, es decir, sanguínea y aérea; porque estos tres caracteres son los indispensables para separar las aves de los demás animales; y se prescinden de los caracteres accidentales, como son el tener alas, pico, plumas, la facultad de volar, que entrarían muy bien en la definición descriptiva, pero que sobran en la empírica.

Las definiciones empíricas son perfectibles y provisoras, porque son el resumen de los conocimientos que se tienen sobre un determinado objeto; de suerte que al adquirir sobre él nuevos conocimientos, hay que hacer una nueva definición más perfecta que la anterior, y asimismo hay que ir perfeccionando la clasificación que se funda en ella.

División. Se llama división el análisis de la extensión de una idea. Por la definición se limita la comprensión de la idea y por la división se analiza su extensión, y de esta suerte se tiene un conocimiento claro de los elementos que la constituyen.

Hay dos clases de división: la división física y la división lógica. Se llama división física la descomposición de un objeto concreto en sus partes: el hombre se divide en cuerpo y alma; el cuerpo se divide en aparatos y órganos.

La división lógica es la distribución de un ser abstracto en sus elementos: los verbos se dividen en regulares e irregulares; los números se dividen en enteros, quebrados y mixtos. En este caso el ser abstracto se considera como un género, y los elementos son las especies.

Elementos son las partes más simples que constituyen un ser complejo. Individuo es el ser que tiene experiencia propia, el ser que es subsistente. Especie es una colección de individuos o de elementos que tienen caracteres fundamentales comunes. Género es la reunión de varias especies semejantes.

Se llama diferencia específica aquella cualidad esencial que se añade al género para determinar cada especie.

Se llama clasificación una división sistemática. Hay tres especies de clasificación: la arbitraria, la artificial y la natural.

La clasificación arbitraria es la que se hace independientemente de la naturaleza de los objetos, como la clasificación por orden alfabético.

La clasificación artificial es aquella que se funda en uno o más caracteres comunes de los objetos, fácilmente apreciables: la clasificación de las razas humanas por el color de la piel; la de las plantas por los estambres y pistilos. Es la especie de clasificación más empleada y la de mayor utilidad para las ciencias, pero usada siempre de una manera provisional, hasta que el adelanto de cada una de ellas les permita servirse de la clasificación natural.

La clasificación natural es la que reposa sobre los caracteres esenciales de los seres: la clasificación de los vegetales dividiéndolos en acotiledóneos, monocotiledóneos, y dicotiledóneos; la de los cuerpos de la naturaleza en orgánicos e inorgánicos; la de los cuerpos celestes en estrellas, planetas, satélites, cometas y nebulosas. Es la verdadera clasificación y la que todas las ciencias aspiran a realizar.

Para que la división resulte perfecta, es necesario que sea completa, exacta e irreductible; y se debe hacer según un solo principio, entendiéndose por principio de la división, el conjunto de los caracteres que sirven para clasificar los elementos.

Capítulo II
El juicio y las proposiciones

El juicio es aquella operación intelectual por la cual se afirman las relaciones de los seres. Se llama proposición el enunciado de un juicio.

Toda proposición consta de dos términos llamados el sujeto y el atributo o predicado, los cuales van unidos por la cópula, que es el verbo.

El sujeto de la proposición es aquel término que expresa la idea de ser o de sustancia. El atributo es el otro término, el cual expresa una idea de modo o de cualidad.

El verbo expresa la relación que existe entre los términos. Es el elemento característico de la proposición. Todos los verbos pueden reducirse al verbo ser, el cual tomado en el sentido absoluto significa la existencia real.

La relación expresada por el verbo puede referirse a la comprensión del sujeto o a la extensión del predicado. Los corianos son valerosos; el verbo expresa la relación de la cualidad a la sustancia, esto es, que la cualidad de valerosos conviene al sujeto los corianos, estando contenida en su comprensión; y también expresa la relación que hay entre la especie los corianos y el género valerosos, es decir, que el sujeto está contenido en la extensión del atributo.

Los juicios pueden ser analíticos o sintéticos. Se llaman juicios analíticos aquellos en que el atributo está incluido en la comprensión del sujeto o le es contradictorio. Se llaman analíticos porque es el análisis el que nos permite reconocerlos: el hombre es racional.

Los juicios sintéticos son aquellos juicios en que el atributo se añade al sujeto conforme al resultado de la experiencia, sin estar incluido en su comprensión: la atmósfera es pesada; la tierra es esférica.

Los juicios son verdaderos y legítimos siempre que el atributo esté incluido en la comprensión del sujeto. Son falsos y absurdos aquellos juicios en los

cuales el atributo es contradictorio al sujeto. Los juicios pueden ser verdaderos en el caso de tener un atributo no contradictorio ni idéntico al sujeto.

Se llama cantidad de una proposición la extensión del sujeto.

Las proposiciones se dividen por su cantidad en universales, particulares y singulares.

La proposición universal es aquella en que el sujeto se toma en toda su extensión: la nieve es blanca.

La proposición particular es aquella en la cual el sujeto está tomado en una parte de su extensión: algunos hombres son prudentes.

Proposición singular es la que tiene por sujeto un término individual: Cajigal fue un gran sabio. La proposición singular se considera como universal porque en ella el sujeto tiene que ser tomado en toda su extensión.

La calidad de una proposición es la conveniencia entre el sujeto y el atributo.

Las proposiciones se dividen por su calidad en afirmativas y negativas.

La proposición afirmativa es la que tiene el sujeto incluido en la extensión del atributo: el Orinoco es un río majestuoso. Proposición negativa es aquella en que el sujeto está excluido de la extensión del atributo: el general Sucre no era trujillano.

También pueden dividirse las proposiciones por su estructura en simples y compuestas. La proposición simple es la que consta de un solo sujeto y un solo atributo: la luna es un satélite.

La proposición compuesta es la que tiene varios sujetos y atributos; pueden ser copulativas: el hierro y el cobre son metales; disyuntivas: Carlos es alemán o italiano; condicionales: si no llueve iré al colegio; causales: Marte no tiene luz propia, porque es un planeta; relativas: el hombre que vive bien, muere bien; exclusivas: sólo de pensar en el cielo, deseo morir; comparativas: Alejandro es tanto o más grande que César.

Pero todas las proposiciones, consideradas desde el punto de vista de la lógica, pueden reducirse a cuatro, en realidad diferentes, que son: la universal afirmativa, la universal negativa, la particular afirmativa y la particular negativa.

Capítulo III
El raciocinio y la argumentación

I
La deducción inmediata

Se llama raciocinio el acto de la inteligencia por el cual de uno o más juicios, se infiere otro juicio que es la consecuencia.

Hay dos clases de raciocinio: el deductivo y el inductivo.

Se llama raciocinio deductivo o deducción aquel en que se infiere una consecuencia particular de un juicio general.

El raciocinio inductivo o inducción es el que por la observación de algunos casos particulares, infiere una consecuencia general.

La deducción es de dos maneras: deducción inmediata y deducción mediata.

La deducción inmediata es la que de un solo juicio infiere otro juicio que es la conclusión. La deducción mediata es la que infiere la conclusión mediante dos juicios previos.

La deducción inmediata se verifica de dos maneras: por oposición y por conversión.

La oposición es aquella deducción inmediata que infiere la verdad o la falsedad de una proposición por medio de la falsedad o la verdad de otra proposición.

Son proposiciones opuestas aquellas que teniendo el mismo sujeto y predicado, difieren por su cantidad o calidad.

Puesto que hay cuatro clases de proposiciones, hay también cuatro oposiciones: las contradictorias, las contrarias, las subcontrarias y las subalternas.

Las contradictorias. Son contradictorias dos proposiciones que difieren a la vez por la cantidad y la calidad: la universal afirmativa y la particular negativa; la universal negativa y la particular afirmativa.

Las contrarias. Son contrarias dos proposiciones universales, una de las cuales es afirmativa y la otra negativa.

Las subcontrarias. Son subcontrarias dos proposiciones particulares, la una afirmativa y la otra negativa.

Las subalternas. Son subalternas dos proposiciones, ambas afirmativas o negativas, pero una de las cuales es universal y la otra particular.

La deducción se verifica según las leyes de la oposición, que son las siguientes:

Ley de las contradictorias. De la verdad de una se puede deducir la falsedad de la otra. Todo metal es mineral: verdadera. Algún metal no es mineral: falsa. Algún cuerpo es líquido: verdadera. Ningún cuerpo es líquido: falsa.

Ley de las contrarias. De la verdad de la una se puede deducir la falsedad de la otra, pero no a la inversa, porque ambas pueden ser falsas. Todo animal es sensible: verdadera. Ningún animal es sensible: falsa. Todo hombre es sabio: falsa. Ningún hombre es sabio: falsa.

Ley de las subcontrarias. De la falsedad de la una se puede concluir la verdad de la otra; pero no a la inversa, porque ambas pueden ser verdaderas. Algún triangulo es circular: falsa. Algún triangulo no es circular: verdadera. Alguna planta es anual: verdadera. Alguna planta no es anual: verdadera.

Ley de las subalternas. Si la universal es verdadera, la particular lo es, pero no inversamente, y si la particular es falsa, la universal lo es, mas no inversamente. Todo hombre es racional: verdadera. Algún hombre es racional: verdadera. Algún hombre es sabio: verdadera. Todo hombre es sabio: falsa. Algún animal no es sensible: falsa. Ningún animal es sensible: falsa. Ningún hombre es virtuoso: falsa. Algún hombre no es virtuoso: verdadera.

La conversión. Se llama conversión la deducción que se hace trasponiendo los términos de una proposición sin cambiarle la calidad. Los términos deben conservar su extensión; y como en toda proposición afirmativa el atributo es

tomado en una parte de su extensión, y en las negativas es tomado en toda su extensión, las universales afirmativas se convierten en particulares afirmativas; y las universales negativas, así como las particulares afirmativas, se convierten sin cambio alguno. Las particulares negativas no tienen conversión.

Las hormigas son insectos, es una universal afirmativa, en que el atributo está tomado en una parte de su extensión, porque hay otros insectos además de las hormigas; se convierte en una particular afirmativa: algunos insectos son hormigas.

Algunos medicamentos son sustancias venenosas, particular afirmativa, se convierte en otra particular afirmativa. Algunas sustancias venenosas son medicamentos.

Ningún pájaro es cuadrúpedo, universal negativa, se convierte en una universal negativa, porque en ella el atributo está tomado en toda su extensión: ningún cuadrúpedo es pájaro.

II
La deducción mediata

La deducción mediata es una argumentación compuesta de tres juicios, de tal modo constituidos, que uno de ellos deriva necesariamente de los otros dos. La expresión verbal de la deducción mediata, se llama argumento o silogismo.

Todo silogismo consta de tres proposiciones que van expresas o puede sobreentenderse alguna de ellas. Las dos primeras se llaman las premisas y la tercera la conclusión.

Las dos premisas contienen tres términos; un término mayor que viene a ser el atributo de la conclusión; un término menor, que se encuentra como sujeto de la misma; y un medio término que está en ambas premisas y falta en la conclusión.

Se llama premisa mayor la que tiene el término mayor, y premisa menor la que tiene el término menor.

Toda planta es viviente. El rosal es una planta. Luego el rosal es viviente. Las premisas, que son las dos primeras proposiciones, contienen tres términos: viviente, rosal y planta. El término mayor es viviente, porque es el que tiene mayor extensión, y sirve de atributo en la tercera proposición, que es la conclusión; el término menor es rosal, porque de los tres es el menos extenso, y es el sujeto de la conclusión; planta es el medio término, porque su extensión es intermedia, se encuentra en las dos premisas sirviendo de término de comparación, y falta en la conclusión.

El silogismo sirve para demostrar que el término menor está comprendido en la extensión del mayor como una especie en su género, para lo cual sirve el término medio, del cual se sabe de antemano que contiene al menor y está contenido en el mayor.

El silogismo presenta formas variadas, las cuales se llaman las figuras y los modos de él.

Se llaman figuras, las diferentes formas que toma el silogismo, según la situación del medio término en las premisas. En ellas puede tener cuatro lugares, por lo cual hay cuatro figuras en el silogismo.

La primera figura tiene el medio término de sujeto en la mayor y atributo en la menor. Todo pájaro es ovíparo. El canario es un pájaro. Luego el canario es ovíparo.

La segunda figura tiene dicho medio término de atributo en la mayor y en la menor. Algunos invertebrados son insectos. Las abejas son insectos. Luego las abejas son invertebrados.

La tercera figura lleva el medio término de sujeto en la mayor y en la menor. Todo animal es sensible. Un animal es el jilguero. Luego el jilguero es sensible.

La cuarta figura tiene el medio término de atributo en la mayor y sujeto en la menor. Unos vivientes son las plantas. Una planta es el jazmín. Luego el jazmín es viviente.

Se llaman modos del silogismo las variaciones que presenta, según la cantidad y la calidad de sus proposiciones. Según las leyes de las combinaciones podría haber doscientos cincuenta y seis modos de los cuales sólo diecinueve son concluyentes.

Para la validez del silogismo se requieren dos condiciones: primeramente que ningún término tenga más extensión en la conclusión que en las premisas; en segundo lugar que el medio término sea tomado a lo menos una vez universalmente.

Además del silogismo regular, hay dos silogismos irregulares y los compuestos.

Los silogismos irregulares son: el entimema, en el cual una de las premisas queda sobreentendida: tú eres médico, luego me debes curar.

El epiquerema, en el cual las premisas van con sus pruebas: todo hombre sabio merece los honores de sus compatriotas, porque la ciencia pide un gran esfuerzo para ser adquirida. Vargas fue un sabio venezolano muy notable como lo demuestran sus obras científicas. Luego a Vargas deben tributársele toda clase de honores por los venezolanos.

El polisilogismo, que es la reunión de varios silogismos, en los cuales la conclusión del que antecede, es la premisa del siguiente: las sustancias simples no pueden descomponerse. El alma es una sustancia simple. Luego el alma no puede descomponerse. El alma no puede descomponerse. Lo que no puede descomponerse es incorruptible. El alma es incorruptible. El alma es incorruptible y no puede descomponerse. Lo que no puede descomponerse y es incorruptible es inmortal. Luego el alma es inmortal.

El sorites es un polisilogismo, en el cual las conclusiones intermedias están suprimidas: lo que es suculento es bueno de comer. Lo que es bueno de comer es alimenticio. Lo que es alimenticio fortifica el cuerpo. Lo que fortifica el cuerpo sirve para la salud. Luego lo que es suculento sirve para mantener la salud.

Los silogismos compuestos son: el hipotético, en el cual la mayor presenta la conclusión condicionalmente: si la plata es metal, es mineral. La plata es metal. Luego la plata es mineral.

El disyuntivo, cuya mayor es una proposición disyuntiva: las abejas son insectos, moluscos o radiarios. Está demostrado que son insectos. Luego no son moluscos ni radiarios.

El dilema, que es una combinación del hipotético y el disyuntivo. Tomemos como ejemplo este célebre dilema: el mundo se convirtió al cristianismo con milagros o sin milagros. Si fue con milagros el cristianismo tiene a su favor los milagros, luego es la verdadera religión. Si fue sin milagros, ya es un gran milagro esa conversión del mundo, luego también es la verdadera religión.

El argumento *ad exemplum,* que es aquel silogismo en que la conclusión se infiere en virtud de una relación de igualdad o semejanza, de superioridad u oposición: en Paris hace frío durante el invierno. Luego en Hamburgo, que está más al Norte, el invierno será más frío.

El argumento *ad hominem* o personal, en el cual se admite el punto concedido por otro en una discusión, para manifestarle la contradicción de sus argumentos: "Tú dices que con la muerte acaba todo, que no existe la otra vida. Tienes una vida llena de dolores. Luego no tienes razón en querer conservarla a todo trance.

El que así argumenta, lo que dice en realidad es: tan cierta es la vida eterna, y tan arraigada está esta creencia en el corazón del hombre, que tú, aunque la niegas con la palabra, la confiesas con las obras, prefiriendo una vida llena de dolores a la terrible incertidumbre del más allá.

Parte II
Logica crítica o criteriología

Capítulo primero
La verdad del error

Se llama verdad la conformidad entre el pensamiento y su objeto.

En la verdad existen tres elementos, que son: el objeto que se considera, el entendimiento que piensa, y la relación entre el entendimiento y el objeto.

La naturaleza de esta relación entre el entendimiento que piensa y el objeto pensado, puede variar, y producir tres clases de verdades, las cuales son: la verdad metafísica, la verdad lógica y la verdad moral.

Se llama verdad metafísica u objetiva la conformidad del objeto con el tipo mental que representa su naturaleza: este triángulo es un verdadero triángulo isósceles, esto es, está de acuerdo con el tipo mental del triángulo isósceles.

La verdad lógica o subjetiva es la conformidad del pensamiento con el objeto: conozco que el trapecio es un cuadrilátero que tiene sólo dos lados paralelos. La verdad lógica es, pues, la verdad del conocimiento.

La verdad moral es la conformidad entre el pensamiento y su expresión verbal.

Todo lo que existe es verdadero metafísicamente, porque, en realidad, lo que existe es lo que es y no otra cosa. El pensamiento que está acorde con la realidad objetiva, se encuentra en plena posesión de la verdad.

Se llama certeza la firme convicción de estar en la posesión absoluta de la verdad. Esta convicción establece una adhesión entre el entendimiento y la verdad conocida, tanto más firme, cuanto mayor número de razones hay para admitirla como la expresión completa de la verdad. La certeza disipa por completo en temor de errar.

Se llama evidencia la claridad con la cual la verdad se presenta a la inteligencia. Esa claridad proviene de la imposibilidad en que se halla la verdad conocida de ser lo contrario de lo que es. La evidencia determina la certeza absoluta.

La certeza puede ser de dos modos: la certeza inmediata o intuitiva y la certeza mediata.

La certeza intuitiva es la que se obtiene por la presencia actual de la verdad. Certeza intuitiva es la certeza experimental de las verdades relativas a los fenómenos psicológicos; la certeza racional correspondiente a las verdades primeras y a los axiomas.

La certeza mediata es la que se adquiere por un razonamiento; como la certeza experimental obtenida por la observación de los fenómenos físicos; un determinado eclipse de sol se verificará un día marcado a una hora fija; la certeza racional relativa a las verdades que necesitan demostración: dos triángulos equiángulos son semejantes.

La certeza puede ser también metafísica, física o moral. La certeza metafísica es la que se funda en el principio de identidad o en el de contradicción; tiene por razón la esencia misma de las cosas y es inmutable.

La certeza física es la que reposa en las leyes de la naturaleza. Esta certeza es condicional, porque dichas leyes son hipotéticas. Tenemos la certeza de que después de la noche viene el día; de que al invierno sucede la primavera.

La certeza moral es la que tiene por fundamento las leyes que rigen al hombre en sus actos. Es esencialmente hipotética, porque las leyes morales son mucho menos constantes que las físicas: los padres aman a sus hijos.

La certeza moral se ha llamado también creencia. En realidad la certeza moral puede ser certeza científica o certeza de fe, que es la creencia. La certeza moral científica, como cualquiera certeza científica, es la que proviene de la evidencia intrínseca: tengo la certeza de que tal hijo socorrerá a sus padres en la ancianidad. La certeza de fe es la que se adquiere por la evidencia extrínseca, como la certeza que tengo de que existe la Patagonia, porque así lo afirman los que la han visto.

La evidencia puede también ser intrínseca o extrínseca. La evidencia intrínseca es la que está inherente al objeto; como la evidencia de que un triángulo es una superficie de tres lados.

La evidencia extrínseca es la que reposa en algún signo unido necesariamente al objeto. Los que no han visto a Roma, tienen certeza extrínseca de su existencia, porque la afirmación de los que la han visto, es un signo unido necesariamente a la existencia de la Ciudad Eterna.

El error. Se llama error al desacuerdo entre el pensamiento y el objeto.

La probabilidad es la posibilidad de que una cosa sea o no como la concebimos; en este caso la verdad no aparece clara como en la evidencia, por lo cual no produce la certeza, sino la opinión. Se llama opinión el ascenso a lo más probable con mezcla de duda. Duda es la indecisión del pensamiento entre dos juicios. La duda puede ser metódica o sistemática. La duda puede ser metódica o sistemática. La duda metódica, formulada por Descartes, es una duda provisional y parcial, empleada en la ciencia como medio para más tarde adquirir la certeza. La duda sistemática es una duda universal que depende de la negación de la posibilidad de todo conocimiento racional.

El error no está en el objeto, puesto que todo lo que existe es verdadero; no está tampoco en el concepto, porque el concepto, como todo lo que existe, es igualmente verdadero. El error quien lo produce es el juicio emitido, porque al emitirlo se afirma una relación que no existe en la realidad.

El juicio es, pues, la primera operación intelectual que puede conducir al error. La idea sólo puede ser falsa si se la considera con relación al objeto, es decir, al hacer el juicio, porque puede representar el objeto de una manera inexacta.

La esencia del error consiste en interpretar mal una representación intelectual; pero como para hacer esta interpretación es necesario un razonamiento, se deduce que también conduce al error cualquier raciocinio falso o vicioso.

Se llama sofisma un raciocinio vicioso. El vicio del raciocinio puede estar en la expresión verbal que de él se hace: sofisma verbal; o puede estar en las ideas que lo constituyen: sofisma de las ideas.

Los sofismas verbales son el equívoco, la anfibología y el cambio del sentido compuesto por el dividido.

El equívoco consiste en tomar una palabra en sus varios significados. El sofisma siguiente es un equívoco de mucha circulación: "Ahí está la Inquisición; ella castigaba terriblemente con tormentos, confiscaciones y pena de muerte a los que no creían en la Iglesia Católica; es, pues, un hecho cierto que la Iglesia Católica imponía en aquellos desgraciados tiempos sus creencias por el terror". En la primera parte de este equívoco se toma la denominación de Iglesia Católica en el sentido de doctrina católica y en la segunda parte se la toma en el sentido de autoridad eclesiástica o Iglesia docente. Lo históricamente cierto es que la Inquisición era un tribunal del rey de España, que la autoridad eclesiástica, es decir, el Papa, nunca aprobó, antes por el contrario lo combatía siempre que se presentaba la ocasión.

La anfibología consiste en una construcción gramatical ambigua y confusa. He aquí un sofisma anfibológico que tiene mucho empleo entre los biologistas: "Las sensaciones, lo mismo que las ideas, son fenómenos de conciencia, de suerte que no hay entre el hombre y el animal ninguna diferencia radical; antes por el contrario, hay mayor distancia entre el hombre civilizado y el salvaje, que entre éste y el animal". La ambigüedad de donde deriva el sofisma proviene de que a los sujetos: sensaciones e ideas, se les da el mismo atributo, fenómenos de conciencia, cuando se necesitarían dos atributos, porque las sensaciones son estados de la conciencia espontánea y las ideas lo son de la conciencia refleja, la cual da un conocimiento racional, propio del hombre, que establece una diferencia esencial entre él y el animal; mientras que entre el hombre civilizado y el salvaje no hay sino una diferencia accidental, producida por la cultura de la inteligencia.

La confusión entre el sentido compuesto y el sentido dividido. Este es el sofisma más empleado de todos, es comunísimo. Tomemos al caso uno de esta naturaleza: "Luis XV fue un rey disoluto, inepto y que condujo su país a la decadencia, lo cual es un ejemplo de lo funesto que es para los pueblos el

tener como forma de Gobierno la monarquía". Por un rey malo el sofisma sentencia no solamente toda la clase, sino que reprueba la concerniente forma de gobierno.

Los sofismas de las ideas son inductivos o deductivos. Los inductivos son: la ignorancia de la causa, la enumeración imperfecta y la falsa analogía.

La ignorancia de la causa consiste no sólo en ignorar la causa, sino en dar lo que no es como si fuera la verdadera. Por ejemplo: "Hay —dice Lord Macaulay—, un gran adelanto material y una gran cultura científica en Inglaterra, Alemania y Norte América. Estas naciones no son católicas, sino protestantes, luego el catolicismo es contrario al desarrollo material e intelectual de las naciones". Este es un sofisma de esta clase, una vez que la causa evidentemente no es esa, estando igualmente adelantadas Francia, Bélgica e Italia, que son católicas, y en cambio, existiendo otras naciones protestantes, como Suecia, Noruega, Dinamarca y aun la Holanda, que están también poco adelantadas.

"En los países que no tienen pena de muerte hay muchos crímenes, luego la pena de muerte los impide". Es igualmente un sofisma de ignorancia de la causa, porque hay otras razones que explican mejor el fenómeno, existiendo también países sin pena de muerte, en que los crímenes no son por eso más numerosos.

"El cerebro es indispensable para el pensamiento, de donde se puede deducir que es él el que elabora las ideas". Sofisma de la misma naturaleza, porque aunque es cierto que se necesita del cerebro para el pensamiento, no debe ser tenido como causa o principio de él, sino como el aparato corporal que presta al alma una cooperación extrínseca suministrándole los materiales sensibles del conocimiento.

La enumeración imperfecta, que se comete siempre que al hacer la ley no se considera sino un reducido número de factores.

"La estadística demuestra que mueren más adultos solteros que casados, luego vemos cómo el matrimonio sirve para la longevidad". Este sofisma, como se ve, proviene de no considerar sino un solo factor entre los que han de ser causa de muerte.

La falsa analogía, que proviene de atribuir a un fenómeno las propiedades de otro, a causa de la semejanza que existe entre ellos. “La Tierra tiene atmósfera, tiene estaciones y tiene habitantes; Marte tiene atmósfera, tiene igualmente estaciones, luego tiene también habitantes”. La conclusión no sofística sería: luego es posible que tenga también habitantes; porque la verdadera analogía no da la certeza, sino la posibilidad.

Los sofismas deductivos son: la ignorancia de la materia, la petición de principio y el círculo vicioso.

La ignorancia de la materia consiste en probar otra cosa que aquello de que se trata.

“Es sabido de que todos los acontecimientos importantes de nuestra vida están encadenados de tal manera, y son tan independientes de nosotros, que sucederán siempre, a pesar de todo lo que inventemos para que no sucedan, de donde podemos ver cuán ilusoria es la creencia en la libertad moral del hombre”. Este es el sofisma de los fatalistas, y es un sofisma por ignorancia de la materia, porque en él se prueba que nuestros actos son ineficaces para cambiar el curso de los acontecimientos; pero no que carezcamos de libertad; al contrario, prueba que ella existe, puesto que podemos oponernos al curso de los sucesos.

La petición de principio, que se comete tomando como principio de la demostración una cuestión disputable y por demostrar.

“La libertad moral no existe; porque si existiera tendríamos que admitir que la voluntad puede comenzar o interrumpir un movimiento. Es decir, que el acto de levantar un brazo, por ejemplo, sería un efecto de la voluntad libre y no de un movimiento anterior, lo cual es imposible, por estar en oposición a la gran ley de la conservación de la fuerza, según la cual todo movimiento reconoce por causa un movimiento anterior, sin que pueda admitirse un movimiento intercurrente, creado de la nada, por acción de la voluntad libre”.

Es el sofisma de los deterministas; pero la ley de la conservación de la fuerza está demostrada para un sistema cerrado e inerte y de ninguna manera para

los seres vivientes. El argumento, es, pues, sofístico porque se funda en un principio que pide demostración.

El círculo vicioso es un sofisma que consiste en probar una proposición sirviéndose de otra que se funda en la primera.

"En un animal no hay nada que no se encuentre igualmente en los minerales, por lo cual el decantado principio vital es una hipótesis inútil; la vida es la resultante de las fuerzas físico-químicas que obran en los cuerpos organizados, en los cuales la organización es a su vez la resultante de la vida". Este es el sofisma de los organicistas cartesianos; y se ve que es un círculo vicioso, puesto que explica la vida por la organización, pero en seguida establece que la organización es al propio tiempo función de la vida.

En todos los casos y principalmente en los sofismas, el error viene de los prejuicios que siempre ofuscan la inteligencia y le impiden el claro conocimiento de las cosas. Según Lord Bacon estos prejuicios son verdaderos ídolos a los cuales los hombres pagan su tributo de adoración, que es el error. Habría, como él dice, cuatro clases de ídolos. *Idola tribus* o prejuicios de raza. *Idola specus* o prejuicios personales. *Idola fori* o prejuicios populares. *Idola theatri* o prejuicios de escuela.

Capítulo II
El criterio de la verdad

Se entiende por el criterio de la verdad el signo distintivo e infalible de ella. Igualmente se llama criterio de la verdad el conjunto de los medios que nos sirven para hallar y conocer la verdad.

Tomado en este último sentido, el criterio de la verdad varía según el orden de conocimientos que se trata de indagar, los cuales pueden ser metafísicos, físicos y morales.

Los criterios son cinco, que se dividen como sigue: uno para las ciencias metafísicas y abstractas, que es el criterio de evidencia. Dos para las ciencias experimentales, que son: el criterio de conciencia y el de los sentidos externos. Dos para las ciencias morales a saber: el criterio de sentido común y el de autoridad. Los tres primeros son intrínsecos y los dos últimos son extrínsecos.

Se llama criterio de autoridad, aquel criterio que emplea en la investigación de la verdad los juicios o las opiniones de las personas que conocen la materia científica correspondiente.

Al criterio de autoridad pertenece el criterio testimonial, en el cual la adquisición de la verdad se hace mediante la deposición de los que han visto lo sucedido.

El criterio de autoridad no se emplea en las ciencias exactas, porque éstas tienen su criterio especial, que es el de evidencia. En las ciencias físicas y naturales, este criterio, sin ser el propio de ellas, presta grandes servicios. La aserción de uno de los maestros en cualquiera de estas ciencias, se recibe como una verdad muy probable, y si después es comprobada por algunos otros, entonces se admite por todo el mundo científico como una verdad demostrada. En este caso, dicho criterio presupone el criterio propio de la ciencia, empleado por los que han estudiado el fenómeno.

En las ciencias históricas el criterio de autoridad es el que sirve de fundamento para el conocimiento de la verdad. La solución conveniente de los problemas históricos dependen del empleo de este criterio, el cual es el único que puede suministrar la certeza histórica o certeza moral, aunque no suministra la certeza absoluta que daría un criterio infalible.

El criterio de sentido común es el que se sirve de la existencia de ciertas verdades fundamentales, admitidas por todos los hombres, para el conocimiento de la verdad. Se enuncia así: es verdadero todo lo que es conforme al sentido común.

Las verdades de sentido común son: la existencia del mundo exterior; la realidad de la percepción de él; la existencia de la libertad humana; la existencia del deber; la existencia de Dios.

Muy semejante a este criterio es el del conocimiento universal que se enuncia de la manera siguiente: es verdadero lo que se admite como tal por toda la humanidad.

Estos criterios no son útiles para la ciencia sino en muy restringidos límites. Nunca producen la certeza total, sino solamente la posibilidad de que el hecho sea cierto.

También se entiende por criterio de sentido común el criterio del buen sentido, del sentido práctico, que nos da la facultad de escoger y admitir las cuestiones científicas posibles y de rechazar las absurdas e inverosímiles. Es como una especie de tacto científico, semejante al tacto social, que permite discernir lo verdadero de lo falso.

Este criterio es de mucha utilidad en las ciencias físicas y naturales, pues evita a los que lo tienen bien constituido, la pérdida de tiempo que produce el tanteo entra las diversas operaciones que conducen a la verdad científica, y es también muy conveniente para la solución de todas las cuestiones prácticas que ocurren en el curso de la vida.

El criterio de los sentidos externos es el criterio que sirve de los sentidos para adquirir los conocimientos relativos al mundo exterior.

Es cierto, es una verdad admitida por todos, que los sentidos nos dan el conocimiento del mundo exterior, o lo que es igual, que ellos nos sirven para la percepción externa.

Por lo que toca a las sensaciones que nos suministran, siempre que cada sentido se limite a su objeto propio y se sirva del medio natural, el criterio de los sentidos nos hace adquirir verdades absolutas y por consiguiente infalibles.

En cuanto al conocimiento que por ellos obtenemos del mundo exterior, ya hemos visto que es un conocimiento imperfecto, limitado y particular, y por consiguiente puede este criterio conducirnos al error, si no rectificamos por otros medios los datos que los sentidos nos suministran.

Con esta salvedad, el criterio de los sentidos es el criterio científico por excelencia, puesto que las sensaciones son la materia indispensable de todo

conocimiento, y sin ellas no sería posible la ciencia, en especial las ciencias físicas y naturales, las cuales se sirven de este criterio como del fundamento indispensable para la elaboración científica.

Se llama criterio de conciencia el criterio que se sirve del conocimiento de los estados psicológicos para la adquisición de la verdad.

Por la conciencia se puede tener un conocimiento inmediato de los fenómenos psicológicos, así como también un conocimiento racional de ellos; y como este conocimiento se refiere a fenómenos que están presentes en nuestro espíritu, y al sentimiento que de ellos tenemos, es claro que la conciencia nos procura una certeza infalible, y por consiguiente el criterio infalible de verdad en su objeto.

El criterio de conciencia es el criterio fundamental de la psicología experimental.

Se denomina criterio de evidencia, el que se sirve de la claridad y distinción que acompañan a la verdad para discernirla. La evidencia hace irresistible el imperio de la verdad, y la inteligencia tiene que aceptar necesariamente toda verdad evidente.

El criterio de evidencia es un criterio universal y produce toda certeza, tanto la mediata como la inmediata; la racional o la experimental; la moral, la metafísica, la física o la psicológica, de tal suerte que todos los demás criterios presuponen la evidencia.

Estamos ciertos de cualquier verdad, descubierta por cualquier otro criterio, porque esa verdad es evidente. La evidencia de ella resulta de que toda verdad absoluta tiene una claridad especial que produce una firme adhesión de la inteligencia, y esa claridad especial es el resultado de la conexión necesaria que hay entre los elementos de toda idea compleja o de todo juicio. De suerte que podemos deducir que la señal infalible de la verdad es la evidencia.

Hay, además de estos criterios, otros medios que también sirven de criterio para conocer o descubrir la verdad, como son el principio de contradicción y el de la razón.

Parte III

Lógica aplicada o metodología

Capítulo primero

Los cuatro métodos científicos

Se llama método el orden que se sigue en las investigaciones y en las demostraciones de la ciencia.

Hay cuatro métodos científicos, que son: el método analítico y el sintético, el método inductivo y el deductivo.

Se llama método analítico o análisis, aquel método que parte de los efectos y de las consecuencias para investigar las causas y los principios.

El método analítico va de lo compuesto a lo simple, del todo a las partes.

Se llama método sintético o síntesis, el método que indaga y explica los efectos y las consecuencia por las causas y los principios. Este método va de lo simple a lo compuesto, de las partes al todo.

Al emplear estos dos métodos consideramos la ciencia como una explicación racional de las cosas.

Se llama método inductivo o inducción aquel método por el cual se infiere de un hecho particular una verdad general.

Se llama método deductivo o deducción el método por el cual de una verdad general se infieren una verdad menos general o una particular.

En estos dos métodos se considera la ciencia como un conjunto de verdades o doctrinas unidas entre sí ordenadamente por vínculos más o menos permanentes.

Análisis. Hay dos clases de análisis, que son: el racional y el experimental.

El análisis racional deriva de la consecuencia el principio, por medio de una serie de proposiciones rigurosamente encadenadas. Este método se emplea en las matemáticas para la resolución de los problemas y también para la demostración de los teoremas en algunos casos.

El análisis experimental consiste en la descomposición de un todo en sus elementos o en la explicación del todo por las relaciones mutuas de los elementos; puede practicarse de dos maneras, a saber: por división real o por división mental.

El análisis por división real se usa en las ciencias físicas y naturales; el físico dispersa, por medio de un prisma la luz en siete colores; el químico separa los elementos del azúcar: carbono, hidrógeno y oxígeno; el anatomista divide el cuerpo en aparatos y órganos; el histologista disocia los tejidos para aislar los elementos anatómicos; el botánico descompone la planta en tronco, raíz y hojas; el lingüista divide las palabras en monosílabas, disílabas y polisílabas.

La división mental es la división que se hace por abstracción en lo que es inmaterial y extrasensible. Se usa en las ciencias psicológicas y metafísica; por ella el historiador indaga las causas y las leyes de los acontecimientos, considerándolos separadamente; la estética estudia la belleza en distintas artes plásticas o ideales; la cosmología considera independientemente la materia, la fuerza y la vida para adquirir un concepto perfecto del universo.

Síntesis. La síntesis investiga los efectos y las consecuencias partiendo de las causas y de los principios. Va de lo simple a lo compuesto; y son simples, el elemento químico con relación al cuerpo bruto; las partes de una maquina relativamente a ella; el órgano con relación al cuerpo vivo; la ley, relativamente a los hechos que explica; la causa con relación a sus efectos; y la condición, relativamente a los fenómenos condicionados.

El método sintético, como el analítico, puede ser racional o experimental.

La síntesis racional descubre la consecuencia sirviéndose del principio conocido. Es empleada en las ciencias matemáticas y metafísicas, y consiste en hacer uso de las proposiciones conocidas para obtener de ellas proposiciones derivadas como consecuencia rigurosa.

La síntesis experimental consiste en la composición del todo por la reunión de sus elementos. Puede hacerse por composición real o por composición mental.

La composición real es usada en los cuerpos materiales o en los fenómenos sensibles, y por consiguiente en las ciencias físicas principalmente.

El químico produce el agua por síntesis sirviéndose de sus dos elementos, el hidrógeno y el oxígeno; el mecánico reúne y ordena las partes de una máquina para construirla; el físico produce la síntesis del color blanco por medio del disco de Newton.

La síntesis por composición mental es la constitución del todo por sus elementos. Sirve principalmente para las clasificaciones y para las definiciones.

El botanista agrupa las plantas idealmente para formar las familias y las clases. El zoologista constituye las especies y los géneros valiéndose de los caracteres comunes que descubre en los animales. El antropologista distingue las razas humanas por el estudio detallado de los hombres de cada país. El historiador caracteriza una determinada época histórica, mediante los acontecimientos que entonces se verificaron.

Estos dos métodos, analítico y sintético, deben ser empleados convenientemente para obtener por ellos el adelanto de los acontecimientos científicos; para este fin deben llenar dos condiciones: primeramente deben ser completos, esto es, que no debe omitirse ninguno de los elementos finales; y en segundo lugar han de ser graduados, es decir, que deben considerarse todos los elementos intermedios.

Método inductivo. El método inductivo es el que infiere de un hecho particular una verdad general. Se le llama también método experimental, y es el método científico fundamental de las ciencias físicas, naturales y psicológicas.

El principio en que se apoya, es el de la uniformidad de las leyes de la naturaleza, que se enuncia: en las mismas circunstancias las mismas causas producen idénticos efectos. Este principio deriva de la invariabilidad de las esencias de todo cuanto existe.

La inducción comienza por el estudio de los casos particulares, y después infiere la ley por generalización, y esta ley constituye una verdad científica.

Las verdades adquiridas por este método no son absolutas; son verdades condicionales y perfectibles, de suerte que el adelanto de la ciencia consiste precisamente en ir perfeccionándolas con precaución.

Hay tres operaciones fundamentales en el método experimental, que son: la observación, la hipótesis y la ley.

Se llama observación, la operación que consiste en el estudio del fenómeno con todos sus detalles mediante un criterio adecuado. Hay dos criterios que sirven para dicho estudio y que, por lo tanto, sirven de fundamento al método experimental, los cuales son: el criterio de conciencia y el de los sentidos externos.

El método experimental que se sirve del criterio de conciencia es el método de las ciencias psicológicas. Un fenómeno psicológico no puede ser estudiado y conocido sino por la conciencia, la cual en su operación es radicalmente infalible. De suerte que en el método psicológico el error no puede provenir de esta primera operación que es la observación del fenómeno.

La observación la efectúa la conciencia analizando cuidadosamente el fenómeno psicológico por medio de la reflexión, es decir, realizando de esta manera una verdadera introspección. Los fenómenos psicológicos que se han de estudiar, pueden ser los producidos espontáneamente o los provocados con este fin. Entonces pueden estudiarse analíticamente y experimentalmente las sensaciones, los actos de la inteligencia y los actos voluntarios.

El método experimental que se funda en el criterio de los sentidos externos, pertenece a las ciencias físicas y naturales.

La observación se practica estudiando con los sentidos adecuados el fenómeno; los estudios pueden emplearse solos o ir auxiliados por instrumentos.

El estudio del fenómeno puede hacerse de dos maneras: bien dejándolo que se verifique de la manera habitual, o bien cambiando las circunstancias y modificándolas convenientemente para mejor estudiarlo. Este segundo modo constituye la experimentación.

Si queremos estudiar la caída de los cuerpos, empezamos la observación del fenómeno, dejando caer varios cuerpos, de naturaleza distinta, desde un lugar elevado cualquiera, y así observamos su caída natural. Luego hacemos caer dichos cuerpos en el vacío para quitar la influencia perturbadora del aire. Después empleamos la máquina de Atwood o el plano inclinado, para conocer la manera del movimiento con que caen. Por último, nos servimos del aparato de Morin para obtener la curva de dicha caída. Con lo cual terminamos la observación experimental.

Los instrumentos que auxilian los sentidos tienen una importancia considerable, y muchas veces sin ellos no se podría efectuar la observación. Los cuerpos muy pequeños no los podemos ver sin el microscopio o el ultramicroscopio; una radiografía permite conocer los órganos sólidos que están en el interior del cuerpo; sin telescopio no es posible la conveniente observación de los astros.

Pero empleados solos o con instrumentos, los sentidos necesitan una educación práctica adecuada, y deben auxiliarse los unos con los otros; de esta manera se disminuye en lo posible la probabilidad del error; aunque es evidente que esta operación de la observación por los sentidos puede fácilmente conducirnos al error, y esto por dos razones: primero, porque por los sentidos lo que obtenemos son sensaciones, las que necesitan ser interpretadas por un juicio que puede ser erróneo; segundo, porque en lo general le pedimos a los sentidos más nociones de las que nos pueden dar infaliblemente; como lo hacemos siempre que estudiamos, por ejemplo, un cuerpo al microscopio, y en este caso no nos conformamos con saber

qué color tiene, sino que queremos conocer la forma, la estructura, el tamaño, los movimientos, las cuales son nociones que exceden las que la vista puede darnos infaliblemente.

La segunda operación del método inductivo es la formación de la hipótesis.

Se llama hipótesis una suposición hecha para explicar un fenómeno cualquiera.

Después de bien observado el fenómeno, con todas las circunstancias que lo acompañan, tratamos de hallarle una explicación.

Hemos visto caer los cuerpos, primero naturalmente, después en el vacío, hemos estudiado su caída en la máquina de Atwood y con el plano inclinado; y por último hemos obtenido el trazo de su descenso con el aparato de Morin. Tenemos recogidos y estudiados todos los elementos del fenómeno, y entonces entramos a explicarlo con la hipótesis siguiente: estos cuerpos caen a la superficie de la tierra como si fueran atraídos por una fuerza que puede llamarse la gravedad.

La hipótesis es, pues, la explicación de un fenómeno concreto o particular, de un fenómeno observado metódicamente. Pueden hacerse varias hipótesis para explicar las varias circunstancias de un mismo fenómeno.

Esta operación puede conducirnos al error, y en efecto nos conduce a él con frecuencia, porque no siempre es fácil conocer en qué consiste la esencia del fenómeno para dar de él la verdadera explicación.

Muchas veces dos hipótesis contrarias explican el mismo fenómeno perfectamente; entonces se elige la más adecuada al encadenamiento de la ciencia.

Luego que el adelanto de la ciencia pida el cambio de una hipótesis, hay que hacerlo sin dilación; pues siempre se ha dicho que la hipótesis es semejante a un instrumento de trabajo, que se emplea mientras es útil y se desecha en el caso contrario.

Es, pues, opuesto al adelanto científico, para conservar una hipótesis, como a veces ha sucedido, el hacer fuerza a los hechos observados y hasta desfigurarlos un tanto para que quepan dentro de ella.

La teoría es una hipótesis general, que sirve para explicar varios fenómenos o que contiene varias hipótesis; como la teoría del éter, que explica los fenómenos de la luz, del calor y de la electricidad; la teoría de la nebulosa primitiva y otras varias.

La tercera y última operación del método inductivo es la formación de la ley. Se llama ley el enunciado de una relación constante y común a varios seres.

La ley es la operación propiamente inductiva, puesto que del hecho particular inferimos la verdad general. Se efectúa de la manera siguiente: se practica la observación del fenómeno repetidas veces, el mayor número de veces posible; se ve si la hipótesis conviene siempre a todos los casos observados; en seguida se hace la generalización de ella, y con esto se crea la ley.

Hemos observado la caída de los cuerpos repetidas veces; los hemos visto caer en todos los lugares y en todos los tiempos posibles; la hipótesis de una fuerza que los atrae a la superficie de la tierra, sirve para todos los casos; entonces creamos la ley fundamental de dicha caída y las leyes accesorias. Los cuerpos caen a la superficie de la tierra atraídos por la gravedad. Caen con igual velocidad en el vacío, en un mismo lugar de la tierra. Entonces los espacios recorridos son proporcionales a los cuadrados de los tiempos. Y, finalmente, las velocidades adquiridas, en las mismas condiciones, son proporcionales a los tiempos contados desde el principio de la caída.

La formación de la ley puede conducirnos al error; la causa es porque muchas veces se hace una generalización prematura, esto es, sin haber observado suficiente número de casos particulares.

Sin embargo, no siempre deben desecharse las leyes, hipótesis o teorías, por el solo hecho de no ser enteramente verdaderas; porque muchas veces, sin serlo, pueden prestar importantes servicios a la ciencia. Es sabido que la ley de Mariotte no es verdadera, y no obstante, es de gran utilidad para la solución de los casos prácticos que ocurren en la pneumática. La teoría de la descendencia, aunque carece de comprobación experimental, explica admirablemente el encadenamiento orgánico de los seres vivos.

Se llama doctrina el conjunto de las distintas leyes, hipótesis y teorías relativas a una misma materia. El conjunto de doctrinas constituye el cuerpo de la ciencia.

El método inductivo o experimental es, pues, uno de los más grandes inventos de la inteligencia humana; antes de este descubrimiento era imposible el desarrollo de las ciencias que se sirven de él; a su empleo se debe el admirable adelanto que notamos ahora en casi todos los ramos del saber humano.

Pero es necesario tener en todos los casos presentes, que la mayor parte de las verdades por él obtenidas son verdades relativas, condicionales y perfectibles; y que otras muchas veces suministra solamente hipótesis a las cuales nunca es permitido darles valor de la verdad.

Los que emplean este método constantemente, faltan con frecuencia a esta regla, y ofuscados por la verosimilitud de una hipótesis, la toman y la defienden como si fuera una verdad, según lo demuestra la historia de las ciencias y la observación diaria. La química sufrió un retardo considerable en algunos países, debido a que maestros notables en dicha ciencia se resistían a admitir la teoría atómica, defendiendo la de los equivalentes, como si se tratara no de una teoría, sino de una verdad demostrada.

Método deductivo. El método deductivo es aquél método que de una verdad general conocida infiere un conclusión menos general o una particular.

La deducción se hace por medio de varios axiomas derivados del principio de identidad y del de contradicción; de donde se deduce que no cabe el error en este método, siendo las conclusiones que con él se obtienen, absolutamente ciertas.

El método deductivo se funda en el criterio de evidencia; de lo cual resulta lo perfecto de su argumentación, y lo convincente de la demostración que por él se hace, pues la verdad aparece en toda su claridad.

La composición de las ideas se hace en este método por medio del silogismo; la premisa mayor es una verdad conocida y demostrada, y en la

conclusión se une el sujeto al atributo mediante la relación rigurosa que los une al medio término, con lo cual queda demostrada como una verdad absoluta.

Las ciencias más perfectas son las que pueden servirse del método deductivo; es el método de las ciencias matemáticas. Para el desarrollo científico, para formar la ciencia, es el método inductivo el que debe emplearse. El hecho de haberse inventado primero el método deductivo que el inductivo fue causa de que durante largos siglos sólo pudieran estudiarse aquellas ciencias que se sirven de la deducción. Las grandes inteligencias de la Edad Media no pudieron estudiar, faltos del método conveniente, sino las ciencias exactas y metafísicas, pues no fue sino a fines de dicha época, en el siglo trece, que Rogelio Bacon inventó el método inductivo; por lo cual algunos mal enterados de la verdadera causa, han llamado al período medieval, los siglos del oscurantismo.

Además de los inapreciables servicios que la deducción presta a las ciencias que la emplean, favorece admirablemente el desarrollo de la inteligencia, y la habitúa al rigor de la verdad; templa y ennoblece el carácter del hombre, y lo enseña a proceder con rectitud e integridad en los actos de la vida.

Para conocer de una manera práctica la claridad y belleza de las operaciones del método deductivo, y lo absoluto de las verdades por él demostradas, propongámonos hacer la demostración deductiva de estas tres verdades: que Dios existe; que existe el alma y que el Papa es infalible.

Dios existe. Hay un orden admirable en el universo entero. Este orden perfecto se encuentra en los sistemas estelares o solares y planetarios, como también en todos los fenómenos del mundo terrestre y principalmente en la constitución del hombre, del microcosmos.

En todo el universo no encontramos fuera del hombre, único ser inteligente que podemos ver, sino fuerzas y materia.

La materia y las fuerzas, estando privadas de dirección, enseña la experiencia que siempre obran desordenadamente.

Luego es indispensable una inteligencia ordenadora, bastante poderosa para haber podido crear ese orden maravilloso y el mismo universo que contemplamos.

Este ser inteligente no es el hombre, ser finito y débil, incapaz de producir semejante obra.

Luego hay un ser infinitamente poderoso y sabio, creador del universo admirablemente ordenado que conocemos. Este ser lo llamamos Dios

Luego Dios existe.

Corolario. Luego Dios, como lo demuestra la obra grandiosa de la Creación, es un Ser infinitamente sabio, poderoso, justo, conjunto de todas las perfecciones, en una palabra, es el Absoluto; por consiguiente, todo el universo, incluso el hombre, lo ha creado El para su gloria.

El alma existe. Hay en el hombre un cuerpo compuesto de partes materiales, que está en actividad. Todas las actividades de él se reducen a actos físico-químicos de la materia corpórea.

Las fuerzas físico-químicas obrando sobre la materia durante la vida, concurren con un orden perfecto a mantener la integridad corporal.

Después de la muerte continúan las mismas fuerzas físico-químicas obrando sobre la misma materia, mas entonces lo hacen desordenadamente, y producen al fin la descomposición del cuerpo.

Luego tiene que haber en el hombre vivo, además de la materia y de las fuerzas físico-químicas, un principio ordenador, un principio de vida que llamamos alma.

Luego el alma existe.

Corolario. El principio de vida es superior a la materia; y como lo superior a lo material es lo espiritual, el alma es espiritual. Como las operaciones intelectuales no son materiales forzosamente han de tener por sujeto al alma.

Como la facultad de conocer es la facultad superior del hombre, y como todas las cosas, incluso el hombre, han sido creadas para Dios, se deduce que el

fin del hombre es el conocimiento de Dios tal como es, en su Esencia, o según la frase consagrada: el de ver a Dios cara a cara.

El Papa es infalible. Es evidente que por ser Dios el Ser infinitamente perfecto, el Ser absoluto, ha de ser el fin de todo lo creado, y, por, consiguiente, que el fin último del hombre es conocer a Dios en su esencia.

Es evidente que la inteligencia del hombre es limitada, y que con frecuencia toma la verdad por error y el error por verdad.

Luego el hombre guiado por su sola inteligencia es evidente que puede extraviarse en el camino que debe seguir para lograr su fin último.

Luego Dios, Ser infinitamente perfecto, ha debido forzosamente dejar al hombre una guía infalible que le enseñe el verdadero camino para alcanzar su último fin. De otra manera, le faltaría a Dios una perfección, la Providencia, y por lo tanto no sería infinitamente perfecto.

Luego Dios ha dejado en el mundo una guía infalible que dirija al hombre a su fin último.

En el mundo no hay quien reclame este privilegio de guía maestra infalible de la verdad, sino solamente la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Luego la Iglesia Católica, Apostólica y Romana es infalible.

Pero la Iglesia Católica, que es infalible, ha creído y enseñado siempre, en todos los tiempos y en todos los lugares, y ha definido últimamente que el Papa es infalible.

Luego el Papa es infalible.

Corolario. De la infalibilidad del Papa se deduce que no pudiendo engañarse ni engañarnos, debemos creer firmemente todas las verdades que nos enseña y obedecerle ciegamente en todo, absolutamente en todo lo que nos prescribe.

Escolio. La infalibilidad papal es para la vida intelectual y moral del hombre, un don de Dios del todo comparable al de la luz del sol para la vida corporal y sensitiva. Rodeados estaríamos, sin la luz del sol, de espesas tinieblas físicas, que casi nos impedirían el ejercicio de los actos de la vida; y sin aquella guía infalible, la humanidad correría anhelante y sin rumbo en las tinieblas del error

y de la ignorancia, incapaz de encontrar por sí sola el buen camino, el camino seguro para que cada uno de los hombres pueda conseguir su último fin.

Vemos, pues, cómo estas verdades quedan demostradas por éste método con la misma evidencia con que quedan demostradas las verdades matemáticas, por ejemplo esta verdad geométrica: que dos triángulos equiláteros, son equiángulos e iguales.

Capítulo II
Las aplicaciones de los métodos

Todas las ciencias necesitan un método determinado para descubrir, demostrar y relacionar las verdades que las constituyen. Es totalmente imposible el estudio de una ciencia si no se emplea el método propio para ella.

La historia de las distintas ciencias nos demuestra que ninguna de ellas progresa mientras no se sirve del método que le corresponde, así como también nos demuestra que ninguna verdad perteneciente a una ciencia determinada puede ser descubierta valiéndonos del método correspondiente a otra ciencia.

El ideal de todas las ciencias es poderse servir del método deductivo que descubre las verdades absolutas; y tanto más adelantada se encuentra una ciencia, cuanto mayor parte toman las matemáticas en la formación de sus leyes. Pero hasta que las ciencias no lleguen a ser todas deductivas, lo conveniente es que cada verdad se investigue con arreglo al método de la ciencia a que pertenece.

Lo contrario a este sano precepto de la metodología se practica con frecuencia. Vemos muchas veces a los que estudian las ciencias naturales, tratando de investigar experimentalmente de qué manera apareció el hombre en la superficie de la tierra; lo cual es de todo punto imposible, porque la aparición del hombre en la tierra es un acontecimiento histórico, el cual es el método analítico, fundado en el criterio testimonial.

Tratar, pues, de resolverlo experimentalmente, es tan poco científico como si se tratara de averiguar experimentalmente quién era el caudillo que dirigía las huestes venezolanas en los campos de Carabobo.

Se llama ciencia desde el punto de vista objetivo, un sistema de verdades generales concernientes a un determinado objeto.

Las ciencias se dividen en Ciencias Matemáticas, Ciencias Físico-Químicas, Ciencias Naturales y Ciencias Morales.

Las Ciencias Matemáticas son la Aritmética, que es la ciencia de los números; el Álgebra, ciencia de los números considerados en general; la Geometría, ciencia de la extensión; el Análisis, que estudia las relaciones de magnitudes: la Mecánica, que es la ciencia de las leyes del movimiento; la Astronomía, la Física Matemática y el Cálculo.

El método de las matemáticas puras es el método deductivo fundado en el criterio de evidencia. Sus demostraciones parten de los axiomas los cuales son verdades evidentes por sí mismas e indemostrables.

Los axiomas son los siguientes: el todo es mayor que una de sus partes. Dos cantidades iguales a una tercera son iguales entre sí. El todo es igual a la suma de sus partes. De un punto a otro no se puede tirar sino una sola recta. Dos líneas, superficies o sólidos son iguales si superpuestos coinciden perfectamente.

Sus principios propios son los postulados y las definiciones. Se llaman postulados ciertas verdades admitidas sin demostración, aunque no tienen la evidencia de los axiomas.

Los postulados son: la reacción es igual a la acción. Por un punto situado fuera de una recta no se puede tirar a ésta sino una sola paralela. La línea recta es la distancia más corta entre dos puntos.

Las definiciones se hacen según la definición geométrica, esto es, por generación.

Las matemáticas aplicadas se sirven del método experimental fundado en el criterio de los sentidos, en lo que tienen de práctico; en sus otras operaciones emplean el método anterior.

En ciertos casos también emplean el método analítico y el sintético, pero sólo accidentalmente, y como métodos auxiliares del método propio.

Las matemáticas son ciencias exactas, y su exactitud la deben primeramente a la infalibilidad de su método deductivo, y en segundo lugar a que su objeto, que son los números y las figuras son conceptos ideales que pueden representarse con un reducido número de signos simples y claros.

Las ciencias físicas estudian los cuerpos inorgánicos y las materias orgánicas privadas de vida; comprenden la física y la química, la mineralogía, la geología y la geografía física. las ciencias naturales tienen por objeto el estudio de los seres vivos o que han vivido. son la paleontología o estudio de los fósiles, la biología, la etnología y la patología. la biología comprende la anatomía, la fisiología y la embriología tanto de los vegetales como de los animales. la etnología, que es el estudio de las razas humanas. la patología estudia las enfermedades.

El método fundamental de la física y de la química es el método experimental con el criterio de los sentidos externos. Emplean también con suma frecuencia y muy felices resultados los métodos analítico y sintético.

La mineralogía, la geología, la geografía física, la paleontología y la etnología se sirven del método analítico y del sintético, con el criterio de los sentidos externos; pueden usar también del método experimental.

La biología y la patología emplean el método experimental con el criterio de los sentidos externos. Mediante este método dichas ciencias descubren las verdades correspondientes a cada una de ellas, y forman las hipótesis y las leyes. Forman también las definiciones, que pueden ser descriptivas o empíricas.

Por este método se hacen también las clasificaciones. La clasificación es en dichas ciencias la reunión metódica de los seres según sus semejanzas o diferencias para constituir los géneros y las especies.

Ellas utilizan las clasificaciones naturales o las artificiales. En la clasificación natural la primera operación es la fijación de los grupos inferiores constituyendo el grupo fundamental, que es la especie, la cual puede dividirse en variedades y razas. La segunda operación es la determinación de los grupos

superiores por la subordinación de los caracteres comunes, formando los géneros, los cuales reunidos constituyen las familias, éstas los órdenes, lo que agrupados forman las clases, que reunidas dan los ramos, los cuales juntos forman los reinos.

Las clasificaciones artificiales sólo se usan de una manera provisional hasta que el adelanto de la respectiva ciencia permite formar las clasificaciones naturales.

Se sirven además estas ciencias de una forma especial de la hipótesis, empleada para hacer las clasificaciones, denominada analogía, que es una semejanza que puede existir entre los seres acompañada de diferencias; así se pueden clasificar los pulmones y las branquias como órganos análogos porque tienen la semejanza de la función, aunque difieren por la estructura.

También se llama analogía un procedimiento especial para la formación de la hipótesis; consiste en hacer una suposición para explicar un fenómeno desconocido, idéntica a la que explica uno conocido, por la semejanza que hay entre ambos. Sabemos que el quejido es señal de dolor en el hombre e inferimos que un animal que se queja tiene un dolor. En el hombre existen los sentidos, los cuales le producen sensaciones e inferimos que puesto que en el animal hay sentidos también deben existir sensaciones.

La analogía es un procedimiento que conduce frecuentemente al error; por consiguiente, las nociones que suministra deben ser verificadas o comprobadas por otros medios.

Las ciencias morales comprenden las ciencias psicológicas, las ciencias sociales y las ciencias metafísicas. Las ciencias psicológicas son: la psicología experimental, la lógica, la estética y la moral. Las ciencias sociales son: la lingüística, la economía política, que estudia la riqueza; el derecho, que estudia las relaciones de los hombres entre ellos; la Política, que trata de las relaciones entre los gobernantes y los gobernados; el derecho de gentes, que estudia las relaciones internacionales; la historia, que enseña los acontecimientos humanos y sus leyes; la geografía política, que da la descripción de las narraciones. Las ciencias metafísicas son: la antología, la psicología racional y la cosmología racional.

La psicología se sirve del método experimental con el criterio de conciencia. La materia de estudio, sobre la cual van a establecerse las conexiones científicas, son hechos particulares, los fenómenos psicológicos; y como se trata de averiguar las causas y las leyes de ellos, es indispensable emplear el método inductivo.

Los fenómenos psicológicos no pueden ser conocidos sino por la conciencia; luego su criterio tiene que ser el criterio de conciencia, y la observación de dichos fenómenos tiene que hacerse por observación interna, esto es por la reflexión.

Los fenómenos psicológicos que se verifican en los demás hombres, y sobre todo en los animales, no pueden ser conocidos sino por analogía, que, como ya hemos visto, da con frecuencia nociones erradas. Los que se producen en los demás hombres pueden saberse también por sus referencias orales o escritas.

Como el criterio de conciencia es un criterio infalible, es claro que tendremos por él nociones verdaderas; sólo puede venir entonces el error por las hipótesis y las leyes.

El método de la lógica, lo mismo que el de la moral y el de la estética, es el método deductivo con el criterio de evidencia. En estas ciencias el método deductivo no produce los mismos resultados que en las matemáticas, porque los respectivos objetos de ellas, la verdad, la belleza y el bien, son mucho más complejos que los números y las figuras, y han de ser conocidos por la experiencia, lo que no sucede en las matemáticas.

El método histórico es el método analítico fundado en el criterio testimonial. La historia estudia los acontecimientos pasados, los cuales no pueden reproducirse experimentalmente. El historiador que no ha podido observarlos por sí mismo, recurre para conocerlos al testimonio de los demás hombres.

Se llama testimonio el relato oral o escrito de los acontecimientos, hecho por los que los vieron u oyeron contar.

Antes de admitir un hecho histórico como verdadero hay que someterlo a la crítica histórica.

Se llama crítica histórica el juicio motivado que se hace sobre un hecho histórico. El historiador que va a ejercer la crítica debe despojarse de sus pre-

juicios y servirse únicamente de los principios inmutables de la razón para efectuarla; debe igualmente abstenerse de emplear en ella como criterio de verdad las doctrinas filosóficas y las opiniones científicas reinantes, porque éstas y aquéllas pueden conducirlo al error.

La crítica se refiere a los mismos hechos históricos o a los testigos, es decir, a su probidad, a su competencia y a su número.

Los hechos históricos han de ser verosímiles, fácilmente observables e importantes. Los testigos han de ser verídicos, entendidos en su arte, no demasiado crédulos, y si son varios, han de coincidir en lo principal del relato, aunque difieran en lo accesorio.

También ayudan a la investigación histórica los monumentos históricos y las inscripciones.

Después de bien establecidos los distintos hechos históricos, se analizan cuidadosamente y se infieren las leyes a ellos concernientes por la inducción.

La certeza histórica no es producida por la evidencia inmediata de la verdad histórica, sino por la evidencia mediata que proviene de la buena crítica. Tan ciertos estamos de cualquier acontecimiento histórico, de la batalla de Ayacucho, por ejemplo, como de un hecho físico, de que los cuerpos privados de sostén caen a la tierra, o de una verdad matemática, por ejemplo, que el área de un triángulo es el producto de la base por la mitad de la altura.

La lingüística, la economía política, el derecho, la política, el derecho de gentes y la geografía política emplean el mismo método que la historia.

Las ciencias metafísicas emplean como método fundamental el método analítico, tanto objetivo como subjetivo. Por el análisis subjetivo descubren las nociones fundamentales del ser, la unidad, la causa, la sustancia, el fin, la ley. Por el análisis objetivo se transportan las propiedades anteriores descubiertas por el análisis subjetivo a los demás seres por medio de la analogía.

Las demostraciones pueden hacerse por el método deductivo en cualquiera de las ciencias metafísicas y principalmente en la teodicea.

Tratado tercero
La estética

Capítulo primero
La belleza

Se llama estética la ciencia que estudia la belleza. La estética se divide en dos partes: la primera trata de la naturaleza de la belleza y de sus efectos; la segunda estudia el arte, que es la realización sensible de la belleza.

La belleza puede ser considerada subjetiva u objetivamente. La belleza considerada subjetivamente, es decir, en el sujeto que la conoce, se denomina también sentimiento estético; es el ideal de perfección, de excelencia y de esplendor que existe en la inteligencia. Se llama belleza objetiva o simplemente belleza, el esplendor del ser, que es aquella cualidad por la cual el ser es capaz de despertar el sentimiento de placer estético.

La contemplación de la belleza produce, pues, un vivo sentimiento de placer, el cual engendra a su vez un juicio estético; este juicio estético consiste en la afirmación de una relación entre la belleza y el sentimiento de placer experimentado. La repetición de estos actos de contemplación produce por abstracción la idea de la belleza, la cual es el concepto ideal que produce y perfecciona el sentimiento estético.

El sentimiento estético es desinteresado, universal y necesario. La belleza despierta en la inteligencia del que la contempla, imprescindiblemente, la admiración, junto con el placer y el deseo de que todos puedan conocerla y apreciarla. El placer producido reconoce aquí, como siempre, por causa del ejercicio de la actividad desarrollado de una manera poderosa y ordenada. No es la utilidad, ni tampoco la bondad que existe en los seres, lo que despierta el sentimiento estético, sino el esplendor de su forma constitutiva.

Como vemos, el origen de la idea de la belleza es doble: proviene en primer lugar de la experiencia, puesto que los objetos que nos producen el sentimiento de placer estético son los que van a suministrar la materia de los juicios estéticos; y proviene también de la razón, la cual interpreta los datos procurados por la experiencia y forma de ellos la idea abstracta y general de la belleza.

El placer estético, por consiguiente, es el resultado de toda la actividad humana puesta en movimiento por la presencia del objeto bello; primeramente de la sensibilidad, que experimenta la conmoción producida por el sentimiento de agrado y admiración despertados al contemplarlo; en seguida se manifiesta la acción de la voluntad, que lo apetece vivamente y desea que todos puedan gozarlo; y finalmente obra la razón, que lo encuentra conforme a la naturaleza humana, propio de ella, porque la belleza es sólo comprendida por los seres intelectuales, y, por consiguiente, afirma para siempre la conveniencia perfecta entre lo bello y el ideal abstracto de la belleza.

La belleza objetiva es el resultado de un conjunto de elementos propios del objeto, los cuales hallándose todos reunidos en él, le comunican una esplendidez especial, que despierta en el sujeto que lo admira aquel elevado y fino sentimiento de placer estético.

Los elementos constitutivos de la belleza son varios. En el objeto bello ha de existir la unidad en la variedad; unidad en el plan de la obra y variedad y riqueza de detalles en el conjunto.

La idea que el objeto de arte representa debe estar expresada con claridad y facilidad, y sin afectación ni exageración; debe tener grandeza y potencia,

y desplegar con lucimiento un orden y una armonía perfectos; y, finalmente, debe ser verdadera en grado sumo. Estos son los caracteres de perfección de los cuales resulta el esplendor de la belleza.

Lo sublime es distinto de lo bello. Para lo bello es indispensable una armonía completa, un perfecto equilibrio entre la grandeza y el orden. En lo sublime esa armonía está rota; hay predominancia del poder, de la grandeza, por lo cual lo sublime despierta casi siempre la idea de lo infinito. El mar tempestuoso es sublime. El ocaso del sol en el mar en bonanza es bellísimo.

Lo lindo también difiere de lo bello como lo sublime. En lo lindo, lo mismo que en lo gracioso, subsiste el orden, pero faltan la grandeza y la majestad. Lo gracioso se refiere más bien a los movimientos, a la actitud. Una linda flor. Un andar gracioso.

Lo verdadero no es bello, porque a lo verdadero le falta el esplendor propio de la belleza. Y la bondad difiere de la belleza, porque la bondad es una perfección extrínseca del ser, en tanto que la belleza es una perfección intrínseca.

Lo feo es lo contrario de lo bello. La fealdad es una carencia, es la falta de la armonía y del orden. Lo ridículo es lo feo en pequeño, es un pequeño desorden. Lo horrible es el sumo desorden.

Lo ridículo provoca la risa, la cual es una emoción explosiva de gozo, provocada por lo desproporcionado e inesperado. Es una manifestación exclusiva del hombre.

La sonrisa es esencialmente distinta de la risa. La sonrisa es la manifestación voluntaria y expresiva de un sentimiento del alma.

La belleza puede ser natural, artística o moral.

La belleza natural es la belleza genuina de los seres del universo. Una bella noche de verano. El bellísimo lago de Maracaibo.

La belleza artística es la que presentan las obras producidas por la imaginación creadora. El bello, el admirable cuadro del Purgatorio.

La belleza moral es la producida por los actos correspondientes a la voluntad libre. El perdón de las injurias, las obras de caridad son de una gran belleza moral.

Capítulo II
El arte

Se llama arte el conjunto de medios prácticos para hacer alguna obra. Se llaman artes estéticas o bellas artes el conjunto de reglas para la realización sensible de la belleza. Es artista el hombre que posee el sentimiento estético en grado eminente y sabe realizar el ideal.

El arte estético tiene múltiples manifestaciones; en realidad son varias artes, son las bellas artes. Dicho arte se sirve de las formas sensibles para realizar, para darle forma al ideal de la belleza; de donde se infiere que ha de haber subordinación de lo sensible a lo ideal.

Es ideal todo lo que pertenece a las ideas. El ideal artístico es la idea, es el tipo de belleza perfecta concebido por la imaginación creadora.

El ideal artístico se forma lentamente por varias operaciones sucesivas. Primeramente, la observación y el estudio de la naturaleza suministra a la memoria los distintos tipos de belleza natural que hay en el mundo. Después, la imaginación reúne estos tipos en uno solo y determinado, más perfecto, más ordenado y armonioso y de mayor potencia que los suministrados por la memoria. Finalmente, la imaginación creadora se apodera de este tipo de belleza y lo engrandece de una manera trascendental, dándole el supremo esplendor de la belleza ideal.

De esta manera han concebido los grandes artistas sus obras inmortales. Es sabido que Leonardo de Vinci estando para crear el incomparable fresco de *La última cena*, caminaba al azar continuamente, atormentado por la inspiración, estudiando la naturaleza en busca de los elementos de belleza esparcidos en

ella y que él necesitaba reunir para la composición de la gran obra artística que le estaba encomendada.

Una vez efectuada la composición artística ideal, se hace la realización de ella según las reglas propias de cada arte, guiadas por la inspiración del artista, la cual le sugiere el modo conveniente de emplearlas, para que la obra resulte conforme al ideal.

En esta realización el artista debe primeramente imitar la naturaleza en lo que ella tiene de elevado y bello, sin efectuar una imitación servil, antes por el contrario idealizándola, es decir, embelleciéndola sin desfigurarla; en segundo lugar debe elegir entre los seres naturales adecuados para su ideal, los de mayor potencia y los que presenten un orden y una armonía más perfectos.

Finalmente, el artista debe dotar su obra en vía de realizarse del esplendor característico de la belleza, subordinando siempre la imaginación a la razón, porque de esta subordinación han nacido todas las verdaderas obras maestras que constituyen el patrimonio artístico de la humanidad.

Aquellos hombres que han producido esas obras, son los verdaderos ingenios, son las altas cumbres salidas de la raza humana, que se destacan en el decurso de los siglos y que los demás hombres contemplan con entusiasmo. No son hombres de talento, porque el simple talento artístico es la facultad de comprender la belleza y de realizarla en una medida limitada; mientras que el ingenio artístico es la potencia completa, absoluta y ordenada de las facultades estéticas, en la comprensión y realización de la belleza.

Se llama gusto la facultad de apreciar lo bello, derivada de la razón y de la sensibilidad, y fundada en la misma naturaleza humana; por lo cual el gusto artístico es uno e inmutable.

El gusto preside siempre la composición de la obra artística, y le confiere la perfección necesaria. Lo que se llama variedad en el gusto no se refiere a su esencia, sino a la preferencia que se manifiesta por uno de los modos de realizar la belleza, entre los numerosos que pueden elegirse según las bellas artes.

Las bellas artes se dividen en dos clases: las bellas artes plásticas y las bellas artes fonéticas.

Las primeras se sirven de la forma y se aprecian por la vista; son la arquitectura, la escultura y la pintura. Las segundas emplean la palabra o los simples sonidos y se perciben por el oído: son la poesía y la música.

Todas las bellas artes tienen por objeto la concepción y la realización de la belleza, pero en igualdad de las demás circunstancias no todas lo hacen con la misma perfección. Por este respecto se clasifican partiendo de las más elevadas a las menos elevadas en perfección de la manera siguiente: la poesía, la música, la pintura, la escultura y la arquitectura.

La poesía es de todas las bellas artes la más excelsa, es el arte divino. Nada escapa a su jurisdicción; ella expresa en grado sublime la belleza toda, la belleza natural, la intelectual y la moral. Su instrumento, que es la palabra, es lo más bello que hay en el universo después del hombre. La poesía penetra hasta el fondo del alma humana, pone en movimiento todas sus actividades, y la engrandece, porque satisface todas sus aspiraciones artísticas.

Inmediatamente después de la poesía viene la música. Ella tiene el misterioso poder de expresar uno a uno todos los sentimientos, todas las pasiones que se anidan en el corazón del hombre; su lenguaje es entendido por todos en la expresión sentimental, y alcanza el supremo esplendor de la belleza al expresar el sentimiento religioso.

Estas dos artes se aprecian por el oído, por lo cual ha recibido este sentido la bella calificación de sentido estético.

La pintura ocupa la tercera grada en esa adamantina escala artística. Aunque silenciosa, expresa elocuentemente la belleza; su jurisdicción no es solamente la belleza sensible, sino que por medio de ella se levanta hasta la belleza intelectual y moral. Una obra maestra de pintura es semejante a un poema; contemplándola, el alma experimenta las grandes emociones que engendran el verdadero éxtasis estético.

La escultura viene enseguida. La escultura tiene la misión de realizar la belleza orgánica de todos los seres vivos. En ella muestra el hombre su poder creador, el cual alcanza a transformar la fría piedra en un ser palpitante de vida y en el cual se manifiesta el perfecto ideal de la belleza.

La arquitectura es de las bellas artes la que está encargada de manifestar la potencia y la magnificencia llena de orden y de armonía peculiares de la belleza. Sus elementos son las líneas y las formas geométricas; valiéndose de ellas, el artista llega a producir esas grandiosas e inmortales obras con que justamente se enorgullece la humanidad.

Tales son las bellas artes que tienen por fin inmediato la producción de la emoción estética por la realización de la belleza; pero que tienen además un fin último, mil veces superior al primero, el cual consiste en la elevación y el ennoblecimiento de los sentimientos del hombre.

El arte no puede nunca ni por ninguna causa, hacerse independiente de la moral, y prescindir de ella, porque la moral representa el orden esencial de las cosas y por ello mismo todas debe tenerlas sometidas a su imperio. El arte, por el contrario, debe prestar siempre a la moral un concurso positivo, puesto que la verdadera belleza, por la admiración que despierta, convida e incita a imitar y realizar las ideas que ella expresa, las cuales deben ser, por lo tanto, de naturaleza a elevar el alma y comunicarle nobles aspiraciones e ideales.

Para que una obra sea verdaderamente artística y por ello inmortal, es indispensable que produzca esos dos resultados. Cualquiera obra de arte, escultura, pintura o poesía, que despierte las bajas pasiones, las innobles pasiones del hombre, en una palabra, que sea opuesta a las leyes eternas e inmutables de la moral, no puede ser calificada de obra artística, porque no realiza el noble fin de la belleza ideal, que es: dar placer a la inteligencia y ennoblecerla.

Tratado cuarto
La moral

Capítulo primero
La moral general

Se llama moral la ciencia que estudia el bien en sí y las leyes que deben seguirse para practicarlo.

El bien es lo que conviene a la naturaleza racional del hombre y la perfecciona. El mal es lo contrario a la naturaleza racional del hombre. El bien es por su naturaleza conforme a la ley moral; es el ideal moral; y la distinción entre el bien y el mal es una distinción fundada radicalmente en la esencia de las cosas.

El deber, considerado subjetivamente, es la obligación de practicar el bien. Considerado objetivamente, es el mismo bien en cuanto hay que practicarlo.

La moral, como la estética, es una ciencia de lo ideal. Se dividen en dos partes, que son: la moral general, que estudia el deber en abstracto; y la moral aplicada, que determina el deber en los casos particulares.

Hay una facultad especial en la inteligencia que tiene por objeto el conocimiento del deber; esta facultad es la conciencia moral.

Se llama conciencia moral la facultad de conocer y distinguir el bien y el mal. Es la misma inteligencia en su grado más elevado denominada la razón

aplicada a discernir entre el bien y el mal, esto es, a investigar el orden que debe existir en los actos humanos; es la razón práctica.

El análisis de la conciencia moral revela en ella dos órdenes de operaciones, unas relativas a la inteligencia y otras a la sensibilidad.

Las operaciones de la conciencia moral intelectual son los juicios morales, esto es, los juicios que afirman la bondad o la maldad en un acto. Estos juicios constituyen la parte esencial de la conciencia.

Se verifican de la manera siguiente: antes del acto la conciencia lo considera para saber si es bueno o malo, o lo que es lo mismo, si es conforme o no al ideal moral. En seguida considera la necesidad moral de practicar el bien y rechazar el mal, o lo que es igual, reconoce la necesidad del deber. Finalmente combina los medios conducentes a la práctica del deber.

Después de cometido el acto continúa obrando la conciencia. Considera la obra practicada y juzga de nuevo si es buena o mala. Luego reconoce que aquella acción lleva consigo el mérito o el desmerecimiento, es decir, que determina una perfección y excelencia o una degradación moral. Después juzga que el bien merece el aumento de felicidad, o sea un premio, y que el mal pide una expiación dolorosa, la cual es el castigo.

Las operaciones de la conciencia moral sensitiva consisten en el conocimiento de los sentimientos de respeto y amor por el bien y de aversión por el mal, los cuales preceden al acto moral; y de los sentimientos de placer o de dolor que aparecen luego que se verifica dicho acto. El dolor consecutivo al acto malo se llama también remordimiento. Y se llama arrepentimiento el dolor voluntario por uno o varios actos malos, acompañado de la resolución de nunca más cometerlos.

La vista o el conocimiento de los actos de los demás hombres, producen la aparición de otros sentimientos: la simpatía, el respeto, la admiración, la indignación, el horror.

La conciencia moral en sus juicios primitivos y en sus deducciones inmediatas, o sea cuando señala el deber, es infalible; ella puede errar y yerra con frecuencia en la aplicación de las leyes morales o en los deberes particulares.

En este caso los errores de la conciencia son debidos al oscurecimiento que en ella producen las pasiones, las costumbres, el mal ejemplo, la ignorancia y hasta las leyes humanas, muchas veces contrarias al orden moral.

Se llama moralidad aquella propiedad que tienen los actos humanos de ser buenos o malos. La moralidad depende en primer lugar de la libertad de albedrío, sin la cual todos los actos serían indiferentes. En segundo lugar depende la moralidad de la intención del que obra, esto es, de la resolución involuntaria de obrar bien o mal. En tercer lugar depende del acto mismo, que puede ser bueno, malo o indiferente.

La intención da un valor moral más o menos grande a los actos, según es más o menos elevada y pura. Una obra indiferente en sí, si va acompañada de una intención buena o mala, se vuelve buena o mala igualmente. Hacer una visita es una acción indiferente en sí; hacerla con la intención de dar con ella un consuelo al visitado, es una obra muy laudable; el hacerla con el fin de humillarlo sería vituperable.

Hasta una acción mala en sí, hecha con buena intención, se vuelve buena, si su autor ignora invenciblemente que sea mala. De lo cual se deduce que sin la intención, las acciones pierden todo valor moral y se vuelven actos puramente materiales.

Se llama ley, una regla fija para ejecutar una clase de actos.

La ley supone un legislador del cual se deriva. La ley puede ser física o moral. La ley física es el resultado de la tercera operación del método experimental; es la relación que establece correspondencia entre los fenómenos naturales.

La ley moral es la regla que debe dirigir los actos del ser inteligente y libre. La ley moral tiene por fundamento el bien racional, el bien en sí mismo, esto es, todo lo que es conforme a la naturaleza racional del hombre. Por lo cual la ley moral es imperativa, absoluta e irreformable, universal, clara y práctica.

La ley civil es la que emana de la autoridad social y asegura a los miembros de la sociedad sus derechos naturales. La ley civil debe ser justa, conforme al bien público y ha de estar notificada; entonces es obligatoria.

La ley eterna es la voluntad de Dios que ordena la conservación del orden esencial de lo creado.

La ley natural es el orden esencial de las cosas conocido por la conciencia. La ley natural está, pues, grabada en la conciencia del hombre; es la misma ley moral, puesto que la regla que dirige los actos del ser inteligente y libre tiene por objeto la conservación del orden esencial de las cosas dispuesto por Dios.

La ley positiva es la que ha sido calificada como tal por la voluntad expresa del legislador.

El bien racional es, pues, todo lo que es conforme a la naturaleza racional del hombre y la perfecciona. La idea del bien es una noción primera y es formada por la razón auxiliada por la experiencia.

El ideal moral puede reducirse a la idea de perfección moral, la cual está constituida por las ideas de ser y de orden. De suerte que la perfección del hombre consiste en el desarrollo total de sus facultades guiadas por la razón; y por esta razón el bien es aquello que contribuye a la perfección del ser del hombre, mientras que el mal es la carencia de la debida perfección.

El hombre es un ser racional y libre; y es también un ser moral, es decir, capaz del bien y del mal. De estos atributos se derivan la personalidad humana, la responsabilidad, el mérito, el demérito, la sanción y la virtud.

Se llama persona humana el hombre considerado como individuo racional y libre. Los minerales, las plantas, los animales, no son personas, sino simplemente cosas. Sólo el hombre tiene el carácter de la personalidad, porque sólo él tiene en su naturaleza racional el conocimiento y los móviles de sus actos y la libertad de ejecutarlos.

De este carácter de la personalidad, se deduce que el hombre tiene deberes que llenar, y estos deberes le producen la responsabilidad, que es la obligación de dar cuenta siempre de sus acciones y en ciertos casos de las ajenas.

La responsabilidad es de dos clases: la responsabilidad moral y la responsabilidad legal.

La responsabilidad moral es la obligación de dar cuenta de sus actos libres delante de Dios. La responsabilidad legal es la obligación de dar cuenta de las infracciones de las leyes, delante de los tribunales competentes.

La primera se refiere a todos los actos humanos exteriores o internos, conocidos o ignorados de los demás; esta responsabilidad carece muchas veces de sanción en el mundo. La segunda comprende sólo los actos ejecutados en contra de lo mandado por las leyes civiles.

Se llama mérito el aumento voluntario del valor moral, y el consiguiente derecho al aumento de felicidad. El demérito es la disminución voluntaria del mismo valor moral, con la desdicha consiguiente.

La conciencia moral manifiesta evidentemente la existencia del mérito y del demérito, como derivados del orden moral; de suerte que el bien sin mérito y el mal sin demérito vendrían a ser el colmo del desorden.

Son factores del mérito: la importancia del deber, las dificultades que ofrece su cumplimiento y principalmente la pureza de intención. Inversamente, son factores del demérito la misma importancia del deber que se violó, la facilidad que había para cumplirlo y la mala intención.

Se llama sanción la recompensa o la pena debidas al cumplimiento o a la violación de la ley. Se llama recompensa el premio que se da al mérito. El salario es el precio que se paga por un servicio. La pena es el sufrimiento impuesto por una obra mala.

La sanción tiene por fundamento la justicia y es exigida por la conciencia. Hay la sanción legal, que son las recompensas y los castigos dictados por las leyes humanas. La sanción social, que es la buena o mala reputación. La sanción moral, que es la satisfacción o el remordimiento de la conciencia. Todas estas sanciones son insuficientes y muchas veces injustas, de suerte que para que el orden moral subsista, es indispensable la sanción de la vida futura, en donde pueda cada uno, juzgado por un juez infinitamente sabio, justo y poderoso, recibir el premio o castigo conforme a sus obras.

Se llama virtud aquella disposición constante al cumplimiento del deber con inteligencia, amor y libertad. La virtud exige la práctica reiterada, porque es evidente que un solo acto bueno no engendra la virtud; debe haber

el conocimiento del bien, es necesario amarlo como tal, y tener la voluntad de ejecutarlo.

Se dividen las virtudes en virtudes individuales, sociales y religiosas; individuales, como el valor o la fortaleza, la temperancia, la castidad; sociales, como la caridad, la justicia, la bondad; y religiosas, como la piedad, la esperanza, la fe.

Se llama derecho el poder moral inviolable de hacer, omitir o exigir alguna cosa. Como para el deber, el fundamento del derecho es el bien racional o bien moral, lo conforme al orden esencial de las cosas.

Ambas ideas, la del derecho y la del deber, son correlativas; pero el derecho es un poder, mientras que el deber es una obligación; puede abandonarse un derecho, jamás un deber.

En el hombre el deber es la razón de ser del derecho, de manera que el hombre tiene deberes, antes de tener derechos; pero tratándose de personas diferentes, el derecho es anterior, puesto que el deber consiste en respetar el derecho ajeno.

El derecho puede ser de dos maneras distintas, a saber: el derecho natural y el derecho positivo. El derecho natural es el que deriva de la esencia misma del hombre. El derecho positivo es el creado por las leyes.

El derecho natural es igual para todos los hombres; es universal, es decir, que es el mismo para todos sin tener en cuenta las nacionalidades; y es absoluto, lo cual significa que no puede ser menoscabado ni abdicado.

El derecho natural es el derecho imprescindible que tiene todo hombre de realizar sus destinos, y principalmente sus destinos inmortales. A este derecho pertenecen estos otros tres, que son: el derecho de conservación de la vida; el derecho de obedecer a la conciencia, y el derecho de ejercer el hombre lícitamente sus facultades.

El derecho positivo varía con los distintos pueblos y en las distintas épocas; es especial o particular; y no puede en ningún caso, ni por ningún motivo, limitar el derecho natural.

El principio y fundamento de la moral es, pues, el bien racional, esto, es, todo aquello que conviene a la naturaleza racional del hombre y la perfecciona; es la doctrina de la sana filosofía dada por Santo Tomás. Se han dado otros fundamentos erróneos de la moral, que son los siguientes:

La moral estoica de Zenón: la virtud consiste en vivir conforme a la naturaleza y en armonía con nuestros semejantes y con el universo; fuera de la virtud nada tiene valor; la virtud es el único bien y nos sirve de recompensa; para ser virtuoso es necesario no tener pasiones, ser impasible.

El estetismo de Platón: la suprema belleza es Dios y el deber consiste en hacernos semejantes a él; la moral tiene por fundamento el amor de lo bello.

El eudemonismo racional de Aristóteles: la moral tiene por fundamento la felicidad racional, todo lo que place a la inteligencia.

La ataraxia de Epicuro: la moral reposa en el placer no tanto de los sentidos como de la inteligencia.

El hedonismo de Arístipo: el fundamento de la moral es todo lo que place a los sentidos.

La moral de la benevolencia de Hutcheson: el principio de la moral es el instinto de benevolencia que hay en todo hombre.

La moral de simpatía de Adam Smith: toda acción que excita y produce simpatía es buena, y mala la que hace nacer la antipatía.

El utilitarismo de Bentham: la utilidad y el placer son el fundamento del deber; la felicidad consiste en tener la mayor suma de placeres y la menor de dolores.

El utilitarismo rectificado de Stuart Mill: la felicidad consiste en la mayor suma de placeres, pero nobles y elevados; los placeres de la inteligencia y del corazón, antes que los de los sentidos.

El egoaltruismo de Spencer: la moral tiene por fundamento el bien del hombre y el de la especie humana.

El altruismo de Comte: la moral sirve para enseñar a los hombres a vivir del sacrificio y del desinterés; debemos vivir para los demás.

La satisfacción moral de Rousseau, o sea la moral del sentimiento: es bueno todo lo que agrada a la conciencia y malo lo que desagrada.

El respeto a la ley de Kant: el principio de la moral es la obediencia a la ley, no por amor, sino por respeto.

Capítulo II
La moral aplicada

Se llama moral aplicada la ciencia que estudia los deberes en particular.

Los deberes por sí mismos, se dividen en positivos y negativos. Son deberes positivos los que marcan una obligación o prescriben un acto: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu mente.

Los deberes negativos son los que establecen una prohibición: no debes levantar falso testimonio ni mentir.

Los deberes según el objeto se dividen en deberes personales, deberes sociales y deberes religiosos. x

El hombre sólo tiene estas tres clases de deberes. No tiene deberes para con los animales, porque los animales no son personas, sino cosas, que existen únicamente para bien del hombre, y de los cuales él puede disponer libremente. No debe maltratarlos, no porque tenga deberes para con ellos, sino porque el maltratarlos constituye una falta contra la dignidad humana.

Los deberes personales reposan en la dignidad de la persona humana y en su perfectibilidad. El hombre porque es un ser racional, tiene una gran dignidad, es superior a todos los otros seres del mundo; por ello está obligado a respetarse en todos sus actos, y a desarrollar sus facultades, acercándose mientras vive, en lo posible, al ideal de perfección moral.

Se dividen los deberes personales, en deberes relativos al cuerpo y relativos al alma.

Los deberes que se refieren al cuerpo son: el deber de conservar la salud y el de conservar la vida. El cuidado de la salud no debe parar en pusilanimidad. La conservación de la vida obliga a no atentar contra ella; de suerte que el suicida quebranta este gran precepto de la moral personal; y obliga también a la conservación de todos los miembros del cuerpo.

Hay casos en que el hombre tiene el deber de arriesgar, y hasta de sacrificar la vida. El soldado, en el campo de batalla; el médico y el sacerdote, durante las epidemias; y todos los hombres están en el imprescindible deber de sacrificar la vida, antes que perder la virtud de ofender a Dios.

Los deberes relativos al alma se refieren a la sensibilidad, a la inteligencia y a la voluntad. Hay que subordinar la sensibilidad a la inteligencia siempre y en todo, y moderar el apetito de los bienes sensibles por la templanza. Debe el hombre desarrollar su inteligencia y acostumbrarla a la verdad, dirigiéndola según la ley moral; evitando rigurosamente la ignorancia, la mentira, la hipocresía y los respetos humanos, esforzándose por admitir la verdadera sabiduría.

El grande, el imprescindible deber del hombre para con su inteligencia, es el de evitar el error. La vida entera debe consagrarla a defenderse de tan incomparable mal, luchando sin descanso para no dejarse invadir por los innumerables sofismas que corren por el mundo.

El error nunca o casi nunca es un mal limitado y personal, sino que es contagioso y difusible, y por ello capaz de envenenar muchas inteligencias, las cuales se vuelven inútiles para el bien, que sólo puede venir de la verdad.

Los deberes relativos a la voluntad se refieren a la educación que todo hombre debe hacer de ella para enderezarla a la adquisición del bien nacional, guiándose por la ley moral y no menoscabando su libertad al dejarse dominar por las pasiones, antes bien tratando de posesionarse de la virtud de fortaleza.

Se llaman deberes sociales los deberes del hombre para con sus semejantes. Se dividen en deberes para con todos los hombres en general, deberes domésticos, deberes cívicos y deberes internacionales.

Los deberes para con los demás hombres se refieren a la justicia y a la caridad. Los deberes de justicia consisten en respetar el derecho ajeno. Son relativos a la vida, al alma y a los bienes.

Los deberes relativos a la vida exigen el respeto a la vida de los demás; prohíben el duelo y el homicidio en todas sus fases, permitiéndolo sólo en el caso de defensa de la vida propia, contra una agresión actual e injusta; y permitiéndose también la guerra por causa justa y grave, hecha conforme al derecho natural y al derecho de gentes.

La sociedad tiene el derecho de castigar a los culpables de las infracciones legales, porque tiene el deber de defenderse, y además para corregir al culpable, y para la reparación de la justicia y del orden violados. Nuestra ley, por la voluntad expresa y definitiva de la nación, garantiza la inviolabilidad de la vida. Puede ser que la sociedad tenga el derecho de dictar la pena capital; pero ningún venezolano quiere tener, por ningún respecto, en su país, legalmente establecido el espectáculo sangriento del cadalso.

Los deberes concernientes al alma de los demás se refieren a la sensibilidad: no se debe injuriar, ofender, escandalizar a nadie; a la inteligencia: no debe enseñarse nunca el error; debe, por el contrario, darse a todos la instrucción intelectual y moral; a la voluntad: debe respetarse la voluntad ajena en las operaciones legítimas, y concedérsele todas las libertades honestas, como son, la libertad del pensamiento y de la conciencia y la libertad de la persona humana, por consiguiente, abolición de la esclavitud.

Los deberes relativos a los bienes son los pertenecientes al derecho de propiedad. Se llama propiedad el derecho de gozar y de disponer totalmente de lo que se tiene. Como el derecho de propiedad se funda en la naturaleza misma del hombre, en el trabajo y en la ocupación de aquellos bienes sin dueño, a las leyes sólo les toca protegerlos contra el robo y regularizar su uso en favor del bien común.

A los deberes sociales pertenecen los deberes familiares. El fundamento de la familia cristiana es el matrimonio, el cual no es un simple con-

trato, sino un contrato elevado a la dignidad de sacramento que une al hombre con la mujer de una manera absolutamente indisoluble, mientras viven ambos. El marido y la mujer se deben fidelidad y buen trato; a los hijos deben alimentarlos, educarlos e instruirlos. Los hijos deben a sus padres amor, respeto y obediencia. Los jefes de familia deben a las personas de su servicio buen trato, buen ejemplo y exactitud en el pago del salario. Las personas del servicio deben a los dueños de la casa obediencia y fidelidad.

Los deberes cívicos se refieren a la constitución de la sociedad. La sociedad es una agrupación de personas hecha para un fin determinado. La sociedad civil es la reunión de individuos para la prosperidad común, bajo la dirección de una autoridad.

La nación es la asociación de las personas a causa de tener un mismo origen y un mismo territorio, unos mismos sentimientos e ideales y unas mismas costumbres. La patria es la nación junto con su territorio, subsistiendo durante los siglos en la unidad de su historia.

La autoridad considerada en general, deriva de la naturaleza esencial de la sociedad, y consiguientemente depende de la voluntad de Dios, Señor de todas las sociedades. Dios transmite su jurisdicción a la sociedad con el fin de que el orden sea conservado.

La autoridad considerada en cada caso particular, o sea la autoridad concreta, depende de la libre voluntad nacional, que tiene, en virtud de aquella jurisdicción recibida, el derecho de darse la forma de Gobierno que satisfaga sus aspiraciones; esto es lo que constituye la soberanía nacional.

En el Gobierno hay tres clases de poderes: el Legislativo, que hace las leyes; el Ejecutivo, que vigila por el cumplimiento de ellas, y el Judicial, que aplica la ley en los casos particulares.

Los deberes internacionales son los correspondientes a las relaciones que deben existir entre los distintos países; de estos deberes deriva el derecho internacional. Las naciones deben respetar mutuamente su independencia

y su territorio deben ser fieles a sus tratados; no deben hacer la guerra sino por una causa justa y deben ayudarse en la obra de la civilización.

Los deberes religiosos del hombre, son sus deberes para con Dios. Se fundan en la creencia de que Dios existe y es el Creador del mundo, y en la creencia de que existe el alma. La práctica de estos deberes constituye el culto, el cual es privado o público. El culto privado es el amor a Dios y la oración. El culto público es el que se le tributa a Dios en nombre de la nación.

En resumen, podemos decir que la moral aplicada está comprendida en este doble precepto: debemos amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos.

Libro segundo

Las ciencias metafísicas

Tratado primero
La ontología

Capítulo primero
Del ser

Se llama metafísica el estudio de las razones superiores de los seres.

Los antiguos la definían: la filosofía primera; el estudio de los primeros principios y de las primeras causas.

La metafísica comprende varias ciencias, que son: la metafísica general u ontología, la teología racional o teodicea, la psicología racional y la cosmología racional.

La ontología es la ciencia que estudia el ser y los primeros principios considerados en abstracto. es la ciencia de los principios de toda existencia y de todo conocimiento.

la ontología trata en primer lugar del ser o ente considerado en su esencia y sus propiedades, de las distintas clases de seres y de sus causas. En segundo lugar estudia el valor del conocimiento.

Se llama ser todo lo que existe, puede existir o concebirse. La idea de ser es ciertamente indefinible, porque su extensión es la mayor entre todas, pues ella se aplica a todos los seres reales o posibles; y su comprensión es la menor, pues no tiene sino un solo elemento que es el de ser.

El ser puede tener diferentes modos: puede ser posible o real, potencial o actual.

Se llama ser posible el que es capaz de existir o no repugna a la existencia. El ser real es el que existe.

El ser potencial o virtual es el ser existente de una manera incompleta, que en cualquier momento puede recibir la perfección que le falta. Cavidad virtual. Espacio virtual.

El ser actual es el que existe en toda su perfección.

La nada es la negación de la existencia y hasta de la posibilidad de existir; por eso se define: lo que no existe y ni siquiera pueda existir. La nada es el no ser.

Se llama ser de razón el que no existe sino en el pensamiento por no tener entidad propia; son seres de razón las ideas, los juicios, los raciocinios, que sólo existen en la mente; o las ficciones, como el centauro, el fénix.

En el ser hay que considerar la esencia, la sustancia y el accidente.

Se llama esencia lo que constituye el ser; aquello por lo cual un ser es lo que es.

La esencia es, pues, el origen de todas las perfecciones del ser y lo que distingue un ser de otro; conocida la esencia de un ser se tiene de él un conocimiento perfecto.

Con excepción de la esencia divina, que es absolutamente simple, las demás esencias son compuestas de varios elementos indisolublemente unidos; en este caso ninguno de los elementos puede cambiar ni ser suprimido, porque la supresión o el cambio de él arrastraría la destrucción de la esencia; de donde se deduce que las esencias son inmutables: la esencia del hombre es el ser animal racional, y cualquiera de los dos elementos, animal o racional, que se suprimiera o se cambiara, destruiría la esencia humana.

Las esencias son necesarias; fuera de la esencia divina, las demás esencias no son necesarias de una manera absoluta, esto es, pueden o no existir; pero son necesarias en el sentido de que una vez existentes no pueden ser otra cosa que lo que son.

Se llama existencia la realización de la esencia. En los seres creados la esencia es, pues, distinta de la existencia.

Se llama naturaleza el principio de las operaciones del ser; es la misma esencia en cuanto se la considera en actividad. La naturaleza humana es la

esencia del hombre considerada como principio de las actividades sensitivas, intelectuales y voluntarias; la naturaleza del animal es su esencia considerada también como principio de las actividades sensitivas y vegetativas que le son propias.

La sustancia es lo que existe en sí. Las sustancias pueden ser materiales o espirituales. Las sustancias materiales son las que forman los cuerpos del universo. Las sustancias espirituales son las sustancias simples inteligentes y libres. Las sustancias son, pues, múltiples, es decir, distintas entre sí; cada una tiene su existencia propia, son individuales.

Las sustancias pueden ser completas e incompletas. Se llama sustancia completa la que tiene subsistencia en sí, no estando destinada a unirse a otra sustancia: la sustancia del oro, la del sol, la de la planta, la del hombre. La sustancia incompleta es la que está destinada a unirse a otra sustancia para formar un todo sustancial completo.

El alma y el cuerpo en el hombre considerados separadamente son sustancias incompletas, pues necesitan reunirse para formar el todo sustancial llamado hombre. El cloro y el sodio considerados en sí mismos son sustancias completas; considerados en el cloruro de sodio son sustancias incompletas porque deben unirse parta formar el todo sustancial, o sea, el cuerpo químico llamado cloruro de sodio.

Las sustancias son el sujeto de los accidentes. Se llama accidente todo lo que existe en otro como en un sujeto en el estado natural. Los accidentes son variables y particulares; los principios son la cualidad, la cantidad, la relación, el modo.

La esencia existe tanto en el ser sustancial como en el accidental.

El ser tiene propiedades esenciales que también se han llamado trascendentales; son: la unidad, la verdad, la bondad.

La unidad es la carencia de división. Tanto los seres simples como los compuestos están dotados de unidad; en los seres compuestos las partes unidas entre sí forman un todo único que es el ser.

La verdad es la conformidad del ser con el pensamiento que de él se tiene; un ser es verdadero siempre que esté conforme con la idea que representa su naturaleza. Todo ser en sí mismo es verdadero.

La bondad puede ser intrínseca o extrínseca al ser. La bondad intrínseca es la perfección o la integridad del ser. La bondad extrínseca es lo que conviene a los demás seres o los perfecciona. La bondad es una propiedad común de los seres; todo ser es bueno en sí. El mal es la ausencia de alguna cualidad natural de un ser; el mal es relativo y consiste en una imperfección o en una privación accidental.

Puede haber distintas clases de seres. Ser finito o infinito; ser simple o compuesto; ser necesario o contingente; ser mudable o inmutable; ser perfecto o imperfecto; ser temporal o eterno; ser relativo o absoluto. Estas nociones son contradictorias, por lo cual no pueden coexistir en el mismo ser.

Se llama ser finito el que tiene límites; infinito el que carece de límites; ser indefinido es el ser finito cuyos límites no están determinados.

Entre el ser finito y el infinito no hay medida ni proporción; son contradictorios. El número es finito; el espacio es finito; podrá formarse un número indefinido, es decir, cuyos límites sean cada vez más lejanos, pero siempre tendrá un límite en el concepto, y, por consiguiente, siempre será finito. Igual cosa puede decirse del espacio, que podrá ser indefinido, más no infinito.

La razón por la cual parece que un número o un espacio muy grandes son infinitos, es la siguiente: la idea del ser infinito la obtiene la inteligencia formando primeramente la del ser finito y luego privándolo de sus límites, con lo cual se tiene una idea imperfecta y negativa del infinito, la cual en realidad es una idea esencialmente positiva.

El ser simple es el que carece de partes, es el que tiene unidad intrínseca de constitución; el ser compuesto es el que tiene cantidad o partes.

El ser necesario es el que existe por sí mismo, y no puede dejar de existir por tener en sí mismo la razón de su existencia; el ser contingente es el que puede

o no existir o podría existir de otra manera por no tener en sí mismo la razón de su existencia.

El ser mudable es el que por naturaleza tiene la posibilidad de variar; el ser inmutable es el que por su naturaleza ni cambia ni puede cambiar.

El ser perfecto es aquel al cual nada le falta ni le sobra; el ser imperfecto es el que está incompleto o le sobra algo.

El ser temporal es el que tiene una existencia limitada; el ser eterno es el que no tiene principio ni fin y escapa a las vicisitudes del tiempo, es decir, que no tiene pasado ni porvenir, sino que para él todo es presente. Como la idea del ser infinito, la idea del ser eterno es superior a la razón, es inefable.

El ser relativo es el que tiene causa eficiente; el ser absoluto es el que carece de causa eficiente. El ser absoluto es el ser simple, infinito, necesario, inmutable, perfecto y eterno; es Dios.

Los principios derivados de la idea de ser son tres; el principio de identidad: lo que es, es; lo que no es, no es; el principio de contradicción: es imposible que una cosa sea y no sea a la vez; el principio de alternativa: una cosa es o no es; estos dos últimos derivan del principio de identidad.

De la idea de ser deriva igualmente la idea de causa, porque todo ser relativo es sustancia en tanto que es el sujeto permanente de ciertas modificaciones y causa en cuanto es capaz de ciertos efectos; igualmente, el ser absoluto es sustancia porque existe en sí, y es causa eficiente de los otros seres.

La noción de causa puede concebirse de dos maneras: la concepción metafísica y la concepción científica. Científicamente la causa es el antecedente constante e invariable de cualquier fenómeno. Metafísicamente la causa es el ser que por su actividad produce algún efecto, entendiendo por efecto cualquier resultado considerado con relación a la causa.

Se llama causa eficiente la causa productora de un fenómeno. La causa final es la que produce un efecto previsto y determinado de antemano. La causa primera es la causa eficiente de todo cuanto existe; es Dios. Las causas segundas son las causas creadas.

De la idea de causa derivan dos principios; el de causalidad: todo lo que sucede o comienza a existir tiene una causa; y el de razón: todo lo que existe tiene su razón.

Se llama principio aquello por lo cual una cosa es, se hace o se conoce. El principio es más general que la causa, la cual exige dependencia del fenómeno producido, mientras que el principio supone además prioridad de naturaleza o de tiempo.

Se llaman elementos los primeros componentes interiores de una cosa. Y se llama razón suficiente de un ser los principios, las causas y los elementos esenciales de él.

Capítulo II
La crítica del conocimiento

Es evidente que existen muchas verdades, y que la inteligencia humana puede conocerlas con certeza y tener de ellas un conocimiento objetivo.

Esta verdad de que la inteligencia es capaz de un conocimiento objetivo, no se puede demostrar, mas se impone por su evidencia. Ella constituye el fundamento de la ciencia, puesto que si la verdad objetiva no pudiera conocerse no podría tampoco la ciencia existir, y mucho menos la ciencia experimental, que es esencialmente objetiva.

La psicología enseña que hay tres modos intrínsecos del conocimiento, a saber: el conocimiento sensitivo, el conocimiento intelectual y el conocimiento racional.

Se llama conocimiento sensitivo el que se adquiere por los sentidos, y se denomina percepción externa.

El conocimiento sensitivo suministra el conocimiento de las cosas materiales, de los cuerpos del mundo, de una manera concreta y particular. Los muestra subsistentes, lo cual quiere decir que conocemos existen fuera de nosotros los dichos cuerpos materiales; este conocimiento es más bien una concepción que una verdadera percepción; concebimos, pues, la existencia de los objetos exteriores y sus cualidades, esto es, las dimensiones de la forma, el color, el sabor, el olor, la situación, el estado físico de dichos objetos.

El conocimiento intelectual es el que sirve para suministrarnos el conocimiento de los mismos seres materiales del mundo, pero de una manera abstracta y universal; este conocimiento constituye el principal conocimiento del hombre; por él se adquieren las ideas de todo cuanto existe en el mundo material y el conocimiento de las esencias de los mismos cuerpos existentes.

Al conocimiento intelectual pertenece el suministrado por la conciencia, el cual puede ser inmediato o intuitivo y mediato o reflexivo. Por la conciencia se adquiere el conocimiento de los fenómenos psicológicos.

El conocimiento racional es el que se efectúa por los primeros principios y por las nociones primeras; por él adquiere el hombre el conocimiento de todo lo que es inteligible; de la esencia y la naturaleza de todo los extrasensible e inmaterial; llega a conocer la naturaleza del alma y se eleva hasta conocer a Dios.

Además de estos modos intrínsecos de adquirir el conocimiento, hay un modo extrínseco y superior de alcanzarlo, que es por la revelación. Se llama revelación la manifestación de la verdad hecha a la inteligencia del hombre por otro ser inteligente. El que no ha estado en Italia sabe que existe Turín porque se lo han dicho, esto es, se lo han revelado. El que enseña una materia científica cualquiera, la revela a sus oyentes.

La revelación sobrenatural es la revelación hecha al hombre por Dios. Esta revelación comprende las verdades relativas a los destinos futuros, a los destinos inmortales del hombre, las cuales no pueden ser adquiridas por la investigación científica.

Estos cuatro modos de conocer le suministran al hombre todo el caudal de su saber: el conocimiento cierto de la existencia del mundo exterior, y de las propiedades permanentes de los cuerpos que constituyen su esencia; el conocimiento de los fenómenos psicológicos y el de la existencia real del alma; el conocimiento de las nociones primeras, de los primeros principios y de la esencia y la naturaleza de lo inmaterial y extrasensible.

Contra esta creencia en la aptitud del entendimiento para conocer la verdad, que es el fundamento de la doctrina filosófica llamada dogmatismo, se han establecido dos doctrinas erróneas denominadas el escepticismo y el idealismo.

El escepticismo puede ser absoluto o relativo; el escepticismo absoluto se llama pirronismo y el relativo se denomina probabilismo.

El pirronismo sostiene que es imposible conocer ninguna verdad, porque al conocer una tendríamos que conocerlas todas, estando unidas las unas a

otras y sometidas al determinismo; y que, por lo tanto, al engañarnos una vez no tendríamos la seguridad de no estar siempre engañados. Además la razón no podría demostrar que conoce la verdad, porque al hacer esa demostración daría por sentado que la conoce.

El error del pirronismo consiste en suponer, pues, que todo lo que no puede demostrarse es incierto. En realidad, lo más cierto que hay son las verdades primeras, las cuales son indemostrables y evidentes. Supone que al conocer una verdad habría que conocerlas todas por estar encadenadas por el determinismo. Pero si la inteligencia conoce esa afirmación como una verdad, puede, pues, conocer algunas verdades. Supone que el espíritu humano se engaña a veces, luego nunca tendrá la seguridad de no estar siempre engañado. Pero al conocer que alguna vez se engaña es porque conoce que a veces no se engaña, es decir, que entonces conoce la verdad de una manera cierta.

El probabilismo sostiene que todo conocimiento es incierto, que sólo pueden obtenerse verdades probables. Esta doctrina puede admitirse en las ciencias que no son exactas, como en las ciencias físicas y naturales, en ciertos límites, porque viene a ser semejante a la duda metódica de Descartes.

El idealismo niega la realidad objetiva del conocimiento, al cual le atribuye solamente un valor subjetivo. Ha revestido varias formas: el idealismo sensible de Berkeley; el positivismo de Comte; el relativismo de Hume; el criticismo de Kant y el neocriticismo de Renouvier.

El idealismo sensible niega la objetividad de las verdades sensibles y afirma que los cuerpos del mundo son una pura ficción metafísica. Lo cierto es que las cualidades sensibles son el signo de los cuerpos que existen fuera de nosotros, porque si no hubiera cuerpos, no tendríamos sensaciones.

El positivismo afirma la imposibilidad de conocer las sustancias, las causas y los fines en la naturaleza y sostiene que el objeto de la inteligencia son los hechos y las leyes. Es la proscripción de la metafísica; pero el empleo de la experimentación, de la inducción, de la deducción, son imposibles sin los

primeros principios, es decir, sin la metafísica, de donde se deduce que sin la metafísica no hay ciencia posible.

El relativismo o fenomenismo niega la realidad objetiva de los cuerpos, niega también la noción de sustancia y la de causa, y sostiene que la inteligencia no puede conocer ninguna verdad absoluta, ni tener ningún conocimiento que no sea relativo a las impresiones sensibles. Es evidente que conocemos verdades absolutas, como son las verdades matemáticas, y es evidente que tenemos algunos conocimientos absolutos, por ejemplo, tenemos conocido el triángulo de una manera perfecta, nada más se puede saber de él; pero también es cierto que la mayor parte de nuestros conocimientos son relativos.

El criticismo de Kant es una teoría según la cual la razón pura es absolutamente incapaz de ningún conocimiento objetivo, sino que sólo puede tener conocimientos subjetivos; mientras que la razón práctica puede deducir y conocer ciertas verdades, como el deber, el cual es un imperativo categórico, es decir, que se impone a la razón práctica, y como consecuencia de él puede conocer también la libertad moral, la inmortalidad del alma, la existencia de Dios. Es el criticismo un idealismo trascendental; pero si fuera cierto, las ciencias físicas y naturales estarían fundadas sobre apariencias puramente subjetivas, sin ningún fundamento real, lo cual es evidentemente falso.

El neocriticismo de Renouvier y de Lequier afirma que el libre albedrío es el fundamento de la moral y de la ciencia y en general de todo conocimiento. Pero en este caso la verdad y la ciencia no dependerían sino de la voluntad y no de la inteligencia, lo cual es evidentemente falso y conduce al escepticismo.

En resumen, todas estas teorías, negándole a la razón la facultad de conocer la verdad, niegan la ciencia y hasta la posibilidad de ella; sólo el dogmatismo se coloca en el terreno de la realidad y presta un fundamento sólido a la investigación científica, de tal suerte que aun los que profesan aquellas teorías en la especulación, vense obligados, si quieren ser verdaderos hombres de ciencia, a admitir en la práctica el dogmatismo.

Tratado segundo
Teología racional o teodicea

Capítulo primero
Existencia de Dios

La Teodicea es la ciencia que estudia a Dios racionalmente.

El ser absoluto, esto es, el ser simple, infinito, necesario, inmutable, perfecto y eterno, no puede ser conocido por la razón de una manera adecuada; el conocimiento de Dios es un conocimiento superior a la razón humana, de suerte que la Teodicea nos suministra solamente una idea aproximada de Él.

El es el ser esencialmente simple, y nuestra razón para comprenderlo tiene que considerarlo por nociones separadas y aisladas. De manera que la idea de Dios la reducimos a estas tres nociones: la noción de la existencia absoluta, la de la esencia perfecta y la de la causa primera universal.

Dios es la causa primera, la causa eficiente de todo cuanto existe, y todo lo que existe, por Él fue creado de la nada. Las ideas según las cuales había de verificarse la creación fueron tomadas del mismo ser divino, puesto que antes de la creación nada existía fuera de Dios; de suerte que las criaturas vinieron a reflejar los atributo divinos, por lo cual es cierto que no solamente es Dios la causa eficiente, sino la causa ejemplar de todo cuanto existe.

La cosas creadas es también evidente que han sido creadas para Dios, porque cualquiera otro fin supondría la existencia anterior a la creación de otro ser distinto de Dios, para el cual habría de ser creado el mundo, lo cual es evidentemente absurdo; por consiguiente, Dios es la causa final de todo o creado.

La esencia divina es la esencia perfecta. Es absolutamente simple y espiritual, de suerte que carece de composición metafísica: no hay en ella potencia y acto, sustancia y accidentes; carece de composición lógica, es decir, no hay en ella género y diferencia; y carece de composición física, de suerte que no es cuerpo material, sino puro espíritu, una naturaleza intelectual simple.

En Dios no hay distinción real entre la esencia y la existencia; tiene una existencia absoluta; esto quiere decir que existe por sí mismo, teniendo una existencia completamente independiente de toda causa. Esa existencia absoluta se llama aseidad.

Las pruebas de la existencia de Dios son muy numerosas, y se dividen en pruebas físicas, metafísicas y morales.

Las pruebas físicas son dos, y se deducen: la primera de la contingencia del mundo, y la segunda, de las causas finales.

Prueba por la contingencia del mundo. Es evidente que el mundo está compuesto de sustancias o cuerpos que tienen existencia actual, pero que podrían muy bien no existir, luego son contingentes.

Los seres contingentes pudiendo existir o no, no tienen en sí mismos la razón de su existencia, sino que han de tenerla en un ser necesario.

Es así que existen los seres contingentes, luego ha de existir el ser necesario. Este ser necesario es Dios.

Luego Dios existe.

Prueba de las causas finales. Hay un orden perfecto en el universo, y una unidad maravillosa en el plan de su constitución.

Todo orden perfecto y durable exige imperiosamente una inteligencia ordenadora. Y como en este orden grandioso entra todo lo que existe, los grandes astros y los cuerpos terrestres, minerales, vegetales, animales y el hombre, el ser ordenador del universo ha de ser infinitamente sabio y poderoso para producirlo.

El ser infinitamente sabio y poderoso es Dios.

Luego Dios existe.

Las pruebas metafísicas de la existencia de Dios son: la prueba que se funda en la existencia de las verdades eternas, la que tiene por fundamento la idea de lo perfecto y la prueba ontológica.

Las verdades eternas. El entendimiento conoce ciertas verdades que son eternas, inmutables y necesarias, como son los primeros principios, las verdades matemáticas y en general toda verdad absoluta.

Estas verdades suponen un sujeto igualmente inmutable, necesario y eterno en cuya inteligencia tengan asiento, siendo independientes de cualquier cambio.

Luego ha de existir una inteligencia eterna, necesaria e inmutable, que es Dios.

Luego Dios existe.

Existencia de la idea de lo perfecto. Existe en nuestra inteligencia la idea de lo perfecto, la cual no puede provenir sino de una causa perfecta.

Esta causa no es el hombre, ni ninguno de los seres del universo que vemos, porque todos tienen una perfección limitada.

Luego ha de existir una causa primera absolutamente perfecta que es Dios.

Luego Dios existe.

Prueba ontológica. Todos los hombres tienen la idea de un ser infinitamente perfecto que se llama Dios.

Tal ser es un ser posible, puesto que no encierra contradicción, y al existir dicha idea en la inteligencia, se encuentra contenida categóricamente en la idea de la perfección absoluta.

La perfección absoluta del ser, pide la existencia. Luego este ser infinitamente perfecto existe.

Luego Dios existe.

Las pruebas morales están fundadas en el consentimiento universal y en la ley moral.

El consentimiento universal. El valor del consentimiento universal, aunque pueda ser en muchos casos casi nulo, es en esta materia sumamente consi-

derable; porque una creencia de todos los hombres, que ha existido en todos los tiempos y lugares, la cual no ha sido producida en algún determinado momento histórico por ninguna influencia conocida, y se hace más perfecta conforme va creciendo la civilización, es indudable que proviene de la evidencia misma de la verdad.

Tal sucede con la creencia en Dios. Desde el principio del mundo, hasta los tiempos presentes, ella ha existido en todas las tribus de la especie humana, por distantes que se hallaren de la civilización.

Su origen es el siguiente: el hombre, apenas alcanza la plenitud de su desarrollo intelectual, haciendo uso de su razón, comienza a estudiarse y a estudiar el mundo que lo rodea. El conocimiento que adquiere de sí mismo le manifiesta que él es un ser finito, limitado en sus facultades, ignorante de su origen, de su misión en la vida, y de su fin. Se siente además débil, como desamparado, abandonado y errante en el mundo. Encuentra que su inteligencia está llena de aspiraciones a lo ideal, a lo perfecto, a lo absoluto; y entonces, como dice nuestro inmortal Carreño, le "basta dirigir una mirada al firmamento o a cualquiera de las maravillas de la creación, y contemplar un instante los infinitos bienes y las comodidades que nos ofrece la tierra, para concebir desde luego" la existencia de Dios.

Entonces marcha con firmeza por el camino de la vida, y piensa conquistar la tierra. Sabe que tiene un porvenir inmenso, porque abriga la esperanza cierta de contemplar un día la belleza eterna.

Es verdad que este conocimiento y esta creencia son muchas veces ahogados y casi borrados por muchas circunstancias adversas y funestas: por la educación antirreligiosa, por las pasiones, por los malos ejemplos, por la ausencia total de civilización; pero tarde o temprano, muchas veces ya al borde de la tumba, renace y recobra sus fueros en el corazón del hombre, no por temor como algunos han dicho, sino porque la inteligencia humana está sedienta siempre de ideal divino.

La ley moral. Es cierto que existe la ley moral, que es inmutable, universal y absoluta; la cual se impone a la conciencia de cada individuo en todo el

universo y le enseña a conocer que hay una diferencia esencial entre el bien y el mal.

No puede haber ley sin legislador; y como esta ley moral es absoluta, inmutable y eterna, debe emanar de un ser infinitamente justo, personal y viviente, cuya existencia se impone por ello a la razón. Este ser es Dios.

Luego Dios existe.

Los errores sobre la existencia de Dios son: el panteísmo y el ateísmo.

El panteísmo puede exponerse de la manera siguiente:

No existe un Dios personal.

Hay un ser inseparable del mundo, el Dios impersonal e inmanente; la única sustancia divina, humana y universal que existe; el Alma del mundo en eterna evolución.

Todo lo que vemos, inclusive el hombre, son los fenómenos, las manifestaciones, las revelaciones de la única sustancia existente y divina.

La materia, lo mismo que la fuerza y hasta la vida son eternas.

No hay ningún principio vital, y hasta puede decirse que el suponerlo existente es contrario al desarrollo de la ciencia, pues no se necesita de él para la explicación de la existencia de los cuerpos vivos, siendo la vida y la materia modos de la sustancia universal. No existe, pues, el alma humana, sino como una emanación de esa sustancia divina.

El panteísmo es puramente una creación, o mejor dicho, una hipótesis de la inteligencia humana. Fue inventado por los filósofos antiguos, para explicar el universo, y ha sido revivido después, alcanzando una gran extensión en esto últimos tiempos, siendo admitido sobre todo por muchos de los actuales hombres de ciencia, los cuales necesitan tener una explicación de los orígenes de la materia y del universo, y no quieren por ningún respecto admitir la creencia en un Dios personal, creencia que ellos califican de anticientífica.

El principio de la eternidad de la materia es contradictorio en absoluto. La materia es evidentemente temporal, estando tan sujeta a las oscilaciones del

tiempo, que de sus movimientos nos servimos para medirlo; luego tendría que ser temporal y eterna juntamente, lo que es contrario a la razón.

La suposición de que sólo existe una sustancia única y divina es enteramente gratuita, porque de esta hipótesis nunca se ha dado la más pequeña demostración, además de que está en contradicción con las enseñanzas de la conciencia, que nos da la certeza de que tenemos una existencia absolutamente personal; y también está contra la experiencia, que atestigua la multiplicidad de las conciencias ajenas, impenetrables para la nuestra; todo lo cual no podría suceder si sólo hubiera una sustancia, sujeto único de lo que existe.

Se comprende, pues, que el panteísmo es un expediente empleado por aquellos que no queriendo creer en el Dios verdadero, necesitan tener una explicación del mundo y de sus fenómenos, los cuales no pueden explicarse sin un Dios.

El otro error sobre la existencia de Dios es el ateísmo, el cual se expone con la sola proposición siguiente:

No hay Dios.

Con esta negación, el ateo se declara incapaz de explicar el origen del mundo, el de la materia, el de la fuerza, el de la vida. No puede explicarlo suponiendo que tuvieron un principio, porque tendría que admitir la existencia de un Ser Creador, por consiguiente de un Dios personal. Tampoco puede suponerlos eternos, porque el concepto de la eternidad del mundo y de la materia es un concepto metafísico correspondiente al Dios inmanente o impersonal, y por consiguiente tendría que hacerse panteísta.

De lo cual se deduce rigurosamente que el ateo no puede ser hombre de ciencia; para ser hombre de ciencia es necesario confesar al Dios verdadero, o a lo menos ser panteísta.

Capítulo II
La naturaleza y los atributos de Dios

La razón nos demuestra claramente la existencia de Dios, según hemos visto, y también nos da nociones ciertas acerca de sus atributos conocidos los cuales, adquirimos el conocimiento racional de la naturaleza divina.

Se llaman atributos divinos las perfecciones de Dios consideradas aisladamente.

El modo de estudiarlos y comprenderlos en cuanto es posible consiste en separarlos mentalmente; y como Dios es un ser infinitamente perfecto, se consideran las propiedades ontológicas del ser y se les da la perfección absoluta, con lo cual quedan transformadas en atributos divinos.

Estos atributos se dividen en atributos metafísicos y atributos morales. Los atributos metafísicos son los que constituyen la esencia del ser divino. Los atributos morales son los que forman la personalidad o actividad divina; pero los atributos divinos ni se distinguen de la esencia, ni tampoco se distinguen los unos de los otros; tanto la esencia como los atributos son el mismo ser divino.

Los atributos metafísicos son: la unidad, la cual indica que Dios es uno y único.

La simplicidad, esto es, la carencia de toda clase de composición física, metafísica o lógica.

La inmutabilidad, es decir, la imposibilidad de cualquier cambio o mudanza ni en su naturaleza ni en sus decretos.

La inmensidad, que es la presencia de Dios por su esencia en todas las cosas y en todos los lugares, no a la manera de un cuerpo material, sino por su operación, como causa de la existencia de todos los seres, y sin estar contenido en el espacio.

La eternidad es el atributo que significa que ni tuvo principio ni tendrá fin, y que es el presente absoluto sin sucesión.

Los atributos morales son: la inteligencia, que es la facultad de conocer todas las cosas en un presente eterno, sin discurso y en una sola idea de una comprensión infinita.

La ciencia, por la cual Dios se conoce y se comprende de una manera perfecta; conoce también todo lo que existe, ha existido y existirá; y tiene además el conocimiento de todos los posibles, es decir, de todo lo que podría existir, y de los futuros condicionales, esto es, de lo que sucedería si existieran ciertas circunstancias determinadas.

La omnipotencia, la cual es el poder infinito que se extiende a todas las cosas posibles y que no encierran contradicción.

La bondad, por la cual se comunica a sus criaturas llenándoles de bienes.

La santidad, que es el esplendor del orden en el amor; y la justicia, por la cual quiere que el orden esencial de las cosas sea conservado.

Para deducir los atributos morales se observan las cualidades de los seres existentes; se excluye de ellas toda imperfección y se eleva al infinito.

Además, Dios es el Creador del mundo y su providencia. Puesto que la eternidad de la materia es una idea que encierra contradicción y que, por consiguiente, es absurda, es evidente que la materia y todos los seres reales que existen en el mundo han tenido un principio. Pero como fuera de ellos nada existe sino sólo Dios, y como ellos no han podido producirse por sí mismos, es claro que fueron sacados de la nada, es decir, fueron creados por Dios.

La nada es la negación de la existencia y hasta de la posibilidad de existir; de esa imposibilidad se deduce que ningún ser puede por sí mismo salir de la nada o del no ser; pero con su omnipotencia, Dios sí puede crearlo todo de la nada.

Después de creado el mundo, Dios continúa gobernándolo y conservándolo conforme a sus atributos. Se llama Providencia esta acción de Dios por la cual conserva y gobierna el mundo. No podría faltarle a Dios la providencia, ni podría El desinteresarse de su obra y abandonarla a sí misma, porque entonces no sería el Ser infinitamente perfecto; le faltaría la providencia que deriva de

la bondad, del poder, de la ciencia y de la justicia, quedando estos atributos ya no infinitos, sino limitados.

Es cierto que existe el mal, y esta existencia del mal a primera vista, parece oponerse a la Providencia divina; pero el mal es un producto de la libertad humana, dependiente de la limitación del hombre, que es un ser finito; mas Dios, que ha creado al hombre libre y responsable, le tolera sus malas acciones mientras suena la hora de la justicia. Además Dios sabe sacar del mal el bien, y la historia nos da a conocer la vida de muchos hombres, que arrepentidos de sus malas obras, cambiaron su modo de vivir y llegaron después a la cumbre de la perfección moral.

Se llaman deístas los que admiten la creación del mundo por Dios, pero niegan la providencia divina.

Tratado tercero
La psicología racional

Se llama psicología racional la ciencia que estudia la esencia o la naturaleza del alma.

En la psicología experimental se estudian los fenómenos psicológicos, sin tener en cuenta el principio que sirve de asiento a dichos fenómenos. En la psicología racional se estudia el alma considerada como principio de los fenómenos psicológicos.

La primera, la más superficial observación del hombre nos enseña que en él existe el cuerpo material, el cual es asiento de múltiples actividades, llamadas funciones, que concurren todas ordenadamente a conservarlo y a desarrollarlo en sí mismo y en la especie.

En seguida se observa que el hombre, además de las funciones que lo conservan y lo desarrollan, posee un conjunto de funciones superiores a aquéllas, las cuales establecen una diferencia radical entre él y los demás seres vivos existentes; éstas son las funciones intelectuales.

Las funciones intelectuales presentan un carácter peculiar y específico; son completamente inmateriales; luego deben ser producto de una sustancia inmaterial, o lo que es lo mismo, espiritual; de donde debemos concluir que hay en el hombre dos partes distintas, una de las cuales es el principio de las

funciones materiales que en él se observan, y la otra el principio de las funciones intelectuales; la primera es el cuerpo y la segunda el alma.

La existencia del cuerpo nos la demuestra la experiencia; lo percibimos por los sentidos, los cuales no pueden percibir sino los cuerpos materiales. El alma es espiritual, luego no puede en ninguna circunstancia ser percibida por los sentidos. Su existencia no puede, por consiguiente, ser demostrada experimentalmente; hay que recurrir al raciocinio para probar que el alma existe.

Los raciocinios con que se demuestra la existencia del alma, son en su mayor parte deductivos; y sabemos que por la deducción se obtienen las verdades absolutas; luego por el método deductivo queda demostrada la existencia del alma como una verdad absoluta, indiscutible, mil veces mejor demostrada que lo que lo está ninguna verdad obtenida por el método experimental. Con esas demostraciones deductivas, podemos estar más ciertos de la existencia del alma que de la existencia del cuerpo, porque la experiencia puede conducir al error, mientras que el método deductivo es infalible.

Es de gran importancia, pues, investigar la razón por la cual todos los hombres creen en la existencia del cuerpo, aunque hay un gran número de ellos que niegan la del alma.

La psicología experimental nos enseña que el conocimiento intelectual es precedido en el hombre de un conocimiento sensitivo, esto es, adquirido por los sentidos, que se denomina percepción externa.

El niño, mucho antes de que su razón funcione, lo cual se verifica como a los siete años de edad, tiene un conocimiento particular del mundo, que le suministra los medios de ejecutar los actos indispensables para la vida. Luego que se desarrolla la razón empieza a tener el verdadero conocimiento intelectual; pero este conocimiento intelectual está fundado sobre los datos que suministran los sentidos, de suerte que a ellos refiere siempre el hombre todos sus conocimientos.

Los conocimientos puramente abstractos, en los cuales los sentidos no han tomado ninguna parte, por evidentes que sean, por bien demostrada que esté

su existencia, lo dejan menos convencido que aquellos que tienen un fundamento sensitivo.

Tal acontece con la existencia del alma. El alma es un ser espiritual, que no solamente el hombre nunca ha percibido por los sentidos, sino que dicha percepción es absolutamente imposible, puesto que los sentidos no pueden percibir sino lo material. Por esta razón, a pesar de las mejores demostraciones, el hombre puede vacilar o no quedar absolutamente convencido de que dicho ser existe.

A esta circunstancia que podemos considerar como fundamental, se agregan otras, no menos decisivas, aunque accesorias, que determinan a muchos hombres a negar el alma; como son las enseñanzas de la ciencia panteísta que reina actualmente, el contagio del error, lo cónsono de esta negación con las pasiones, puesto que de ella deriva la desaparición de la ley moral. Tales son las razones que en conjunto pueden ofuscar la inteligencia y hacerle negar una verdad absoluta como esta.

Las pruebas de la existencia del alma se derivan de la existencia de la vida, de la del pensamiento, de la identidad de la persona humana y de la libertad moral.

La existencia de la vida. Existen ciertamente en el cuerpo del hombre vivo las actividades o funciones propias, que todas concurren ordenadamente a conservarlo vivo.

Las funciones son fenómenos físico-químicos producidos por fuerzas de la misma naturaleza que obran sobre la materia que forma el cuerpo.

Toda fuerza físico-química es una fuerza ciega que necesita ser dirigida para que produzca un fin determinado.

Después de la muerte continúan verificándose fenómenos físico-químicos, pero con la diferencia de que entonces obran desordenadamente y producen la descomposición total del cuerpo.

Luego durante la vida ha de existir un principio ordenador de las fuerzas físico-químicas que las enderece a la conservación de ella, llamado principio vital o alma.

Pero este principio vital nunca ha podido ser demostrado experimentalmente. Luego el alma no es fuerza ni materia, que son demostrables experimentalmente, sino espíritu.

Luego existe el alma espiritual, principio de vida del cuerpo.

Luego la muerte consiste en la separación del alma y del cuerpo.

La existencia del pensamiento. El hombre es poseedor de facultades intelectuales.

Las facultades intelectuales tienen sus actos, que son los actos intelectuales.

Los actos intelectuales son absolutamente inmateriales. Luego el sujeto de ellos no puede ser el cuerpo material, sino un principio inmaterial o espiritual que en él tiene que existir.

Luego existe el alma espiritual, sujeto de los actos intelectuales, la cual es, por consiguiente, racional.

La identidad de la persona humana. La conciencia, que es infalible cuando se limita a su objeto, nos atestigua que durante el transcurso de nuestra vida conservamos nuestra identidad personal.

Es sabido que el pensamiento se verifica por actos sucesivos, y que podemos efectuar un razonamiento de larga duración.

Luego el sujeto tiene que ser el mismo al principio del razonamiento que al fin, porque si cambiara, empezando el razonamiento en un sujeto, el que le sucediera no podría concluirlo por ignorar la primera parte.

No sucede así: antes por el contrario, empezamos y terminamos nuestros razonamientos sin dificultad; recordamos lo acaecido muchos años hace; formamos proyectos para el porvenir, los que realizamos muchos años después; nos consideramos responsables de nuestros actos pasados y presentes, y asimismo admitimos la responsabilidad de nuestros actos futuros.

Luego existe en nosotros un sujeto único y permanente de todos estos actos, el cual tiene que ser simple para que pueda explicarlos. Este sujeto no puede ser el cuerpo, puesto que es sabido que la sustancia material de él es compuesta y cambia sin cesar, renovándose al cabo de cierto tiempo por completo.

Luego existe el alma simple y espiritual.

La libertad moral. Es evidente que existe en el hombre la facultad de determinarse libremente y de modificar sus actos según su querer.

El sujeto de esta facultad no puede ser el cuerpo que es inerte, incapaz, por tanto, de determinarse por sí solo, ni de modificar su estado de reposo o de movimiento.

Luego existe en el hombre, además del cuerpo, un principio de actividad, no material, el cual es el sujeto de la libertad.

Luego existe el alma espiritual y libre.

Es, pues, evidente que el hombre consta de dos partes, que son: el cuerpo material y el alma espiritual; y que el alma es el principio vital del cuerpo.

El alma unida al cuerpo depende de él de una manera extrínseca, porque en él están los órganos de los sentidos que le proporcionan al alma la materia del conocimiento. Esta unión es sustancial, de suerte que el cuerpo y el alma forman una sola sustancia, una sola naturaleza y una sola persona.

Las propiedades que constituyen la esencia del alma son la de ser una sustancia simple, espiritual libre e inmortal.

El alma es una verdadera sustancia; de ninguna manera puede considerársela como un conjunto de fenómenos o accidentes, porque los fenómenos y accidentes no pueden en el estado natural existir en sí; necesitan de un sujeto para tener realidad, mientras que el alma tiene verdadera subsistencia. Es una sustancia incompleta, pues aunque puede subsistir separada del cuerpo, es entonces incapaz de ejercer sus funciones sensitivas; unida con el cuerpo constituye un todo natural que es el hombre.

Es simple porque así lo demuestran la identidad de la persona humana; la existencia del pensamiento en general, el que es uno, indivisible y completamente simple; la facultad de comparar, que exige la simplicidad del sujeto que la posee; y también el poder de la reflexión, que exige la simplicidad imperiosamente para que toda el alma pueda replegarse sobre sí misma y conocer sus estados psicológicos y su naturaleza.

Por causa de su simplicidad, que es la carencia de composición intrínseca, el alma es incapaz de sufrir descomposición alguna, por ningún motivo.

Es espiritual porque sus funciones propias, que son las funciones intelectuales, están exentas de los caracteres inherentes a la materia; antes por el contrario, la facultad de elaborar ideas abstractas, así como la de reflexionar, son estrictamente espirituales. No es el alma un espíritu puro, porque no adquiere el conocimiento por intelección, que es la visión intuitiva de toda verdad, sino por raciocinio; por lo cual es más bien racional que intelectual. Estando separada del cuerpo tiene la facultad de pensar y a la de querer; pero entonces no puede elaborar el conocimiento por los datos suministrados por los sentidos.

Es libre porque así lo demuestra la conciencia; en efecto, conocemos por la conciencia que tenemos la facultad de deliberar, de vacilar en nuestras determinaciones, de abstenernos; podemos luchar contra nuestros deseos, y después de haber cometido nuestros actos, nos reconocemos responsables; de todo lo cual deduce la conciencia la existencia de la libertad, sin la cual ninguno de aquellos estados podría existir. Pero como la libertad no puede tener por sujeto al cuerpo, que siendo material es inerte, y, por consiguiente, no puede determinarse por sí mismo, forzosamente habrá de ser el alma el principio de la libertad humana.

Es inmortal porque es simple; en efecto, la muerte no es otra cosa que la descomposición del ser vivo; por eso muere el hombre, porque siendo compuesto de cuerpo y alma, pueden, separándose estas partes, descomponerlo; y por eso no puede el alma morir, porque es imposible la descomposición de lo que es esencialmente simple.

El origen del alma es por creación de la nada por Dios; y sus destinos futuros, por ser racional e inmortal, son espléndidos: está destinada a conocer la esencia divina como es en sí, con lo cual si lo logra será eternamente feliz.

Para explicar la unión del alma con el cuerpo, esto es, para explicar cómo una sustancia espiritual puede obrar sobre un cuerpo material, se han inventado las siguientes teorías:

El mediador plástico de Clerc o de Cudworth, el cual sería una sustancia mixta, material y espiritual que uniría el alma al cuerpo.

Los espíritus animales de Descartes, los cuales serían vapores salidos de la sangre, muy sutiles, de los cuales se serviría el alma, localizada en la glándula pineal, para animar al cuerpo.

Las causas ocasionales de Malebranche: las criaturas privadas de actividad serían las ocasiones por las cuales se verificaría la acción divina; de suerte que a los pensamientos, a las voliciones y a los sentimientos del alma, corresponderían los movimientos del cuerpo producidos por Dios.

La armonía preestablecida de Leibniz: la cual sería una armonía entre los fenómenos psíquicos y los movimientos del cuerpo, de suerte que aunque el alma no tendría ninguna influencia sobre el cuerpo, sin embargo coincidirían sus actos en virtud de los decretos eternos de Dios.

El influjo físico de Euler, que consiste en suponer que el alma y el cuerpo están de tal manera encadenados que obran uno sobre el otro por una influencia natural, pero sin que nada del uno pase al otro.

Ninguna de estas teorías da solución al problema; la razón es porque el conocimiento que tenemos de las sustancias espirituales no es un conocimiento positivo, sino negativo y por analogía.

Se llama materialismo la negación de la existencia del alma y de cualquiera sustancia que no sea material.

Según los materialistas, las funciones intelectuales son simplemente la función cerebral.

Esta hipótesis carece de confirmación experimental, porque ni el tamaño del cerebro está en relación con la inteligencia, ni su integridad es necesaria para ella habiendo existido hombres de gran inteligencia con un hemisferio cerebral de menos. Además, los órganos corporales producen en sus funciones cuerpos materiales, mientras que el pensamiento es inmaterial.

Es verdad que estando suspendidas las funciones cerebrales por el sueño o por la enfermedad, no se puede pensar, pero esto depende de que el cerebro y

los sentidos suministran las imágenes necesarias para la operación intelectual. De donde se puede deducir con certeza que es el alma y no el cerebro el principio de la inteligencia, pero que el cerebro es necesario para el pensamiento por suministrar al alma los materiales sensitivos del conocimiento.

Tratado cuarto
La cosmología racional

Se llama cosmología racional la ciencia que estudia la naturaleza de los seres y de los fenómenos del mundo exterior.

La cosmología tiene por objeto principal el estudio de la existencia y origen del mundo, de la materia y de la vida.

No puede dudarse de la existencia de los cuerpos que forman el mundo exterior, uno de los cuales es el cuerpo humano. Esta es una verdad admitida por todo el mundo; es una de las verdades de sentido común. En ella se funda la ciencia, que estudia dichos cuerpos considerándolos en sus diferentes propiedades y relaciones.

Es cierto que de los cuerpos del mundo tenemos generalmente un conocimiento limitado, pero esto no quiere decir que no tengan existencia real, puesto que una cosa es la existencia de los cuerpos y otra cosa el conocimiento que de ellos puede tenerse, aunque los idealistas niegan su realidad objetiva y lo consideran como una pura ficción metafísica.

Unidos a la existencia de los cuerpos hay que considerar el tiempo y el espacio, los cuales son conceptos intelectuales que tienen un fundamento real en las cosas del mundo.

Se llama tiempo la relación de sucesión entre los fenómenos. Los fenómenos del mundo pueden coincidir o sucederse los unos a los otros; nuestra

inteligencia percibe la diferencia entre dos fenómenos que coincidan y dos fenómenos que se verifiquen el uno después del otro. En el último caso, a esta sucesión relativa la denomina tiempo.

Es espacio es una relación de coexistencia y de situación de los cuerpos. Por la percepción táctil y por la visual, la inteligencia obtiene el conocimiento de que todos los cuerpos materiales ocupan un lugar según sus dimensiones; este lugar que llenan los cuerpos lo llamamos espacio. Y también por la misma percepción de observa que si varios cuerpos coexisten y no están en contacto, hay una separación entre ellos que también se llama espacio.

Tanto el tiempo como el espacio pueden ser reales o posibles. Se llama tiempo real la sucesión efectiva de fenómenos existentes. El espacio real es el lugar en que están situados los cuerpos.

Se llama tiempo absoluto la posibilidad de la sucesión de los fenómenos. El espacio absoluto es la posibilidad indefinida de la existencia o el orden de las coexistencias posibles.

Tanto el tiempo como el espacio son conceptos indefinidos. Sin la existencia de los cuerpos no habría tiempos ni espacios reales, sino solamente los tiempos y espacios posibles.

Estos dos conceptos suponen la existencia de cambios o sucesión en el ser y también la de extensión. Para el ser simple, inmutable y eterno, no puede haber espacio ni tiempo.

El origen del mundo se deduce fácilmente con sólo considerar los seres que lo forman. Todos ellos son compuestos, relativos, mudables, temporales y contingentes; luego sería contradictorio el suponerlo eterno; por consiguiente, no pudiendo ser eterno ha debido tener un principio.

Antes de existir el mundo es imposible que se hubiera formado de la nada, porque de la nada, sin una causa eficiente, nada puede salir; pero como esta causa existe y es Dios, es evidente que Dios es quien ha creado el mundo de la nada.

La manera como fue creado, no es posible conocerla científicamente, porque siendo ésta una cuestión histórica, ha de ser resuelta por el método histórico,

es decir, por el método analítico con el criterio testimonial. En los momentos en que apareció el mundo no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble y, por consiguiente, científicamente insoluble.

Pero si no se puede saber dicho origen de una manera cierta, se pueden hacer hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Son dos las hipótesis que se han inventado para explicarlo.

Según la más antigua, todos los seres existentes actualmente, fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especias fijas, separadas e independientes las unas de las otras; los siglos que han tenido de duración no las han modificado de una manera notable y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas.

Esta hipótesis es poco admitida en la actualidad, porque no explica la formación de los seres existentes ni sus relaciones de una manera científica. Sabemos que en el universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en la formación y el desarrollo de los astros, así como también la formación de las diversas capas que constituyen la corteza terrestre.

La segunda hipótesis es la teoría llamada de la evolución universal o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Esta hipótesis es mucho más admisible desde el punto de vista científico, es decir, que teniendo en consideración los hechos observados hasta hoy, relativos a esta materia, explica mejor el encadenamiento de los seres que pueblan el mundo, y puede armonizarse perfectamente con la revelación.

Podemos explicar el origen del mundo según esta doctrina de la manera siguiente:

La primera operación de Dios en esta obra productora del mundo fue la creación de las fuerzas físicas y de la materia imponderable. Apareció primeramente el éter, el cual vino a constituir el espacio en que habían de situarse los cuerpos; en seguida se produjeron en él los movimientos de vibración productores de la luz, del calor y de la electricidad.

"Dijo, pues, Dios: Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha".

Después dio el ser a la materia ponderable en forma de nebulosa, derivándola probablemente de la imponderable e inmensamente rica en energía; de ella, por una lenta y gradual evolución, habrían de irse formando los mundos siderales y también el nuestro, obedientes a las leyes naturales establecidas en el plan divino.

"La tierra, empero, estaba informe y vacía".

Luego que se hubo formado la tierra, y que tuvo la temperatura conveniente, creó Dios la vida. Apareció la vida vegetal en sus primeros elementos, derivados de la materia mineral terrestre existente, los cuales probablemente no estaban constituidos al principio sino por un reducido número de tipos muy sencillos, de los cuales se fueron desarrollando, en el curso de largos siglos, las otras especies cada vez más perfectas y de estructura más complicada.

"Dijo asimismo: Produzca la tierra yerba verde y que dé simiente y plantas fructíferas que den fruto conforme a su especie, y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra. Y así se hizo".

En seguida creó Dios la vida animal. Su cuna fue el fondo del océano. En él aparecían algunas formas elementales, de las cuales habrían de derivarse en una evolución no interrumpida, las especies zoológicas actuales con todos sus representantes, hasta los grandes mamíferos acuáticos, hoy en vía de desaparecer.

Pero el océano no sólo produjo sus habitantes naturales designados con el nombre general de peces, sino que se desarrollaron también las aves originalmente en su seno, las cuales vinieron en seguida a poblar la atmósfera, pues está demostrado científicamente que los peces y las aves aparecieron en la misma época en la superficie de la tierra.

"Dijo también Dios: produzcan las aguas reptiles animados que vivan en el agua y aves que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo".

Después creó Dios los demás animales de la tierra. Aparecieron, según parece probable, como en el mar, algunos tipos de muy simple estructura y de ellos

se fueron derivando los otros, por las transformaciones debidas al medio en que se encontraban; por la necesidad funcional, que producía los órganos adecuados; por el hábito, que fortifica los órganos; por la lucha por la vida, que establece una selección natural; y por la herencia, que fija en la descendencia los caracteres adquiridos durante la evolución.

"Dijo todavía Dios: produzca la tierra animales vivientes de cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra según sus especies. Y así fue hecho".

La tierra, el mar, y el aire iban quedando poblados de los seres vivos, conforme el curso de los siglos permitía su lento desarrollo según el plan divino. Para hacer la obra maestra que faltaba todavía en la creación, hubo como una deliberación, a nuestro modo de entender, en la mente divina, y fue entonces, después de esta como deliberación, que se produjo la palabra creadora omnipotente:

"Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra".

La formación del hombre comprendió dos operaciones sucesivas: primeramente la referente al cuerpo, el cual se produjo mediante el arreglo conveniente de los minerales terrestres, los cuales, produciendo los elementos anatómicos y los tejidos naturales recibieron, siguiendo el mismo plan que en los otros animales, la organización suficiente e indispensable para que pudiera verificarse la segunda operación, la creación del alma simple, espiritual, racional e inmortal que había de animarlo.

"Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra e inspiróle en el rostro un soplo o espíritu de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional".

Como vemos, esta doctrina de la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la creación a la vez que explica admirablemente el desarrollo embriológico de los seres vivos, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos. La misma generación espontánea nada tiene de opuesto

a la creación, pues muy bien puede admitirse que reunidos convenientemente los cuerpos minerales que han de constituir el cuerpo vivo, Dios concurra para animarlos, así como una vez que están reunidos el óvulo y el espermatozoide de la manera natural, Dios termina la formación del hombre, creando el alma que ha de animarlo.

Y por otra parte, la doctrina de la descendencia recibe de la verdad de la creación un grado de verosimilitud sorprendente, porque ninguna inteligencia bien equilibrada podrá nunca admitir que por pura casualidad las fuerzas físico-químicas, que necesitan dirección, hayan podido, en las distintas partes del mundo, y en los distintos siglos, producir todos los hombres con una estructura y una organización siempre las mismas; es decir, con el mismo número de partes óseas en su esqueleto, con músculos y nervios enteramente idénticos, con igual número de órganos y de aparatos; y no solamente con todas las partes del cuerpo necesarias para el funcionamiento de él absolutamente iguales, sino que hasta los órganos rudimentarios, inútiles para el individuo, están presentes en todos los hombres, revelando la identidad de los individuos de la raza humana, y manifestando claramente que sin la intervención divina, el mundo es completamente inexplicable para la ciencia.

Respecto a la materia, se ignora por completo su naturaleza; la ciencia actual supone que está formada de moléculas, las cuales se componen de átomos, los que a su vez estarían constituidos por innumerables partículas en movimiento; ésta es una hipótesis que sirve para explicar las reacciones químicas y los fenómenos físicos de que la materia es asiento.

La vida se revela a la observación no en su esencia, sino en sus manifestaciones, que vienen a ser las funciones de los cuerpos vivos. Entre estas funciones, la sobresaliente es la actividad. El cuerpo vivo tiene múltiples actividades que concurren a su desarrollo y conservación, y como estas actividades se reducen a actos físico-químicos, es necesario, para explicar la vida, suponer que hay además en dichos cuerpos un principio ordenador y director de las fuerzas

físico-químicas, las cuales no pueden sin dirección producir los complicados movimientos de la vida.

Este principio se llama principio vital. Separado de la materia viva, se produce en ella la muerte, después de la cual continúan obrando las fuerzas físico-químicas, pero de una manera desordenada hasta que se produce la total descomposición del cuerpo.

El principio vital del hombre es su propia alma racional.

Libro tercero

La historia de la filosofía

Preliminares

La historia de la filosofía es la descripción por orden cronológico de los sistemas filosóficos y de las escuelas nacidas de ellos. Estúdianse también en ella las opiniones de todos los filósofos notables que han existido y la influencia que han tenido sus doctrinas en sus respectivas épocas. Es en realidad la historia misma del pensamiento humano y la descripción de las distintas vías por donde el hombre ha podido conseguir el conocimiento de la verdad.

No es la filosofía el patrimonio de una época o de un pueblo. El hombre desde los tiempos más remotos de la historia comenzó con ahínco esa labor tenaz de la investigación y del estudio de la naturaleza, movido por el estimulante deseo de conocer a fondo las razones de todo lo que le rodea, ahondando de preferencia las cuestiones referentes a su origen, al papel que le toca desempeñar en el mundo y a su fin.

De esta investigación nació la filosofía en la cuna misma del género humano como una ciencia definida, y tuvo su origen en la Grecia. Desde sus primeros comienzos conquistó las inteligencias más poderosas del mundo y desde su principio también entró a desempeñar su verdadera misión, su misión insustituible de guía y directora del linaje humano, marchando a su vanguardia como una antorcha refulgente y proyectando su luz a los más íntimo de las inteligencias durante ese largo y difícil trayecto que había de conducirlas a la adquisición de todo conocimiento.

La humanidad entera desde entonces y para siempre marchó en pos de la filosofía, dejándose dirigir por ella dócilmente; tan dócilmente, que el adelanto en las cuestiones filosóficas ha significado siempre un verdadero progreso para los pueblos; el retardo en el descubrimiento de la verdad o el desvío del propio camino que conduce a ella, ha aparejado igualmente un retroceso muy marcado en la marcha de la civilización; en los tiempos en que la filosofía ha prestado oído atento a la revelación y con ella han armonizado sus doctrinas haciéndose espiritualista, todo el mundo era espiritualista y religioso; y el aquellas otras épocas como en la nuestra, en las cuales la filosofía ha profesado de preferencia las teorías materialistas, el mundo entero se ha vuelto materialista y ha negado obstinadamente lo sobrenatural.

Entre los grandes acontecimientos filosóficos que han existido en el mundo sobresalen los dos descubrimientos que constituyen el mayor timbre de gloria para la inteligencia humana. Ellos son el descubrimiento del método deductivo hecho por Aristóteles y el del método experimental, inventado primero por Rogelio Bacon en el siglo trece de nuestra era, y de nuevo inventado y promulgado por lord Bacon en el siglo diecisiete.

La humanidad entera ha recibido en su marcha tan grande impulso de estos dos descubrimientos fundamentales, que puede asegurarse que a ellos debe todo su progreso, y que su civilización es obra de ellos. En efecto, ningún adelanto es posible para las ciencias sin los métodos científicos correspondientes, y no sólo el adelanto, sino hasta la existencia misma de las ciencias es imposible sin los métodos propios a cada una de ellas.

Es por esta razón que apenas se inventó el método deductivo todas las ciencias que pueden servirse de él, o fueron creadas o tomaron grandísimo incremento, como la Aritmética, el Algebra, la Geometría, la Psicología Racional, la Lógica, la Estética, la Política, la Jurisprudencia, la Metafísica, las que llegaron desde aquél momento a un grado de perfección admirable. Y como consecuencia del descubrimiento del método experimental nacieron, crecieron y se desarrollaron velozmente las ciencias experimentales, la Física,

la química, la biología, la astronomía, la mecánica aplicada, de suerte que aunque sólo hace dos siglos de aquel descubrimiento maravilloso, el progreso material del mundo a él debido ha llegado a ser tan extraordinario, que los sueños mismos de la imaginación han venido a quedar aventajados por la grandiosa realidad.

Si, pues, el invento de los métodos científicos ha sido de tal importancia para la humanidad que cada uno de ellos ha dejado una huella, un surco profundo en la historia de la civilización, con mayor razón estos inventos deben formar época en la historia de la filosofía. Por esta razón, apartándonos de la práctica corriente, dividimos esa historia en tres períodos, estudiando en primer lugar los precursores del inventor del método deductivo, después todo el movimiento filosófico acaecido desde el método deductivo hasta el inductivo y finalmente las transformaciones producidas en la filosofía desde el método inductivo hasta nuestros días.

La filosofía fue fundada como estudio ordenado, por Thales de Mileto y los demás filósofos de la Escuela Jónica. Comenzó por el estudio de la naturaleza como era propio que lo hiciera, puesto que los seres que el hombre tiene a su alrededor son los que primero despiertan su curiosidad. Tuvo esa escuela la concepción admirable de que existían dos clases de seres, los materiales y los espirituales, y que de entre éstos se encontraba el alma humana.

Inventaron también, ignorantes como estaban de lo sobrenatural, la doctrina filosófica del panteísmo, para explicar el origen de la materia y el modo de acción de la causa primera; chocados por los errores que encontraban en la percepción externa, llegaron a dudar de los datos suministrados por los sentidos, y fundaron así el escepticismo; y crearon la admirable doctrina atómica que todavía reina en la ciencia.

Con Sócrates empieza a crearse el método analítico y a considerarse el estudio del hombre como el fundamento de los conocimientos filosóficos; se afirma solemnemente la doctrina de la inmortalidad del alma, y se discuten cuáles serían los buenos fundamentos de la moral.

Hasta entonces los estudios carecían del método indispensable para la construcción científica. Aristóteles elabora un verdadero sistema filosófico sirviéndose del método deductivo inventado por él. Su mirada investigadora recorrió todas las cuestiones filosóficas, dándoles la dirección y el sello de su admirable ingenio; y en poco estuvo para que su poderosa inteligencia dotara también al mundo con el método experimental, puesto que llegó a descubrir la inducción llamada formal, la cual es aquella inducción en la que se generaliza a la unidad colectiva el atributo correspondiente a todos y a cada uno de los individuos de ella.

La filosofía, a la par de las demás ciencias, continuó su evolución y su desarrollo en los tiempos posteriores a Aristóteles. Las doctrinas más notables en la edad antigua fueron las doctrinas filosóficas del escepticismo absoluto, las de las escuelas estoica y epicúrea y la del probabilismo.

En la Edad Media nace y florece la escuela famosa llamada la escolástica, la más grande escuela filosófica que existió jamás, tan sobresaliente por sus doctrinas como por las grandes inteligencias que en ella brillaron. Abundando en las doctrinas aristotélicas llevó a cabo la conversión de la filosofía pagana en la filosofía cristiana, estableciendo un acuerdo y una armonía definitivos entre la filosofía y la revelación.

A principios del siglo diecisiete, lord Francisco Bacon publica el método experimental; y este gran descubrimiento, abriendo los nuevos senderos que tan gloriosos habían de ser para la ciencia y para el progreso material del mundo, cambió los rumbos de la filosofía; apareció el Renacimiento y con él resucitan las doctrinas griegas concernientes a la naturaleza, presentándose de nuevo el panteísmo, el escepticismo, el materialismo; nace o por lo menos toma un gran incremento el empirismo, y junto con él hacen su aparición el idealismo moderno, el pesimismo, el positivismo, el agnosticismo y el evolucionismo.

Empieza la época de las grandes luchas contra la metafísica, y se niega la probabilidad y hasta la posibilidad de conocer lo extranatural por ningún método

ni procedimiento. Y como consecuencia forzosa de esta orientación de las doctrinas filosóficas se observa en todo el mundo un malestar intenso generador de las grandes catástrofes: la guerra a la religión, a la moral, a la sociedad, a la familia, a los gobiernos.

Pero la inteligencia humana ha sido creada para la verdad; por consiguiente, el reinado del error tiene siempre que ser efímero. Pasada la ofuscación producida en los espíritus por los grandes adelantos materiales con los cuales la ciencia experimental ha cambiado la faz del mundo, es de creerse que habrá de producirse muy pronto el triunfo de la sana filosofía, la cual enseña al hombre en verdad a procurarse la civilización material, pero sin olvidar que sus destinos son mayores que los terrenos, y que tiene el deber de dirigir sus aspiraciones también a lo ideal y a lo infinito.

Capítulo primero
Los precursores del descubrimiento del método deductivo

Escuela Jónica. Thales de Mileto (600 a. J. C.) fue el fundador de la Filosofía. Enseñaba que el principio de todas las cosas es el agua; que Dios era la inteligencia que las había formado de ella; y se cree que admitía la simplicidad e inmortalidad del alma. Ferécides, su discípulo, fue el primero que sostuvo por escrito la inmortalidad del alma. Anaximandro de Mileto, discípulo de Thales, enseñó que el origen de todas las cosas era el Caos y que había muchos dioses. Anaxímenes, discípulo de Anaximandro, suponía que el aire producía todas las cosas por su condensación y su dilatación. Diógenes de Apolonia, su discípulo, creía que todas las cosas, inclusive el alma humana, vienen del aire. Anaxágoras de Clasomenes (478 a. J. C.), también discípulo de Anaxímenes, admitía la existencia de dos principios: la materia y el espíritu; la materia, según él, formaba el mundo físico ordenada por el espíritu; la inteligencia ordenadora era una inteligencia infinita.

Los pitagóricos. Pitágoras (560 a. J. C.) fundó la Escuela Itálica. Viajó por el Oriente para instruirse y enseñó en Crotona. Tenía dos clases de discípulos: los públicos y los iniciados; estos últimos eran los que recibían toda la doctrina. Admitía una gran unidad de la cual derivaba el mundo. Enseñaba la metempsicosis o transmigración de las almas, tomada de la doctrina esotérica de los orientales; y también enseñaba que el alma tiene dos regiones: la superior que viene a ser la razón y la inferior que son las pasiones. Consideraba el mundo como un todo ordenado que llamaban Cosmos. Inventó el nombre del filósofo.

Los eleáticos. La Escuela Eleática tuvo dos ramas: la panteísta y la atomista. Xenófanes (450 a. J. C.), fue el fundador del panteísmo. Enseñaba que sólo había una sustancia, la cual era eterna e inmutable y constituía todas las cosas que existen. Parménides, su discípulo, enseñó también el panteísmo y sostenía

que el conocimiento y la cosa conocida son idénticos. Zenón de Elea fue el fundador de la dialéctica; negaba el testimonio de los sentidos y la experiencia, considerándolos como puestos a la razón; y de esta manera fue el fundador del escepticismo.

La rama atomística sostenía que todo estaba formado de átomos, infinitamente pequeños, de forma distinta y en movimiento. Sus representantes son Leucipo y Demócrito. Heráclito de Éfeso suponía que el principio de todas las cosas era el fuego. Empédocles fue el que explicó el origen del mundo por los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego; esta doctrina vino a ser la doctrina fundamental de las ciencias físicas durante muchos siglos.

Sócrates. (470-400 a. J. C.). La máxima principal de su filosofía: "Conócete a ti mismo", revela una filosofía práctica, la cual inaugura el estudio del hombre en vez del estudio del mundo que hacían los filósofos anteriores. Enseñaba la distinción entre el alma y el cuerpo. La inmortalidad del alma. La identidad entre la virtud y la ciencia: poseer la ciencia es obrar moralmente. La necesidad es una religión. Admitía las causas finales. Creía en la Providencia. Empleaba la dialéctica, que consistía en hacer interrogaciones repetidas sobre una materia cualquiera; La Ironía era uno de los modos de emplear la misma dialéctica.

Platón. (428-347 a. J. C.). Fue el fundador de la Academia. Enseñaba que el alma tenía tres partes que eran la razón, el apetito superior y el apetito inferior. Que lo único real que existe son los universales (realismo). Que la razón tiene ideas y principios independientes de la experiencia (reminiscencia). Que no hay ciencia de lo particular. Que el bien consiste en la belleza de la vida (estetismo). Predicaba el comunismo. Decía que Dios es la belleza suprema. Creía en la inmortalidad del alma. Y afirmaba que Dios y el mundo son eternos (dualismo).

Capítulo II
Desde el descubrimiento del método deductivo hasta el siglo XVI

Aristóteles. (384-322 a. J. C.). Nació en Estagira, fue discípulo de Platón y fundador de la Peripatética. Murió en Calcis.

Por haber inventado el silogismo deductivo se le considera como la mayor inteligencia que ha existido en el mundo.

Fue el creador de la psicología. Enseñaba que el alma tiene cuatro potencias: la vegetativa, la motora, la sensitiva y la racional. Que el placer proviene de la actividad. Que las ideas generales están a la vez en la inteligencia y en la realidad (realismo moderado). Que hay diez categorías, a saber: la sustancia y el accidente, y que este último comprende nueve, son: cantidad, cualidad, relación, acción, pasión, tiempo, lugar, situación y manera de ser.

Que hay cuatro causas: la material, la formal, la eficiente y la final.

Que la inteligencia tiene dos maneras: la inteligencia activa, que abstrae y generaliza, y la inteligencia pasiva, que juzga y raciocina. Y sostenía que no se puede pensar sin una imagen.

Creó también la lógica. Inventó la teoría de la deducción, o sea, el silogismo deductivo con su teoría y sus reglas. Inventó también la definición lógica. Enseñaba que hay dos principios fundamentales en la demostración, que son los axiomas y las definiciones. Que saber es conocer por las causas. Que no hay ciencia de lo particular.

Hizo la clasificación de las ciencias y las dividió en especulativas: (física, matemáticas, metafísica); prácticas: (política, ética o moral y economía); y poéticas: (poética, retórica y dialéctica).

Inventó la inducción formal. Enseñaba que el fundamento de la felicidad está en el ser racional del alma. (eudemonismo racional). Que la virtud consiste en evitar los extremos.

Definió la metafísica: la ciencia de los primeros principios y de las causas primeras. El principio es aquello por lo cual una cosa es, se conoce o se hace. El principio vital del cuerpo es el alma (animismo). Dios es el primer motor de cuanto se mueve. El primer motor es inmóvil. Dios es un ser inmutable que no es acto y potencia, sino acto puro. Y admitía al dualismo, esto es, que tanto Dios como la materia son eternos.

En resumen, la poderosa inteligencia de Aristóteles hizo adelantar la filosofía de tal manera, que poca ha sido la obra de los filósofos que le sucedieron hasta la época presente, en comparación de la suya. Informó el criterio del mundo, de tal suerte, que los pensadores que le han sucedido hanse visto obligados a conformar sus inteligencias con la del gran filósofo, pues con pocas modificaciones, la sana filosofía es la filosofía aristotélica.

Pirrón de Elea. (365-275 a. J. C.). Es el fundador del escepticismo absoluto. Enseñaba que el animal tiene también alma racional. Predicaba la duda universal y sistemática. Que las nociones morales no son universales sino aparentemente (escepticismo moral). Que la verdad es absolutamente inaccesible a la inteligencia (escepticismo absoluto).

Epicuro. (341-270). Tuvo por discípulos a Metrodoro, a Apolodoro, a Lucrecio. Fundó el epicureísmo. Opinaba que el placer consiste en la cesación del dolor. Que los cuerpos emiten partículas o imágenes que vienen a estimular los sentidos los que transmiten dicho estímulo a los átomos del alma y entonces es cuando se producen la sensación y la percepción (teoría de las ideas imágenes). Que el placer del espíritu es el fundamento de la moral (moral del interés). Que el suicidio es aceptable como medio para evitar el dolor. Que la esencia de la materia es la extensión, y que la materia está formada por corpúsculos o átomos, los cuales son extensos, duros, pesados indivisibles, eternos y se mueven constantemente en el vacío.

Zenón de Chipre. (336-264). Fundó la Escuela Estoica. Enseñaba que el placer tiene por causa el conocimiento del bien. Que el hombre debe practicar la filantropía. Que las pasiones son cuatro, a saber: deseo, placer, temor y dolor,

que todas son malas y que hay que combatirlas para llegar a la impasibilidad del sabio. Que el sabio debe vivir conforme a la razón y que debe despreciar todo sentimiento afectivo. Que el único bien es la virtud y que de la moral debe excluirse todo interés. Que el suicidio es un acto heroico. Y que Dios es el alma del mundo (panteísmo).

Arcesilao. (315-246) Fundador de la Nueva Academia. Enseñaba que no existe ninguna verdad, sino solamente opiniones, y que toda opinión es necesariamente incierta, aunque se puede preferir la menos incierta a la que es más incierta (probabilismo). Cicerón adoptó las doctrinas de la Nueva Academia.

Neoplatónicos de Alejandría. Plotino (205-270 de la cristiana). Enseñó en Roma. Porfirio (232-304). Jámblico, originario de Siria y gran adversario del cristianismo. Proclus (412-485). Enseñó en Atenas.

Esta escuela se ha llamado ecléctica y mística. Las doctrinas neoplatónicas son las siguientes: admitían el panteísmo, y que todo sale de Dios y todo vuelve a él. Enseñaban que en Dios hay tres personas desiguales: la unidad de la cual sale la inteligencia y de ésta procede el alma. El alma produce el mundo. Las ideas divinas vienen a ser las almas del mundo, a las cuales se une la materia. El mundo es perfecto (optimismo). Las almas desprendidas de la materia, deben entrar en la unidad, por la práctica de la virtud y por el socorro de los Dioses. Las almas que no entran en la unidad están condenadas a la metempsicosis. Para explicar la jerarquía de las ideas generales, Porfirio inventó un esquema llamado Árbol de Porfirio: el ser se divide en posible y existente; el existente, en sustancia y accidente; la sustancia, en incorpórea y corpórea; los cuerpos, en inorgánicos y vivos; los vivos, en insensibles o vegetales y sensibles o animales; los animales, en irracionales y racionales, que son los hombres.

La Escolástica. San Anselmo de Canterbury (1033-1109). Alberto el Grande (1193-1280). Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Alejandro de Hales (muerto en 1245). San Buenaventura (1221-1274). Rogelio Bacon (1214-1294). Duns Scott (1274-1308).

Esta es la gran escuela filosófica medieval, la cual llevó la filosofía a un grado de adelanto extraordinario; por ella fueron ventiladas todas las cuestiones filosóficas posibles, y de ella recibieron perfecta solución las que eran solubles.

Sus principales doctrinas fueron las siguientes:

Las facultades del alma se dividen en sensitivas e intelectuales; las sensitivas son los sentidos exteriores, los interiores, el sentido común, el cual es un sentido interno que centraliza los anteriores, la imaginación o fantasía, la memoria sensitiva y la estimativa, la cual es la facultad de conocer lo sensible, las relaciones concretas de las cosas, y el apetito sensitivo, que comprende el concupiscible y el irascible. Las facultades superiores son la inteligencia y la voluntad. La actividad es la consecuencia de la existencia. En Dios no hay potencia y acto, sino que es acto puro.

Las pasiones derivan del apetito sensitivo; de la parte concupiscible vienen el amor, el odio, el deseo, la aversión, el gozo, la tristeza; de la parte irascible vienen la audacia, el temor, la esperanza, la desesperación, la cólera. El alma puede tener momentos en que su acción está suspendida.

La percepción externa es inmediata y viene a ser el acto común entre lo sensible y el que siente (teoría de la asimilación). La imaginación es la facultad de reproducir las impresiones recibidas. La percepción es una operación hiperfísica unida esencialmente a la materia. El sujeto de la sensibilidad es una sustancia una, pero material. La inteligencia se divide en activa y pasiva; la inteligencia activa tiene por objeto descubrir lo esencial en lo accidental, lo universal en lo singular; la inteligencia pasiva actúa sobre los datos suministrados por la activa. Se llaman trascendentales aquellas ideas que sobrepasan los géneros y pueden aplicarse a todos los seres; son las ideas de ser, unidad, identidad, verdad y bondad. Los universales existen a la vez en la realidad y en la inteligencia (realismo moderado).

El juicio es el acto por el cual se afirma la conveniencia o no conveniencia entre dos ideas. La sustancia es lo que existe en sí; el accidente es lo que existe en otro. La esencia es aquello en virtud de lo cual un ser es lo que es. La idea

de lo absoluto viene del concurso de la experiencia y de la razón. El tiempo y el espacio pueden ser reales o absolutos; el espacio y el tiempo reales son las relaciones de coexistencia y de sucesión de cuerpos externos o de fenómenos sucesivos actuales; el tiempo y el espacio absolutos se refieren a cuerpos y fenómenos posibles.

La persona, según Boecio, es una sustancia individual de naturaleza racional. El animal tiene un alma sensitiva.

No hay ciencia de lo particular. Las ciencias se dividen en Trivium y Quadrivium; el Trivium lo forman la Gramática, la Dialéctica y la Retórica; el Quadrivium lo forman la Música, la Aritmética, la Geometría y la Astronomía. El Derecho Canónico, el Derecho Civil, la Medicina y la Teología forman la cúspide del edificio científico.

El método de la metafísica es el método del análisis objetivo. La verdad es la conformidad entre la inteligencia y las cosas. La certeza es la adhesión firme e inmutable de la mente a la verdad sin temor de errar; la evidencia es aquel resplandor de la verdad que produce el ascenso de la mente. Hay dos clases de certeza: la de la ciencia y la de la fe. El error es el desacuerdo entre el pensamiento y su objeto. La ciencia debe admitir la autoridad como un medio para descubrir la verdad. El silogismo es la forma teórica ideal de la deducción. Las ciencias naturales deben servirse de la experiencia para progresar.

La moralidad proviene del objeto y de la intención del acto. La conciencia moral puede ser recta o errónea, cierta, dudosa o probable. Se llama ley una disposición racional, dirigida al bien común, hecha y promulgada por la autoridad natural. El fundamento de la ley moral es el bien racional. En el derecho natural hay preceptos primarios los cuales son necesarios, universales y evidentes: y principios secundarios los cuales son de necesidad relativa, generales y de evidencia mediata.

El derecho de propiedad tiene límites morales, de suerte que aunque es personal, el uso de los bienes debe ser común ente el dueño y el necesitado. La causa próxima de la autoridad es el consentimiento común explícito o im-

plícito. Dado por los miembros de la sociedad. El origen de la autoridad es en general la autoridad de Dios. Hay una resistencia lícita contra los abusos de la autoridad de Dios. Debe existir unión estrecha entre la Iglesia y el Estado. El interés puede cobrarse siempre que haya un motivo legítimo.

El placer que produce la belleza proviene del ejercicio desinteresado de las facultades cognoscentes. Lo bello es el esplendor del ser. El ente puede ser potencial o actual. El ser se divide en sustancia y accidente.

Los cuerpos están formados de una materia primera, la cual es una pura potencia subjetiva idéntica en todos los cuerpos; y de una forma sustancial variada, la cual viene a ser el acto que determina la materia primera para ser tal o cual cuerpo. Estos dos principios no pueden, por ser incompletos, existir separadamente. La materia es el principio de las propiedades geométricas de los cuerpos, y la forma, el principio de las propiedades dinámicas. Es la admirable teoría de la materia y de la forma, que da la explicación metafísica de la constitución de los cuerpos de una manera perfecta, y que ha reinado durante largos siglos en las ciencias.

El alma humana, además de las facultades de sentir, de conocer y de querer, tiene el poder de dar la vida al cuerpo y de mantenerla. El alma está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes. El mundo es contingente. La esencia de los cuerpos consiste en la exigencia de la extensión, por lo cual se definen: sustancias que exigen las tres dimensiones.

Los atributos divinos metafísicos se deducen *a priori* de la noción del ser absoluto; los atributos morales son inducidos *a posteriori* de las cualidades que la experiencia revela en los seres creados. El mundo no es absolutamente perfecto, sino que tiene una perfección relativa (teoría del optimismo relativo).

Capítulo III
Desde el descubrimiento del método experimental hasta nuestros días

Lord Francisco Bacon (1561-1626). Puede considerarse a lord Bacon como el inventor del método experimental; pues aunque antes de él, a fines de la Edad Media, en el siglo trece, otro filósofo también inglés, llamado Rogelio Bacon, había establecido la necesidad de la experiencia en el estudio de las ciencias físicas y naturales, fueron los escritos de lord Bacon, los que definitivamente establecieron en la ciencia el método inductivo.

Lord Bacon clasificaba las ciencias según las facultades del alma, y las dividía en ciencias de la memoria: (Historia Natural e Historia Civil); ciencias de la imaginación: (Poesía); ciencias racionales relativas a Dios: (Teología Natural); relativas a la naturaleza: (Metafísica, Física y Artes Mecánicas); relativas al hombre en general, al cuerpo y al alma, relativas al hombre en sus relaciones sociales.

Dividía las operaciones del método inductivo en operaciones del laboratorio y operaciones del gabinete. En el laboratorio, la observación y la experimentación; en el gabinete, la inducción. Enseñaba que el experimentador debe tener tablas de comparación en número de tres: la tabla de presencia, la tabla de ausencia y la tabla de grados. Que hay cuatro causas de error, a saber: *Idola tribus, idola specus, idola fori, idola theatri*. Y que saber es conocer por las causas.

Descartes (1596-1650). Gran filósofo francés nacido en La Haye, fundador de la Escuela Cartesiana (de Cartesius, Descartes), la cual tuvo como miembros principales a Bossuet, Fenelon, Malebranche, Arnaud, Nicolle.

Las doctrinas cartesianas son las siguientes:

La esencia del alma es el pensamiento. Las facultades intelectuales son la sensibilidad y la inteligencia y la facultad moral es la voluntad. El placer es la conciencia de alguna perfección (Teoría intelectualista). El instinto es puro

mecanismo. Las pasiones son seis: admiración o sorpresa, alegría, tristeza, amor, odio y deseo.

El alma piensa siempre, porque pensar es existir. La percepción externa implica la intervención de los principios de sustancia y causalidad (teoría de la inferencia). Las cualidades de la materia son la extensión, la figura y el movimiento. Las sensaciones dejan en el cerebro vestigios o marcas materiales, las cuales explican el hábito fisiológico y la conservación de las ideas. El juicio no es un acto intelectual, sino un acto de la voluntad. Las ideas se dividen en adventicias, que son las que se adquieren por los sentidos; facticias, las que resultan del trabajo intelectual; e innatas, las constitutivas de la inteligencia.

La sustancia es lo que no necesita sino de sí mismo para existir, el modo es lo que tiene necesidad de otro para existir. Las causas finales son impenetrables. La idea de infinito encierra la idea de perfección. La idea de espacio tiene una objetividad absoluta. El hábito es un fenómeno pasivo consecuencia de la inercia. El animal es un autómata, una verdadera máquina.

Contribuyó casi tanto como lord Bacon a la difusión del método experimental. Estableció un método general conveniente para las investigaciones científicas, el método cartesiano, formulado en cuatro reglas: la de la evidencia racional, la del análisis, la de la síntesis y la de la enumeración. Estableció también la duda metódica.

Enseñaba que el error siempre implica culpabilidad. Que el hombre de ciencia no debe admitir sino lo que él mismo ha comprobado. Que el criterio infalible es el de la evidencia. Según Malebranche, el ideal moral está contenido en la idea de perfección.

La extensión es la esencia de la materia (mecanismo). El alma está en la glándula pineal y comunica con las otras partes del cuerpo por medio de los espíritus animales que son vapores salidos de la sangre.

Malebranche inventó la teoría de las causas ocasionales para explicar la unión del alma con el cuerpo, que es la siguiente: Dios produce los movimientos del cuerpo correspondientes a los pensamientos y a los actos voluntarios

del alma, y las ideas que tenemos de los cuerpos del mundo, son las mismas ideas divinas que nos son comunicadas (teoría de la visión de Dios). La idea de lo perfecto sirve para demostrar la existencia de Dios. La conservación de las criaturas es su creación prolongada a toda la vida de ellas. El fundamento de la evidencia es la veracidad divina. El mundo encierra toda la perfección posible (optimismo absoluto).

Spinoza (1632-1677). Filósofo holandés propagador del panteísmo en los tiempos modernos. Enseñaba que los sentimientos son tres: el deseo, la alegría y la tristeza; que el amor es un sentimiento de alegría con causa exterior, y el odio, un sentimiento de tristeza con causa exterior. Las pasiones son igualmente el deseo, la alegría y la tristeza. La sustancia es aquello que es en sí y se concibe por sí mismo, sin necesidad de otro concepto.

El acto voluntario es un juicio, y por consiguiente, se refiere a la inteligencia. La creencia en la libertad humana es ilusoria; los hombres ignoran las causas que los determinan a obrar y por eso creen que obran libremente. Todo cuanto sucede es necesario y viene de la sustancia única que existe, la cual es Dios, y de ella sólo conocemos dos atributos: la extensión y el pensamiento (fatalismo panteísta).

La psicología no es una ciencia experimental, sino una ciencia de razonamiento deductivo. La esencia de la materia es la extensión. El mundo es el desarrollo interno e inmanente de la única sustancia divina. Todo cuanto tiene existencia existe en Dios, de cuyos dos atributos conocidos, el pensamiento y la extensión, deriva todo lo demás; del pensamiento divino vienen las almas y de la extensión nacen los cuerpos.

Leibniz (1646-1716). Célebre filósofo alemán nacido en Leipzig.

Sus doctrinas principales son las siguientes:

Los estados de conciencia se dividen en claros y distintos, claros y confusos, sordos, y más que sordos; estos últimos son las pequeñas percepciones del alma. Por la vista se percibe originalmente la tercera dimensión de los cuerpos y también la distancia (teoría nativista). Los universales existen a

la vez en la inteligencia y en la realidad (realismo moderado). Las verdades primeras son las que no necesitan demostración. Existe en la inteligencia inclinaciones preformadas que la inducen a pensar lo absoluto, lo necesario y lo universal. Existen un tiempo y un espacio absolutos y un tiempo y un espacio reales. Se pueden admitir los castigos sin necesidad de que exista la libertad humana, pues son un medio de defensa, de corrección y de intimidación; y en el mismo caso se pueden admitir las recompensas por ser un estímulo para obrar bien.

No hay acto voluntario sin motivo y la voluntad se determina siempre por el mejor (determinismo psicológico). Las percepciones externas son sueños bien encadenados. Hay tres clases de certeza: la intuitiva, la demostrativa y la sensitiva. Las leyes de la lógica son las del buen sentido, puestas en orden y por escrito. La idea de la perfección consta de dos ideas: la de ser y la de orden o armonía.

Todo ser puede considerarse como una sustancia simple o que puede resolverse en sustancias simples y activas, las cuales se llaman Mónadas. Dios es la mónada infinita; las almas son Mónadas pensantes; los cuerpos son agregados de mónadas (dinamismo interno). Las Mónadas no ejercen entre ellas ninguna acción, pero Dios, por un decreto eterno, ordenó de antemano todas las determinaciones de las mónadas (armonía preestablecida). El mundo que existe es el mejor posible (optimismo absoluto).

Escuela empírica inglesa. Hobbes (1588-1619). Enseñaba que el principio y fundamento del derecho es la fuerza. Que el estado natural del hombre es la lucha contra los demás, y que para dar fin a esa lucha se unieron los hombres convencionalmente en sociedad.

Locke (1632-1700). Empírico inglés. Sus doctrinas son las siguientes: El entendimiento no conoce las cosas por ellas mismas, sino por las ideas que de ellas tiene, las cuales son representaciones o imágenes que los cuerpos producen en nosotros al impresionar nuestros sentidos (ideas representativas). Las cualidades de la materia son la extensión, la solidez, el movimiento, el reposo,

el número y la figura. Por la vista se perciben naturalmente la tercera dimensión y las distancias (nativismo). Juicio es la afirmación de la conveniencia o repugnancia de dos ideas. No hay ideas innatas; el entendimiento es en su origen como una tabla rasa.

Berkeley. (1634-1753). También empírico inglés. Sostenía que el mundo exterior carece de realidad y que las ideas que se tienen de él son producidas por Dios; que los cuerpos no son sino una ficción metafísica, y, por lo tanto, no hay realidades materiales ni verdades sensibles (idealismo sensible).

David Hume (1711-1776). De la misma escuela empírica inglesa. Opinaba que el yo, o sea, la personalidad, es solamente un conjunto de las diferentes percepciones sucesivas (fenomenismo).

Que el juicio y la creencia son actos de la sensibilidad causados por la vivacidad de los estados de conciencia. Que la idea de causalidad deriva del hábito de encontrar asociados siempre dos fenómenos. Que ni los cuerpos, ni ninguna sustancia ni causa tienen realidad objetiva, sino que son fenómenos subjetivos (fenomenismo o relativismo).

Condillac (1715-1780). Filósofo francés fundador del sensualismo. Sus doctrinas son las siguientes:

Las facultades del alma son dos y ambas derivan de la sensación: las facultades cognitivas, que vienen de la sensación representativa, y las facultades apetitivas, que vienen de la sensación afectiva. El instinto es el fruto de la experiencia individual. El yo es una colección de sensaciones. La atención es una sensación dominante y exclusiva. Las ideas generales no tienen realidad objetiva, sino que son imágenes particulares compuestas (nominalismo transformado).

De la sensación derivan todas las facultades del espíritu humano, lo mismo que las ideas. La sustancia es un conjunto y una colección de fenómenos. La volición es un deseo predominante e imperioso. El lenguaje tiene un origen natural y se perfecciona por la acción de la necesidad.

El arte de razonar se reduce al arte de hablar bien. Una ciencia no es otra cosa que una lengua apropiada bien hecha. El análisis y la síntesis no son sino un procedimiento de composición y descomposición.

Escuela Escocesa Esta escuela tiene dos ramas: la escuela moral y la psicológica.

Escuela moral escocesa. Hutcheson (1694). Adam Smith (1723-1790). Ferguson (1724-1816).

Sus doctrinas son las siguientes:

Según A. Smith, la simpatía es un instinto que nos hace poner en armonía de impresiones con los demás hombres. El fundamento de la moral es la simpatía.

Según Hutcheson, la conciencia es un sentido moral y también un instinto moral. La conciencia moral es infalible. El fundamento de la moral es el instinto de la benevolencia.

Escuela psicológica escocesa. Thomas Reid (1704-1796). Beattie. Oswald. Dugald Stewart (1753-1828). Thomas Brown (1778-1820). Hamilton (1788-1868).

Tiene las doctrinas siguientes:

Las facultades del alma son potencias autóctonas, distintas del alma y que cada una tiene su vida propia. Según Reid, las facultades del alma se refieren unas a la inteligencia y otras a la voluntad; las que pertenecen a la inteligencia son: los sentidos, la memoria, la concepción, la abstracción, el juicio, el raciocinio, el buen gusto, la percepción y la conciencia; las que dependen de la voluntad son: el instinto, el hábito, el deseo, el deber.

Según Hamilton, las leyes fundamentales del placer son dos: La ley de cantidad, llamada ley de Grote, la cual se enuncia: el placer viene de la actividad ejercida con mesura, y el dolor, de la actividad comprimida o ejercitada en demasía; y la ley de calidad, que se enuncia: el placer proviene de la actividad ejercida conforme a sus tendencias naturales, y el dolor, de la actividad desviada de su fin propio. Llama sensación la parte afectiva de ella solamente y el elemento significativo lo denomina percepción, por lo cual él enuncia su ley de esta manera: la sensación está en razón inversa de la percepción. La per-

cepción es una intuición o visión inmediata del mundo exterior; la cual da la sugestión de la creencia en la realidad objetiva. Lo absoluto es inconcebible, es una seudoidea. El atributo de una proposición universal puede tener la misma extensión que el sujeto; y el atributo de la negativa no es siempre universal.

Según Reid, la memoria es el conocimiento inmediato del pasado. La finalidad se deduce de las señales de inteligencia y de designio en el efecto; las cuales revelan inteligencia y designio en la causa. La inducción tiene por fundamento la estabilidad del curso de la naturaleza. La fe en el testimonio viene de un doble instinto: el instinto de veracidad y el de credulidad. El criterio de verdad es el criterio de sentido común.

El conocimiento es relativo, pues el yo no consiste sino en una serie de sentimientos coordinados. Los cuerpos son posibilidades permanentes de sensaciones.

Según Dugald Stewart, la asociación es una facultad especial del alma.

Kant (1724-1804). Filósofo alemán nacido en Königsberg, de gran renombre.

Sus doctrinas son las siguientes:

El placer es negativo, consiste en la ausencia del dolor. Los universales no tienen realidad objetiva, son concepciones del espíritu (conceptualismo). Existen juicios en los cuales el predicado se une al sujeto necesariamente y antes de toda experiencia; son los juicios sintéticos *a priori*. Hay tres clases de nociones fundamentales: las formas *a priori* de la sensibilidad, que son el espacio y el tiempo; las categorías del entendimiento, que son cantidad, cualidad, relación y modalidad; y las ideas *a priori* de la razón pura o trascendentales, que son las ideas del yo, del no yo y de lo absoluto.

Los fenómenos son las cosas como parecen ser; los noumenos son las cosas tales como realmente son; los cuales noumenos son inaccesibles a la inteligencia.

Hay dos maneras de la razón, que son la razón pura y la razón práctica, las cuales son específicamente distintas.

No hay ideas innatas, lo que hay en el entendimiento son leyes *a priori*. La sustancia es una condición *a priori* de la inteligencia, un fundamento de los fenómenos puramente lógicos. La libertad humana está en contradicción con

las leyes naturales que presentan un determinismo absoluto; pero es que hay dos clases de mundos: el fenomenal, que carece de libertad, y el noumenal, que se haya fuera de la ley del determinismo y es libre. El hombre fenómeno, cuya vida es temporal, está sujeto al determinismo y es libre. El hombre fenómeno, cuya vida es temporal, está sujeto al determinismo; el hombre noumeno cuya existencia está fuera de tiempo y del espacio, goza de una libertad completa.

El carácter individual consta de dos elementos: el carácter empírico, que son los fenómenos interiores del individuo, o ley de causalidad interna, el cual es fatal; y el carácter inteligible, que es noumeno y, por consiguiente, libre.

El método de la moral es *a priori*, porque la moral es independiente del conocimiento y de la experiencia. La certeza moral es una creencia insuficiente objetivamente, pero subjetivamente suficiente.

La ciencia estudia por medio de la razón pura el mundo fenomenal, pero no puede conocer en ellas mismas las cosas que constituyen en mundo noumenal; pero como la noción del deber es independiente de los fenómenos, puede tenerse de él una certeza absoluta según se postula por la razón práctica, y también son ciertas las condiciones de su posibilidad, esto es, la libertad moral, la existencia de Dios y la vida futura; mas estas verdades no son científicas, sino solamente verdades de fe; luego la ciencia es el conocimiento de los fenómenos de las cosas como parecen ser; y la fe se extiende hasta los noumenos, es decir, hasta las cosas como son realmente.

Por otra parte, como la razón pura no puede conocer los seres como son en sí, es decir, los noumenos, se deduce que la metafísica es imposible. Pero como la razón práctica puede postular el deber, del cual derivan tres nociones metafísicas que son, como ya vimos, la libertad humana, la espiritualidad e inmortalidad del agente moral y la existencia de Dios, se deduce que la metafísica es posible teniendo por fundamento la moral.

La ley moral es un imperativo categórico, es decir, que es obligatoria y absoluta, la cual puede infringirse, pero no hay derecho para hacerlo. El deber, lo mismo que la virtud, es la fuerza moral que nos hace obedecer a la ley

por respeto a la misma (formalismo moral). El sentimiento nada tiene que ver con la moral. La idea del bien puede reducirse a la idea de universalidad. El hombre noumeno tiene derecho al respeto propio y al de los demás; el hombre fenómeno está obligado al deber. Lo bello es lo que satisface el libre ejercicio de la imaginación, sin estar en desacuerdo con las leyes del entendimiento. Hay una diferencia de naturaleza entre lo bello y lo sublime; lo bello implica una medida determinada, lo sublime es ilimitado. De la existencia de la ley moral se deduce el postulado de la existencia de Dios. La estética es la ciencia de la sensibilidad.

La Escuela Panteísta alemana. Fichte (1762-1814). Schelling (1775-1854). Hegel (1770-1831).

Según Hegel, el método filosófico es el deductivo u ontológico. Lo bello es la manifestación sensible de la idea. Fichte cree que la única sustancia existente es el yo, que produce y objetiva el no yo. Dios y el mundo exterior es una creación del yo. Schelling cree que existen el yo y el no yo en una sustancia única que es el absoluto. Hegel sostiene que el absoluto es la idea. Dios es la idea que en una evolución eterna se manifiesta a sí misma en la naturaleza y en la humanidad.

Escuela Pesimista alemana. Schopenhauer (1788-1860). Hartmann (1842). Schopenhauer enseña que el estado normal del hombre es el sufrimiento, el cual proviene del deseo insaciable de mil cosas imaginarias. Que el carácter individual consta de carácter empírico y del inteligible. Que el principio del mundo es una voluntad inconsciente. Que en el mundo se han dado cita todos los males; que la vida es un solo dolor y el universo la obra de una voluntad absurda (pesimismo absoluto).

Hartmann admite también la existencia de una voluntad inconsciente que es el principio del mundo. Cree en el pesimismo relativo y admite que existen dos principios, uno bueno y otro malo, y que aunque el mundo no es esencialmente malo, mejor sería la nada; pero que afortunadamente un día se acabará todo lo que existe por un suicidio cósmico.

La Escuela Tradicionalista. J. de Maistre. Bonald. Lamenais. Ventura.

Bonal enseña que el lenguaje fue divinamente inspirado al hombre, de suerte que éste tuvo pensamientos, y pensamientos en cuanto tuvo palabras. El lenguaje, según él, es anterior al pensamiento y por esto no se puede pensar sin palabras.

Lammenais afirma que es verdadero todo juicio confirmado por el consentimiento universal, de suerte que es este consentimiento el criterio infalible de verdad.

Ventura establece como criterio infalible de verdad la autoridad y la veracidad divinas (fideísmo).

Cousin (1792-1867). Filósofo francés, fundador del eclecticismo. Sus discípulos son: Maine de Biran, Jouffroy, Saisset, J. Simon, A. Garnier.

Las doctrinas de esta escuela son las siguientes:

Según Cousin, la percepción externa implica la intervención de los principios de causalidad y de sustancia (teoría de la inferencia). El juicio intuitivo o inmediato tiene por objeto inmediato las cosas mismas existentes; luego el juicio no puede definirse como lo hacen los escolásticos: la afirmación de la conveniencia o de la repugnancia de dos ideas; la buena definición sería: la percepción inmediata de las existencias y de las cualidades.

Según Maine de Biran, la idea de causa proviene de la conciencia que tenemos del esfuerzo mental. Para Jouffroy, el bien es la coordinación de todos los fines; es el fin universal. Cousin sostiene que el fundamento del derecho es la libertad. Que lo bello es la unidad en la variedad. Jouffroy es partidario del vitalismo de Montpellier, según el cual el principio vital del hombre no es el alma, sino una fuerza física llamada fuerza vital, productora de la vida, de suerte que en el hombre habría tres partes: alma, fuerza vital y cuerpo.

Comte (1798-1857). Filósofo francés fundador del positivismo cuyos discípulos principales son: Taine, Littré y S. Mill.

Las doctrinas del positivismo son las siguientes:

Taine cree que los fenómenos fisiológicos y los psicológicos no son en el fondo sino un mismo hecho conocido de dos maneras diferentes: objetiva y subjetivamente. Que toda sensación tiende a exteriorizarse; que la alucinación es la exteriorización de un estado puramente interno, y que, por consiguiente, la percepción es una alucinación verdadera. Todas las acciones del hombre dependen de las circunstancias físicas (determinismo físico) y la razón última de ellas está en el temperamento individual (determinismo fisiológico).

Comte enseña que el conocimiento por la reflexión es imposible, porque para que pueda haber conocimiento es necesario un sujeto y un objeto, y en el caso de la reflexión los dos son uno mismo. Las ciencias fundamentales son siete: matemáticas, astronomía, física, química, biología, sociología y moral. Es verdadero todo juicio conforme a la experiencia. La fórmula perfecta de la ley moral, la fórmula altruista, es: vive para los otros. Los problemas metafísicos son incognoscibles; la época de los sistemas metafísicos como de los dogmas está acabándose, porque la inteligencia humana ha entrado en la época científica. La filosofía positiva renuncia a toda investigación de lo absoluto, ya esté en relación con el origen de las coas o con su fin.

La Escuela Asociacionista Inglesa. John Stuart Mill (1806-1873). J. Sully. A. Bain.

Las doctrinas que profesa esta escuela son las siguientes:

Bain divide las sensaciones en internas, accidentales y externas; las internas son periódicas, como el hambre, la sed; las accidentales son los dolores, las molestias corporales; las externas son las producidas por los cuerpos del mundo. Existen actualmente en el hombre los sentimientos altruistas, pero no son naturales ni primitivos; no son sino transformaciones del sentimiento egoísta. La percepción externa es una alucinación verdadera. La condición necesaria y suficiente de la asociación de las ideas en la ley de contigüidad, a lo cual se puede añadir la ley de similaridad o semejanza y la ley de contraste. Todas las operaciones intelectuales y los primeros principios pueden explicarse

por la asociación de las ideas. Las ideas generales son imágenes particulares compuestas, que carecen de realidad objetiva (nominalismo). El juicio es una asociación de ideas.

Además del raciocinio deductivo y del inductivo, hay el raciocinio por analogía que concluye lo particular de lo particular. La necesidad y la universalidad de los primeros principios se explican por la experiencia unida a la asociación. La sustancia es una colección de fenómenos (fenomenismo). La noción de causalidad proviene de la asociación y del hábito. No se puede tener conciencia de la libertad humana porque el objeto de la conciencia son los actos presentes y no los posibles. El silogismo nada prueba, porque en realidad es una petición de principio, un círculo vicioso. Los números y las figuras matemáticas son la expresión más o menos abstracta de los datos de la experiencia.

Para realizar una coincidencia solitaria entre un antecedente que pueda considerarse como causa y un consecuente, hay cuatro métodos de raciocinio experimental, que son: el método de concordancia, el método de diferencia, el método de las variaciones concomitantes y el método de los residuos.

El método de la moral es el empírico, que consiste en observar los hechos humanos y en deducir luego de ellos lo que tienen de común, y esta parte común es el fin único y el mayor bien de la voluntad. Los sofismas son cinco: el *a priori* o de simple inspección, el de confusión, el de observación, el de generalización y el de raciocinio. El criterio de la verdad es el criterio experimental.

La conciencia moral resulta de la experiencia fundada en los caracteres y en los efectos sociales de nuestros actos, dependiente de su asociación y del hábito. El fundamento de la moral es la utilidad y el placer, no tanto en relación con la cantidad, como en consideración de la calidad. El fundamento del derecho es el interés general. El yo no es sino una serie de sentimientos coordinados, y los cuerpos son posibilidades permanentes de sensaciones (teoría de la relatividad del conocimiento).

La Escuela Agnóstica y Evolucionista. Lamarck (1744-1829). Darwin (1809-1882). H. Spencer (1820).

Las doctrinas de esta escuela son las siguientes:

El ser vivo en su origen es como inerte, es una pura receptividad; la emoción del placer una vez sentida da origen al deseo de volverla a sentir, es decir, produce la inclinación. Las inclinaciones originales así producidas son egoístas; mucho más tarde, con el desarrollo evolutivo, aparecen las altruistas. El instinto ha ido adquiriéndose durante el desarrollo de los individuos, se ha ido perfeccionando en el curso de los siglos y se ha transmitido por herencia; en el individuo actual es innato.

Lo principios racionales son hoy innatos en el individuo pero se han ido adquiriendo durante la evolución de la especie. No existen las causa finales; con las causas eficientes pueden explicarse todos los hechos. Los signos de las emociones se explican por la acción del sistema nervioso sobre el organismo, por la asociación de los hábitos útiles y por la antítesis. El lenguaje deriva de una evolución de las facultades animales.

Spencer divide las ciencias en Ciencias Concretas: la Sociología, la Biología, La Psicología, la Geología y la Astronomía; Ciencias Abstractas: la Química, la Medicina y la Física. La evidencia es esa presión irresistible ejercida sobre el espíritu por la visión de la verdad.

Darwin y Spencer explican la generación de la conciencia moral de la manera siguiente: el sentido moral existe en el animal en estado rudimentario, proveniente de las aptitudes sociales de algunas especies; el hombre primitivo heredó este sentido moral, que se ha ido perfeccionando en las generaciones sucesivas y se ha transmitido por herencia. Los sentimientos altruistas salen poco a poco de los egoístas y acaban por predominar en el hombre, según una ley natural y necesaria de la evolución. La caridad es una virtud falsa, inútil y funesta; es un obstáculo al progreso de la humanidad, puesto que contraría la selección natural gastando, para prolongar la vida de seres enfermos o degenerados, que no merecen vivir, sumas dignas de mejor empleo.

El origen de los seres vivos lo explica esta escuela por la doctrina de la descendencia de Lamarck, por el transformismo de Darwin o por evolucionismo

de Spencer. Según Lamarck en el origen habría algunas especies muy sencillas y en pequeño número, que se han ido transformando para constituir las especies actuales; en esta transformación han sido factores perturbadores el medio exterior, las necesidades y los hábitos; el factor plástico o productor es el poder de la vida; la necesidad crea el órgano y el hábito lo desarrolla y fija.

Según Darwin las especies eran al principio dos o tres, quizás solamente una, las transformaciones que han producido las restantes se deben principalmente a la selección natural, la cual tiene por factores la lucha por la vida, la influencia del medio, los cataclismos y las emigraciones; a estos factores del progreso se unen el tiempo y la herencia. El transformismo encuentra sus razones en la embriología, en los órganos rudimentarios y en la serie paleontológica que demuestran la sucesión de los seres vivos.

El evolucionismo de Spencer supone que en el principio el universo era una masa caótica y homogénea; que después esta masa se dividió en varias partes que se diferenciaron mediante una especie de ordenación rudimentaria, primero las nebulosas y después los astros, uno de los cuales, es la tierra; la tierra que estaba primero en ignición se enfrió después formándose los continentes y los mares. Los minerales, combinándose de una manera cada vez más compleja, llegaron a producir al fin los cuerpos vivos elementales, los que asociándose y desarrollándose formaron todos los cuerpos vivos existentes entre los cuales apareció al fin el hombre. En cuanto a la materia, es increada, eterna e indestructible.

FIN



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Preprensa e impresión
Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN
978-980-7301-88-6
Depósito Legal
DC2021000820

Caracas, Venezuela, mayo de 2021

En Carabobo nacimos "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia". Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó "el equilibro del universo". Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la "mayor suma de felicidad posible", de la "igualdad establecida y practicada" y de "moral y luces" para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Elementos de filosofía Prácticamente desconocido en la actualidad, este libro, publicado en 1912, agotó dos ediciones en pocos meses. Más de 100 años después, sigue siendo uno de los pocos de este tipo escritos en Venezuela. Exhaustivo y riguroso, puede considerarse un curso introductorio de filosofía, que va desde sus fundamentos primeros hasta el punto más avanzado que había alcanzado en aquel tiempo. De forma didáctica y sistemática, Hernández hace un recorrido por las ciencias psicológicas, la sensibilidad y la inteligencia, la voluntad, el conocimiento, la conciencia, la lógica formal, la criteriología, la metodología, la moral, la estética, la cosmología, la teodicea, el creacionismo, entre otros tópicos. Además, incluye un resumen de la historia del quehacer filosófico. El propio Hernández le dio un valor político a este libro. En su prólogo afirma que "el alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente, y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente". De esa manera criticaba públicamente a la corriente positivista que se había impuesto en la academia venezolana y se inclinaba por la eliminación de la filosofía como carrera universitaria, como efectivamente ocurrió hacia finales de ese mismo año, cuando la UCV fue cerrada hasta 1922.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO




ISBN: 978-980-7301-88-6
9 789807 301886